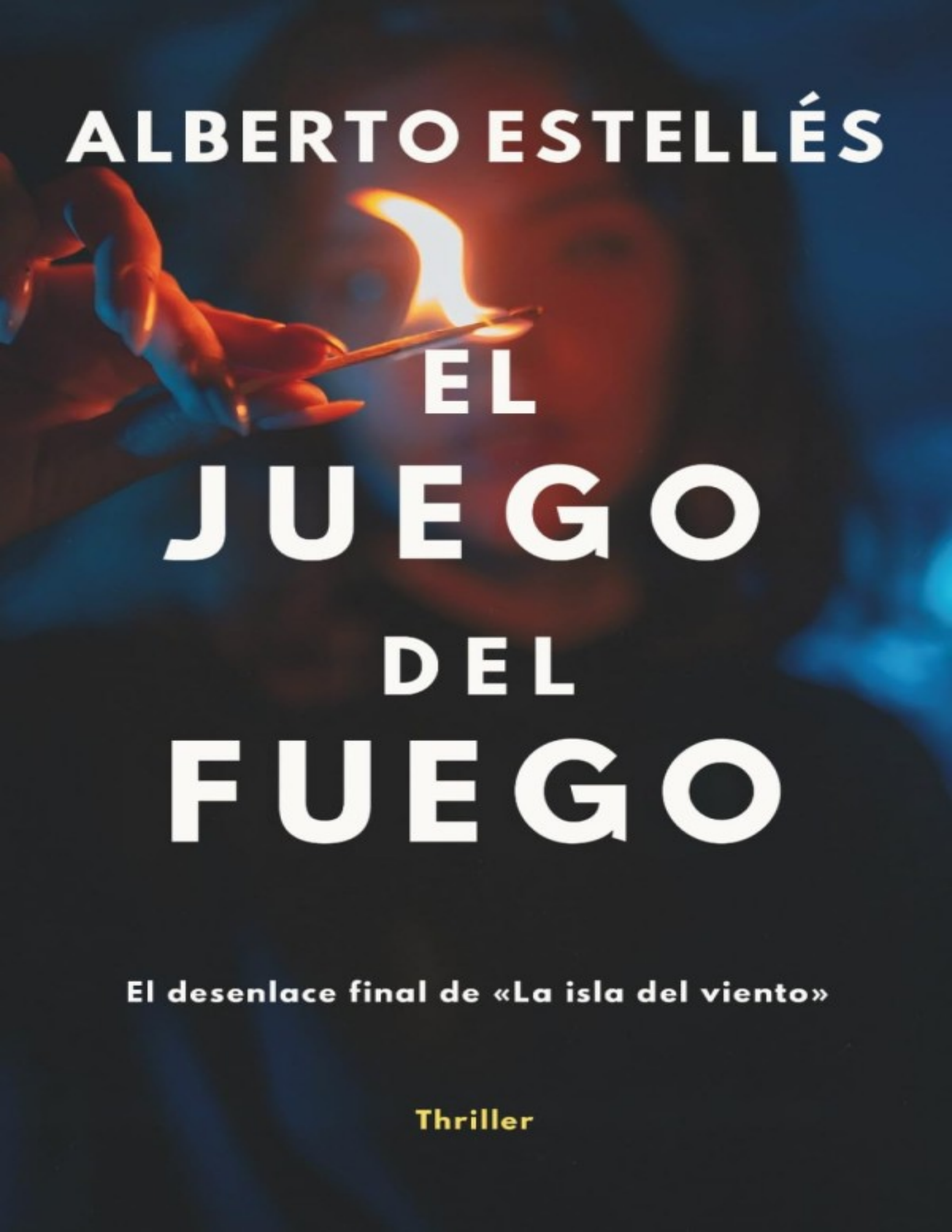
ALBERTO ESTELLÉS



EL JUEGO DEL FUEGO

El desenlace final de «La isla del viento»

Thriller

Alberto Estellés

El juego del fuego

Fecha de publicación: abril de 2026

Papá, mamá y Carlos
por ser ahora mis mayores fans
Yo siempre he sido el vuestro

Olga y Valeria
por ser mi hogar

Nota del autor

Cualquier lector, tanto residente como turista, que conozca la isla de Menorca encontrará muchos lugares reales por los que transitan los personajes de esta historia; tanto de la primera parte como de esta segunda. Todos los hechos descritos como los propios personajes forman parte de la ficción y en ningún caso se corresponden con la realidad.

Si has llegado directamente hasta aquí te sugiero que leas primero «La isla de viento». Esta novela es la continuación y el cierre final a esta historia.

Aquí termina este viaje por la maravillosa isla de Menorca.

Prólogo

20 de abril de 2025

Domingo de Pascua

Amanece en Ciutadella. Las calles permanecen vacías y en silencio. Todo duermen. Todos menos él. Ulises sigue sentado en el borde de su cama tratando de recuperar algo de energía que le permita afrontar lo que está por venir. Está exhausto, ha perdido la cuenta de los días que lleva sin dormir. Son varias semanas las que lleva sumido en el tremendo caos en las que su vida ha ido desmoronándose como un castillo de naipes azotado por el viento. Otra vez. Cierra los ojos y sobrevuela por su mente buscando algún pequeño detalle que se le pueda haber escapado y le permita detener esta macabra pesadilla. Ve a Eva, vuelve a hacerlo. Ella le sonríe como siempre. Ulises le devuelve una sonrisa y le pide que se quede a su lado, que no lo vuelva a abandonar. Sigue sentado en la cama y estira los brazos con los ojos cerrados para lograr tocarla. La siente allí, tan real como cada vez que disfruta de estar con ella en sueños. Hace casi un año que se marchó, pero no ha dejado de pensar en ella ni un solo día. Sigue tan enamorado o más que nunca. Abre los ojos de nuevo y mira hacia la mesita de madera que acompaña a su cama. Estira suavemente desde un pequeño tirador en forma de círculo y deja al descubierto el interior del primer cajón. Enciende una lámpara negra brillante que descansa sobre la mesilla y rápidamente una luz cálida ilumina ese lado de la habitación. Sus pupilas se contraen bruscamente hasta que consigue enfocar con nitidez. Saca un papel que hace unas horas guardó allí. Lo despliega con cuidado y vuelve a leer el mensaje:

«Hoy es el gran día, disfruta del espectáculo».

Tres meses antes

Capítulo 1

Era un trayecto ligero y agradable. Ulises solía salir a correr por aquella calles cubiertas de grandes pinos que otorgaban una generosa sombra aprovechando alguna de las mañanas en las que Valeria estaba en el cole. Era invierno y la mayoría de aquellas casas y villas estaban desiertas, contrastando drásticamente con el ajetreo que les esperaban unos meses después. Cala Morell era un lugar idílico en el que respirar la paz que necesitaba y tratar de seguir con su vida o al menos de caminar por el duelo de la mejor manera posible. No sabía hasta cuándo seguiría allí, aunque tampoco era el momento de hacer demasiados planes de futuro. El objetivo ahora era tratar de asimilar todo lo ocurrido y reponerse de todas las heridas del pasado que seguro jamás podrá curar, pero todavía estaba ella: Valeria.

Carlos Moll, el padre de Eva, dejó que Ulises viviera en la que fuera la casa de su madre y en la que posteriormente se instaló su hija. Era el hogar de Valeria y esta ya se había encargado de dejar claro que quería vivir allí con Ulises y con nadie más. Para ella siempre fue su padre y ni siquiera valoraba alguna de las otras jugosas opciones que su abuelo le puso encima de la mesa. Tampoco fue suficiente la oferta de un caballo en la finca de Ferreries, aunque sí le pareció una estupenda idea tenerlo allí e ir a visitarlo para jugar con él. Esa navidades a Carlos le pareció que a la niña le vendría bien y empezó el año con un precioso potro menorquín corriendo por su jardín que destrozaba todo aquello que le venía en gana, pero que servía para que Valeria estuviera en su casa todas las semanas sin excepción. Carlos siempre había sido un tipo duro que se había curtido en las mil batallas que a lo largo de la vida se le habían presentado, pero esto era diferente. Había perdido a su única hija por la que sentía devoción y de una forma tan cruel que de alguna manera su luz se había apagado. Se había convertido en un hombre sin energía que deambulaba por los pasillos de su fábrica en Ferreries, donde pasaba la mayoría del tiempo buscando distracción. Marta, su pareja, apenas conseguía arrancarle alguna fugaz sonrisa que aliviaba temporalmente su apesadumbrado rostro. Había alguien que desprendía su misma tristeza y esa era Sofía. Ambos progenitores sintieron una falsa energía que les empujó a luchar por hacer justicia durante la búsqueda del asesino de Eva, pero ahora todo había acabado y su vacío inundaba cada una de sus desgraciadas vidas.

Pasó cerca de los acantilados y en uno de los miradores se detuvo. Tenía una vistas privilegiadas de esas rocas con forma de elefante en las que tantas foto inmortalizaron los momentos más íntimos y divertidos de los tres juntos en aquel lugar. Levantó la vista y casi suspendida en la montaña vio la preciosa casa desde donde incluso creyó ver a Eva disfrutando de un buen libro en la terraza como tanto le gustaba hacer. «Como si nada de todo esto hubiera sucedido». Cerró los ojos y fantaseó con aquella idea. Saboreó la brisa suave del mar que se deslizaba suavemente por sus orificios nasales y penetraba hasta sus pulmones tan pura y fresca como ella siempre describía. Él siempre se burló de sus desmesurados e incluso teatrales gestos de los que se servía para encumbrar aquel aroma que ahora le transportaba directamente a ella. «Como si nada de todo esto hubiera sucedido». Volvió a abrir los ojos. Miró el horizonte y esbozó una leve sonrisa. Buscó en el mar la complicidad, una conexión que por un instante lograba desconectar de su mente la virulenta tormenta del pasado. La majestuosidad e inmensidad de todo lo que le rodeaba le convertía en un ser tan diminuto que sus problemas pasaban a tener también un tamaño minúsculo. Cerró de nuevo los ojos y volvió a respirar tan profundamente que sus pulsaciones bajaron hasta un estado total de reposo. Abrió los brazos y pudo sentir como abrazaba el mar, el acantilado, el viento, el elefante de piedra… Y a ella. Sobre todo a ella.

Capítulo 2

Empezaba a acostumbrarse al olor permanente a humedad, al insípido arroz de cada almuerzo e incluso a las delirantes historias que cada noche tenía que soportar de «el Vedella»: un hombre que rozaría los cincuenta años, pero con mentalidad de veinte, y que fácilmente pasaba los ciento treinta kilos de peso. Nicolás Rodes fue trasladado directamente al Centro Penitenciario de Mallorca a las afueras de Palma, donde cumplía prisión provisional desde hacía un par de meses a la espera de ser juzgado. Recordaba perfectamente el día que atravesó aquella pesada puerta de hierro color mostaza rodeada de barrotes que al cerrarse emitía un ensordecedor ruido que se mezclaba con el griterío del ambiente. Multitud de celdas se repartían a ambos lados del pasillo, todas ellas numeradas en la parte superior de una enorme puerta con varios pestillos oxidados que hacía mucho que perdieron el mismo tono amarillento que el conjunto de puertas. Del techo brillaban unos viejos tubos fluorescentes que contribuían todavía más al nada acogedor espacio. Nicolás contuvo la respiración y tragó saliva, no podía creer que esto le estuviera pasando a él. Continuaba en estado de *shock* y tenía la impresión de haber salido de su inerte cuerpo para contemplar todo aquello desde una posición más alta desde la que incluso se veía como a un extraño. Portaba una sábana rugosa en sus manos y una pequeña toalla que había perdido cualquier intento de ser blanca. Caminó escoltado por el par de guardias que lo acompañaban desde que bajó del furgón hasta que ambos se pararon frente a una de las puertas mostaza.

—Es aquí —pronunció uno de los funcionarios—. Bienvenido a tu nuevo hogar.

—Por favor, soy policía... —suplicó entre sollozos.

—Hijo, aquí dentro eso lo único que te traerá son problemas —le susurró al oído el otro guardia—. Creo que no es buena idea que lo vayas pregonando.

Buscó entre un gran manojo de llaves hasta que eligió una de ellas con la que tras varios giros se movieron los gruesos pestillos y la puerta se abrió, dejando ver el interior que todavía era menos acogedor.

—Gerard, tienes visita. Se acabó la *suite* del hotel para ti solo.

—¡Venga, vamos! Soy muy grande para compartir este cuchitril —bromeó con una sonrisa en la que faltaban varios dientes.

—Hay que hacer más ejercicio y ponerse a dieta, Geri —sugirió e funcionario.
—Quizás algún día, cuando salga de este antro y quiera ligar con alguna d esas jovencitas que pasean por Palma. Eso haré, llegaré con mi descapotable y todas caerán rendidas.
—Sigue soñando, amigo. Cuida de nuestro nuevo inquilino, confío en ti.
—Me vendrá bien alguien con quien hablar por las noches. ¿Qué tal compañero? Me llamo Gerard, pero aquí dentro todos me llaman Vedella. ¿T haces una idea por qué? —sonrió mostrando con orgullo su enorme barriga .
Nicolás avanzó, deseando ahora haber permanecido siempre al lado d aquellos guardias que al menos le transmitían cierta seguridad. Tras él sinti cómo se cerraba la puerta y se quedaba a solas en aquella pequeña celda co un desconocido que desprendía una mezcla de bondad y locura, a parte iguales.
—Tú duermes arriba, no querrás que me suba yo ahí. Corres peligro de mori aplastado en tu primera noche —rió Vedella.
—Sí, no hay problema —obedeció Rodes al instante, dejando sobre el delgad colchón de la litera superior las sábanas y la toalla que llevaba consigo.
—¿Cómo ha terminado un joven como tú encerrado entre animales? — preguntó sin rodeos.
—Mujeres... —acertó a pronunciar.
—¡Ja, ja, ja! Justo lo que me temía. Joven, fuerte y guapo. Eso solo tra problemas. Decidido, cuando salga de aquí seguiré luciendo mi precios barriga. Sí, está decidido. No quiero más problemas. ¿Quién los quiere Porque yo te aseguro que no —pronunció mientras gesticulaba como s mantuviera una fluida conversación consigo mismo hasta recolocarse en l cama, desde donde prosiguió con su delirante actitud.
Nicolás dejó que su nuevo compañero continuara con la ronda de pregunta que él mismo formulaba y contestaba hasta que al poco rato se qued dormido, a juzgar por los generosos ronquidos que incluso hacían vibrar tod la férrea estructura de la litera. Fue entonces cuando apoyándose en u peldaño subió hasta lo que sería su nueva cama a partir de ahora. Hab pasado unos días en los calabozos de Ciutadella, que ahora le parecían de l más confortables comparado con aquel antro, hasta que el juez dictó s ingreso en la prisión de Palma a la espera de que se celebrara el juicio. Est solo acababa de comenzar, no tenía ninguna duda que le caerían muchos años

Hasta el momento no había tenido tiempo de pensar en las consecuencias d
todo lo que había sucedido en los últimos días, pero ahora tiempo es de l
único que iba a andar sobrado y los pensamientos negativos comenzaron
aterrizar en su cabeza con regularidad.
Tenía el techo al alcance de la mano y empezó a leer los garabatos y dibujo
con los que otros reclusos habían ido decorando con algún objeto punzant
que deseaba que fueran sus propias uñas y no que circularan navajas po
aquella jaula de animales de la que ya formaba parte. Figuras que iban desd
lo más infantil hasta lo más obsceno, sin término medio. Los nombres de lo
que pasaron por allí o de aquellos a los que añoraban entre rejas se intuían po
todo el húmedo techo de yeso blanco. Continuó contemplándolos, como quie
admira un cielo estrellado en mitad de una despejada noche. Ese iba a ser s
cielo y ya comenzaba a resignarse a ello. De repente, un nombre destacó entr
todos los demás. Notó cómo ardía su sangre y se le hinchaban todas las vena
del cuello. Apretó los nudillos y lo golpeó con todas sus fuerzas. Allí estaba
justo delante de sus narices. Burlándose de haberlo encerrado entre aquella
cuatro paredes y rodeado de toda aquella escoria. Ulises había vuelto.

Capítulo 3

Sonó el despertador a las siete en punto como en cada mañana de cole y Ulise bajó a la cocina a preparar el menú de cada día: un buen café recién molid con tostadas de aguacate para él y un generoso bol de cereales de chocolat con leche para la pequeña Valeria. Abrió unos pocos centímetros las ventana del salón por donde rápidamente se deslizó una suave brisa fresca con olor a mar.

—¡Valeria! Hora de desayunar —anunció asomado al hueco de la escalera desde donde podía verse la puerta de su habitación.

—Ya bajo, papi.

—Venga, dormilona. Que luego siempre nos toca ir corriendo.

Al cabo de varios minutos apareció en la cocina frotándose los ojos y se sent en su silla para devorar el desayuno. Ulises terminó de preparar sus tostadas y se sentó al lado.

—Hoy irá el abuelo a recogerte al salir de clase. Me ha dicho que te llevará a merendar.

—¡Genial! Quiero un helado del Deliri. ¡De fresa! ¡No, no! De fresa y d pistacho —pronunció llena de emoción.

—Vale, se lo pides al abuelo. Yo estaré trabajando y luego os llamaré para ve dónde estáis.

—Seguro que iremos al parque de Pins, así que estaremos cerquita de restaurante.

—Perfecto. A ver si antes de que se haga de noche puedo salir y nos volvemo a casa, que no quiero que se nos haga tan tarde como anoche terminando tu deberes.

Nunca entró en sus planes ejercer de padre como se había visto obligado a hacer, pero descubrió que no se le daba nada mal. De hecho se le daba muy bien. Los padres de Eva lo sabían y estaban más que agradecidos de la figura paterna tan vital que estaba ejerciendo con su nieta. Tuvieron varia conversaciones al respecto con Ulises, barajando la posibilidad de solicitar se su tutor legal. Él lo tenía muy claro: siempre iba a cuidar de la niña. No sol por la promesa que le hizo a Eva, sino porque así lo sentía. Valeria era su niña y la quería por encima de todo.

Terminaron de vestirse y ambos bajaron hasta la planta baja para subirse a coche y salir de Cala Morell en dirección a Ciutadella, donde estaba e colegio. Por el trayecto siempre escuchaban la radio y cantaban juntos alguna de las canciones del momento que se repetían en bucle constantemente. Muy cerca de la carretera, unas cuantas vacas se amontonaban alrededor de una montaña de pasto que saboreaban con simpatía y que no parecía importarles la suave llovizna que las iba empapando. Entraron en Ciutadella hasta llegar a la Plaça des Born, donde se encontraba el CEIP Joan Benejam. Paró en doble fila como muchos otros padres estresados y acompañó a Valeria hasta la puerta de colegio, donde ambos se despidieron con un fugaz beso antes de sali corriendo a encontrarse con sus amigas. Ulises siempre la miraba desde la distancia con una sonrisa espontánea que se dibujaba en su rostro con naturalidad. Ella siempre se giraba a mirarlo en el último instante justo ante de desaparecer. Siempre era así, era su código secreto para decirse cuánto se querían y se necesitaban.

Volvió a su coche y continuó su rutina diaria. Aparcó en una pequeña plaza que tenía alquilada en un edificio del Carrer de Lepant y acudió a su exitosa hamburguesería en la Plaça des Pins, en la cual había delegado muchas de su responsabilidades a su amigo y socio.

—Martí, tío, no sé yo si voy a tener fuerzas para seguir con esto —confesaba a finales del verano pasado—. Esto ha sido muy duro, creo que nunca podré superarlo.

—Ulises, tómate todo el tiempo que necesites. Tú te has currado todo esto y tú has hecho que sea lo que es hoy —contestó dándole un abrazo—. Si tengo que hacer más horas las haré. Tú preocúpate de ti y de la niña. Esto es solo un curro, hay cosas mucho más importantes en la vida.

—En cuanto todo esto acabe te prometo que curraré todo lo que no he podido ahora. O el doble —afirmó.

—Que pillen al cabrón que mató a Eva. Ocúpate de eso, tío.

Y así fue. Se dirigió hacia la puerta del restaurante mientras programaba esquemáticamente en su cabeza la lista de correos electrónicos y llamadas que debía hacer esa mañana. Solía ponerse en una de las mesas de la entrada y desde allí conectaba su portátil para aprovechar ese rato en el que estaba solo para hacer todo el trabajo de gestión. Desconectó la alarma desde su teléfono móvil y abrió la puerta principal. Dio unos pasos para encender las luces cuando notó un ruido extraño que provocó algo que acababa de pisar. Era una

especie de sobre antiguo, como de esos amarillentos envejecidos que alguno novios regalan en las invitaciones de boda. Pero este parecía viejo de verdad incluso algo arrugado por el paso del tiempo. Se agachó y lo ojeó con curiosidad. Estaba claro que no era ninguna factura de suministros ni nada por el estilo. Parecía cerrado. Le dio la vuelta y pudo leer el destinatario «ULISES». Estaba escrito con una letra casi perfecta como si fuera de imprenta, pero no lo era. Podía verse que estaba manuscrito, al parecer con un rotulador permanente grueso. Le extrañó muchísimo encontrar aquella misteriosa carta allí, pero mucho más enigmático fue el mensaje que encontró en su interior.

«Los *bujots* arderán en el cielo con sus pecados anclados al pecho. Pronto purificaremos nuestra Ciutadella. El juego del fuego ha comenzado».

Ulises se quedó petrificado leyendo una y otra vez en voz alta aquel extraño mensaje. ¿Sería una broma? Sabía qué eran los *bujots*, desde pequeño había visto aquellos monigotes de paja que colgaban en diferentes lugares de la ciudad en el Domingo de Pascua junto a unos carteles que anunciaban algún mensaje en claro tono satírico, representando a algún político o personaje público. Pero no era hasta las doce del mediodía cuando se producía el momento culmen: un grupo de tiradores empuñaban sus escopetas de fogueo y comenzaban a dispararles hasta que ardían y caían al suelo, para el delirio de los presentes. Era una tradición que se repetía desde hacía más de cien años en Ciutadella. Pero, ¿quién le escribía aquella misteriosa carta mencionando esta peculiar costumbre? ¿Por qué a él? Por desgracia estaba a punto de averiguarlo. El juego, no muy lejos de allí, ya había empezado.

Capítulo 4

Al norte de Ciutadella, en una antigua cantera cerca de Cala en Blanes, estaba a punto de ocurrir algo que lo cambiaría todo. Era una enorme extensión agreste de terreno en la que destacaba un enorme socavón en el suelo rodeado de un gran muro de piedra. El suelo, salpicado por numerosos arbustos que de entre la maleza se habían ido abriendo paso, presentaba diferentes niveles formado por amplios peldaños de la piedra trabajada a cielo abierto. En la parte más profunda y entre dos muros separados a unos siete metros, una enorme cuerda cruzaba de lado a lado fuertemente anclada a cada uno de los extremos. Justo en el centro y a unos tres metros del suelo, un hombre colgaba enganchado a un arnés desde donde salía una corta cadena desde su espalda hasta la cuerda principal. Era un hombre de edad avanzada, bastante delgado. Podía verse el pánico en sus ojos. Trataba de respirar a través de aquel trapo que cubría su boca por completo. Vestía una camisa gruesa de cuadros y unos pantalones viejos de pana. No llevaba zapatos, dejando al descubierto unos raquíticos y pálidos pies que colgaban inertes a merced del viento. Sus ojos se movían de manera regular como un péndulo de lado a lado. No había nadie. Aquellas personas, con su falsa amabilidad, lo habían engañado y ahora su vida corría serio peligro. Todo cambió cuando lo subieron a aquel coche negro haciéndose pasar por amigos de su hija que le preparaban una sorpresa en la cual era fundamental su presencia. No entendía a qué se referían, pero estaba claro que no fue una buena idea confiar en ellos. Lo habían llevado hasta este desértico lugar a primera hora de la mañana y desde que lo colgaron allí no lo había vuelto a ver. Preferiría nunca haberlo hecho y esperar hasta que alguien acudiera en su auxilio. Desde una pequeña edificación de piedra situada en uno de los extremos de la cantera aparecieron aquellos individuos. Tuvo la esperanza de que aquello por fin terminaría, pero muy pronto toda fe se desvaneció. Pudo ver cómo se dirigían hacia su posición empuñando escopetas de caza que incluso exhibían con orgullo. Uno de ellos parecía llevar una especie de cartulina blanca con algo escrito en ella.

—Por Dios, ¿qué vais a hacerme? —balbuceó a través del trapo mojado.

—No te preocupes, es solo un juego —contestó con una tranquilidad perversa mientras dejaba con sumo cuidado la cartulina justo debajo de él.

—«Ser inocente es mi condena» —leyó atónito desde lo alto.

Poco después y tras cerciorarse de que en su reloj marcaban las doce en punto del mediodía, uno de ellos sacó una botella con gasolina y comenzó a rociar a indefenso anciano que trataba de zafarse con la poca energía que le quedaba Levantaron sus armas, le apuntaron y comenzaron a disparar sin descanso. E estruendo que provocaban sus escopetas rebotó en cada una de las cuatro muros de piedra. Nadie en aquel desértico lugar los escuchó, aunque de haberlo hecho no le hubieran dado demasiada importancia al ubicarse dentro de un coto de caza. A los pocos minutos estaba envuelto en una gran llamarada que prácticamente lo envolvía de pies a cabeza. Desde bajo lo miraban con satisfacción por haber realizado su cometido con éxito. No se marcharon esperaron hasta el final. El desdichado hombre seguía consumiéndose bajo la voraces llamas que iban revelando su desgastado esqueleto hasta que de repente la cuerda se partió y cayó sobre el confuso mensaje. Se miraron Sonrieron. Era hora de marcharse.

Capítulo 5

—Jefe, tenemos un aviso. Algo gordo ha ocurrido —anunció un agente de la Policía Nacional irrumpiendo en su despacho.

—Entre todos os habéis propuesto joderme la merienda —protestó el subinspector Román a la vez que volvía a cubrir un pequeño bocadillo con el mismo papel de aluminio arrugado—. ¿Qué ha pasado ahora? Al final me tendré que conformar con una triste Coca-Cola dando vueltas por mi estómago, ¡y encima sin hielos!

—Disculpa, subinspector. Un joven de Cala en Blanes que paseaba a su perro por el campo ha encontrado lo que parece ser el cadáver de un individuo incinerado en la vieja cantera. Tenemos ya a un par de compañeros de camino que estaban por la zona, estarán a punto de llegar.

—¿Cómo? —preguntó mientras asimilaba toda la información y se levantaba de un salto de su silla—. ¿Está seguro de que es humano y no un animal muerto que alguien ha decidido quemar por su cuenta?

—Sí, el testigo está totalmente seguro. Al parecer no ha llegado a quemarse por completo.

—Dios mío, ¿quién dijo que esta era una isla tranquila? Nos estamos volviendo todos locos —murmuró—. Nos vamos. Avisa inmediatamente para que nadie toque nada hasta que lleguemos nosotros y los de la Científica.

—Voy —obedeció y al instante el mensaje llegó a todos los agentes de servicio.

El subinspector Román bajó apresuradamente por las escaleras de la Comisaría hasta llegar a la puerta principal. Salió a la calle y subió a uno de los coches patrulla que estaba aparcado nada más cruzar la estrecha calle. Tras él varios agentes uniformados y un par de agentes de la Científica cargados con sendos maletines y mochilas hicieron lo mismo. Bordearon el puerto dejando a un lado el Castell de Sant Nicolau y continuaron hacia el norte a toda velocidad atravesando Ciutadella. Era la hora en la que salían los niños del colegio y muchos fantaseaban con qué habría ocurrido para que toda aquella comitiva cruzara frente a ellos exhibiendo sus potentes sirenas. Tomaron la carretera a Cala en Blanes y poco antes de llegar a la urbanización giraron a la derecha por un camino privado de tierra. La valla que lo delimitaba ya estaba abierta, probablemente los compañeros habían solicitado

abrirla o se habían deshecho del pequeño candado que la mantenía cerrada
Recorrieron unos metros y no tardaron en ver su coche oficial mal aparcado a
orillas del camino. Se afanaron en dejar todos los coches allí mismo
levantando una densa polvareda que provocaron al frenar en seco su
neumáticos. Bajaron prácticamente a la vez y, con ritmo ágil, caminaron hast
la cantera. Allí estaban los dos agentes uniformados, un joven de unos treint
años con ropa de deporte y un atlético perro de pelo corto negro qu
descansaba tumbado en una improvisada alfombra de hierba humedecida po
la suave llovizna que volvía a caer sobre ellos. El subinspector no cruzó co
los presentes más que una fugaz mueca levantando sus cejas en señal d
saludo y caminó, ahora más pausado, hacia el escenario del ya sin ningun
duda crimen. Era espantoso, jamás había visto algo así. Unos resto
claramente humanos reposaban sobre el suelo todavía humeante qu
desprendía un detestable olor a animal chamuscado. Podía distinguir gra
parte de su rostro y de su mandíbula completamente abierta donde destacab
lo que parecía ser un diente de oro.
—¿Qué narices es todo esto? —se preguntó en voz alta a sí mismo—. ¿Y
quién lleva hoy en día dientes de oro? —frivolizó.
—Mi abuelo lleva dos —contestó espontáneamente uno de los agentes de l
Científica que también observaba el dantesco escenario del crimen haciend
que el subinspector se girara sobresaltado por su presencia.
—Lo ataron con estas cuerdas y después lo quemaron —concluyó e
subinspector que no dejaba de mirar de un lado a otro tratando de asimilar l
atrocidad que allí mismo había ocurrido—. ¡Rápido! Hay algo escrito debaj
del cuerpo. ¡Sacadlo ya!
Los dos compañeros de la Científica se afanaron en abrir sus maletines y e
apenas un par de minutos ya estaban totalmente tapados con un mono blanc
que cubría cabeza y cuerpo, mascarillas, guantes y cubrebotas azules
Movieron con sumo cuidado los restos óseos y rescataron un papel grues
blanco lleno de ceniza que parecía haberse salvado parcialmente de las llama
por la tierra mojada que en gran parte lo cubría. Lo pusieron sobre un
improvisada mesa de trabajo y con la ayuda de un pincel fueron limpiand
toda su superficie. El subinspector detrás de ellos y desde cierta distancia ib
girando su cabeza y moviendo los labios tratando de descifrar cuanto antes e
mensaje que poco a poco se iba adivinando.
—Mi condena... ¿Podéis leerlo? —se impacientaba.

—Es mi condena. ¡No! Ser inocente es mi condena, eso pone.

Román se acercó unos pasos para cerciorarse de que ese era el extraño mensaje que rezaba bajo el carbonizado cuerpo que humeaba en aquel lugar abandonado. En efecto era eso lo que todavía podía leerse en aquella especie de cartel. Lo leyó una y otra vez sin entender nada de lo que estaba pasando. Colocó sus manos en la nuca y se giró para observar de nuevo todo el extenso lugar. Volvió a mirar hacia aquel puñado de cenizas y pudo imaginar la angustia por la que aquella persona había debido pasar. Observó la cuerda anudada a bastante altura en cada uno de los extremos. Le extrañó, le extrañó muchísimo. Lo más fácil sería tenerlo atado a ras de suelo y una vez allí consumar lo que a priori parecía algún ajuste de cuentas motivado por lo que fuere. Pero no, aquello le hizo pensar que el cuerpo estaba suspendido en el aire antes de romper las cuerdas y por lo tanto aquello no pudo hacerlo una única persona. Era imposible. Cerró de nuevo los ojos e intentó visualizar ahora a alguien colgado a varios metros del suelo que comenzaba a arder cuando seguramente todavía seguía vivo. Se quemaba por completo y entonces la cuerda se rompía y caía al suelo. Repitió esa secuencia en bucle hasta que de repente sus ojos se abrieron por completo.

—Es la matanza de *bujots*. Ulises está en peligro —afirmó sintiendo un escalofrío que atravesó por completo su cuerpo.

Capítulo 6

Unas horas ante

Ulises no le dio mayor relevancia a la extraña carta. Esperó que alguno de su trabajadores que fueron acudiendo le dieran alguna explicación razonable d por qué estaba allí. No fue así, por lo que decidió guardarla en un cajón de l cocina y continuó con su jornada laboral. Martí no fue ese día, era un lunes d enero sin demasiado trabajo en el que también varios empleados disfrutaba de una jornada de descanso después de acumular horas en el fin de semana Miró la hora en la pantalla del móvil y vio que todavía era pronto. Podía se buena idea acudir por sorpresa a recoger a Valeria a la salida del colegio aunque igual no tanto para su abuelo Carlos que seguro llevaba todo el dí esperando ese momento a solas con su nieta. Decidió salir a la Plaça des Pin y tomar el aire sentado en un banco que apuntaba en dirección contraria a s restaurante, con la finalidad de desconectar un poco de donde llevaba gra parte del día encerrado. Ya no llovía y el suelo emanaba un agradable olor tierra mojada que contribuía a la relajación. Sacó su móvil y empezó a ojea aleatoriamente entre sus redes sociales. Recordó que hacía varios días que n subía nada al Instagram de la empresa por lo que entró en su galería par elegir alguna foto interesante que pudiera colgar. Se detuvo en la primera qu tenía. Era una fotografía que había tomado esa misma mañana de aque misterioso sobre. Unos segundos después deslizó con el dedo y apareció otr del interior donde estaba aquel enigmático mensaje. Lo leyó varias veces, per siguió sin entender nada de todo aquello. Levantó la mirada y por el otro lad del parque vio andando a un viejo conocido. Sin pensarlo, se levantó y fue saludarlo. Sentía un vínculo extraño con aquel hombre, como una mezcla d admiración y agradecimiento eterno.

—Hombre, Ulises. ¿Qué tal estás? —lo saludó con una sonrisa al verl acercarse.

—Bueno, bien, mejor... —vaciló en su respuesta.

—Poco a poco. Esto no va a ser nada fácil, pero hay que mirar hacia delante no queda otra —le aconsejó apoyando una mano sobre su hombro mostrand complicidad.

—Gracias de nuevo por todo, subinspector. Le estaremos eternament agradecidos.

—Ya te he dicho que no tienes que darme las gracias. Es mi trabajo y además de no ser por ti nunca habríamos pillado a ese cabrón. ¿No has pensado en dedicarte a esto? Se te da bien —aseguró con una sonrisa.
—Bastante trabajo tengo ya con lo mío, siempre surgen mil historias que atender. Por cierto, esta mañana me ha pasado algo muy raro.
—¿Y eso? —preguntó extrañado.
—Nada, una tontería, tampoco te quiero entretener.
—No, tranquilo. Cuenta, cuenta. He salido un momento, pero iba de vuelta a Comisaría a asaltar el bocadillo que no me ha dado tiempo a comerme antes y que al final parece que será para merendar. Es toda la faena que tendré en lo que me queda de tarde —aseguró muy iluso.
—Vale, vamos dentro y te lo enseño.
Atravesaron de nuevo el parque y tras cruzar la calle entraron en el restaurante donde quedaban un par de trabajadores y la encargada de limpieza.
—¿Te apetece beber algo? —ofreció Ulises cordialmente.
—Venga, te acepto una Coca-Cola —indicó el subinspector a la vez que tomaba un taburete para sentarse en la barra.
—Perfecto, pero tendrá que ser sin hielos. Llevo toda la tarde esperando a un camión... Estará a punto de llegar.
—No te preocupes, sin hielos —contestó resignado—. ¿Qué era lo que me tenías que enseñar? Me tienes intrigado.
—Voy a buscarlo —se dio la vuelta y entró en la cocina para volver a los momento con algo que sujetaba en su mano derecha.
—¿Una carta? —preguntó con tono irónico.
—Sí, una carta superextraña. Toma, mírala.
El subinspector Román se incorporó y cogió aquella carta para tratar de entender qué la hacía tan especial para levantar en Ulises aquel interés con el que la describía. Examinó primero el sobre. Le llamó la atención lo antiguo que parecía, de un material que no creía haber visto nunca. Lo abrió y desdobló el papel que allí dentro aguardaba. Comenzó a leer el mensaje. Levantó serio la mirada y volvió a leerlo.
—¿Y esto? —preguntó extrañado.
—No tengo ni idea —respondió Ulises encogiéndose de hombros y negando con la cabeza—. Esta mañana abrí esa puerta y estaba justo ahí en el suelo. Alguien que pasaba por la calle tuvo que colarlo por debajo. He preguntado a la gente de aquí y nadie sabe nada.

—No sé, igual es una broma.
—Puede ser, pero es un poco extraño, ¿no?
—Bastante, diría yo —contestó tras apurar del vaso la triste Coca-Cola desnuda, sin hielos ni rodaja de limón—. Si recibes alguna más avísame. Me vuelvo para la Comisaría antes de que me desmaye.
—Que aproveche el bocata, subinspector.
Ambos intercambiaron un apretón de manos y el subinspector salió acelerado en busca del ansiado bocado que le esperaba en su despacho. Ulises recogió el vaso del subinspector, se lavó las manos y salió también con la intención de unirse a la merienda de Valeria y Carlos. Sobre la barra descansaba aquella extraña carta que no muy tarde cobraría vital importancia.

Capítulo 7

La Policía Científica se quedó trabajando en la zona y el subinspector regresó al coche de vuelta a Comisaría para abrir diligencias y tomar declaración a testigo que encontró el cuerpo. Abandonó el corto trayecto de tierra para incorporarse de nuevo a la carretera rumbo a Ciutadella. Buscó entre los contactos de su móvil e hizo inmediatamente una llamada.

—Ulises, ¿sigues por Ciutadella? —preguntó enérgicamente.

—Hola de nuevo, subinspector. Sí, estoy con la niña en el parque negociando los últimos minutos antes de irnos para casa a hacer los deberes. ¿Pasa algo? —consultó con preocupación tras percatarse que le llamaba desde un coche patrulla con la sirena encendida.

—Me temo que sí. ¿Sigue Carlos con vosotros?

—Sí, ¿quieres hablar con él?

—No, no. Te necesito a ti —aseguró—. Necesito por favor que vengas a Comisaría. ¿Puede quedarse Carlos con la niña? No será demasiado tiempo.

—Claro, estoy aquí al lado. ¿Voy ya? —preguntó confuso.

—Sí, yo estoy llegando, tardo cinco minutos. Ahora nos vemos. Por cierto trae la carta —indicó con celeridad justo antes de colgar.

Ulises se quedó unos segundos con el teléfono pegado en la oreja esperando recibir otro mensaje que explicara algo sobre aquella inesperada llamada. Ya había colgado. Miró la pantalla con perplejidad pensando un instante en qué podría haber ocurrido para que le llamara tan alterado. Hacía un rato que había estado con él y parecía de lo más tranquilo. ¿Y la carta? ¿Que tenía que ver en todo esto? Se despidió brevemente de Carlos y de Valeria sin dar demasiadas explicaciones y caminó deprisa hacia el restaurante. Abrió la puerta, cogió la carta que seguía sobre la barra y volvió a salir. Pasó por delante del Pins 46 y giró a la izquierda por el Passeig de Sant Nicolau. En apenas dos minutos estaba en la esquina de la Comisaría esperando la llegada del subinspector. No tardó en escuchar las sirenas que anunciaban la llegada de varios coches patrulla que al instante vio aparecer desde el final de la calle. Notó cómo se le aceleraba el corazón y las manos le empezaban a sudar. Los fantasmas del pasado volaron justo por encima de él y sintió como si fuera el comienzo de una nueva pesadilla. Y así fue.

—Ulises, vente conmigo arriba —ordenó nada más bajar del coche y accede con velocidad al edificio junto al resto de agentes que siguieron sus pasos— ¿La llevas? Perfecto. Avisadme cuando llegue el testigo, enseguida estoy con él —continuó ordenando sin dejar de avanzar hasta llegar a su despacho.

—¿Qué ha pasado, subinspector? —preguntó Ulises totalmente desconcertado.

—Siéntate y te pongo al corriente —tomaron ambos sus respectivos asientos y comenzó a relatar lo sucedido—. Verás, ha aparecido un cuerpo calcinado no muy lejos de aquí. Alguien se ha cargado a ese tipo.

—¡Qué barbaridad! —acertó a pronunciar—. ¿Quién era?

—Todavía no sabemos nada, ha quedado irreconocible. A simple vista no vi ni siquiera si era un hombre o una mujer. Creemos que es de edad avanzada llevaba un diente de esos de oro. ¿Sabes a qué me refiero?

—Sí, creo que sí —vaciló sin mostrar demasiado interés en conocer en profundidad los espeluznantes detalles de aquel cadáver—. Pero, ¿qué tengo que ver yo en todo esto?

—Me temo que eso es lo que tiene algo que ver —señaló la carta que llevaba en la mano y de la que Ulises casi se había olvidado que traía.

—¿Esto? —la dejó sobre la mesa con aversión, deseando desprenderse de algo que ahora sentía que estaba manchado de sangre.

—A esta persona la ataron y la dejaron colgando a unos tres o cuatro metros de altura. Después la quemaron hasta que la cuerda se rompió y cayó al suelo seguramente ya sin vida. Hemos encontrado gran cantidad de pólvora alrededor, pero ningún cartucho por el suelo. Los tuvieron que recoger antes de marcharse. Estoy a la espera de que me confirmen los forenses que lo acribillaron con escopetas de fogueo. ¿Te suena de algo? —se quedó en silencio mirándole a los ojos y al momento le acompañó con la mirada hasta el sobre que aguardaba en el centro de la mesa.

—¿Es la matanza de los *bujots?* —preguntó levantándose de un salto de la silla sin necesidad ya de escuchar la respuesta afirmativa—. No, no. No puede ser. ¿Qué tarado replicaría algo así? Además, ¿eso no es en Pascua? ¿Y por qué esta carta a mí?

—Por eso te he hecho venir, pero siéntate que me estoy mareando de verte dar vueltas —sugirió—. Eso es lo que tenemos que averiguar, pero no puede ser una coincidencia —cogió la carta y la volvió a leer en voz alta:

«Los bujots arderán en el cielo con sus pecados anclados al pecho. Pronto purificaremos nuestra Ciutadella. El juego del fuego ha comenzado».

—No te lo había dicho, pero la víctima llevaba también un cartel con un mensaje.
—¿Y qué ponía? —consultó convencido ya de lo acertado de esta línea de investigación.
—«Ser inocente es mi condena». ¿Te dice algo ese mensaje?
—Ni idea —contestó atónito.
—Ulises, necesito que me cuentes cualquier cosa que sepas. Quiero entender qué relación tiene este macabro asesinato contigo. Esta mañana aparece esta carta a tu nombre y poco después tenemos el siniestro sacrificio.
—Ninguna, subinspector. Yo solo trato de rehacer mi vida, de mirar hacia delante. ¿No se supone que es lo que debo hacer? —comenzó a llorar impotente, preso de los nervios y del pánico que le provocaba todo el caos que comenzaba a generarse en torno a él.
—Subinspector, el testigo está aquí —interrumpió una de las agentes.
—Un momento, por favor. Salgo en un minuto —apuntó—. Ulises, escúchame bien. Cualquier cosa que se te ocurra, aunque parezca una tontería, llámame. Ten mucho cuidado, si necesitas protección me inventaré lo que sea para conseguírtela.
—¿Crees que vendrán a por mí? —preguntó claramente asustado con todavía lágrimas en los ojos.
—No sabemos nada, pero debemos ser cautos. Lo dicho, llámame a la hora que sea si se te ocurre algo.
—De acuerdo, lo haré. Gracias, subinspector —se levantó para estrecharle la mano.
—Deja de darme las gracias, joven —bromeó tratando de tranquilizarlo—. Tengo que dejarte que se me acumula la faena. Estamos en contacto.
Ulises se despidió fugazmente de los agentes que se topó de camino hasta que abandonó la Comisaría. Avanzó pensativo unos pasos y se paró poco después. Giró la vista de nuevo hacia el edificio y se quedó un rato mirando las ventanas azules que ocupaban casi toda la fachada a ambos lados de una franja central presidida por un mástil con la bandera de España. Observó aquella regular cuadrícula de cristal que mediante opacas cortinas verticales blancas resguardaba más atroces sucesos de los que ningún ciudadano pudiera

imaginar. De repente una de estas se movió, dejando ver la silueta de un hombre. Era el subinspector. Ambos se miraron durante varios segundos. No se saludaron ni gesticularon. No fue necesario, el subinspector lo sabía: había algo más.

Capítulo 8

Entraron juntos en una alargada sala en la que se repartían mesas a lo largo y ancho de todo el espacio. Cada una de ellas para un máximo de cuatro comensales a juzgar por las sillas que permanecían ancladas al suelo y a la propia mesa, evitando así cualquier impulsiva idea de lanzamiento. En el fondo una especie de barra de bar donde los reclusos paseaban con sus bandejas en busca del menú diario, protegida por un forjado acristalado con la estructura en el mismo llamativo color mostaza que reinaba por todo el recinto. Nicolás tomó asiento en una mesa libre y su inseparable compañero Vedella hizo lo propio justo a su lado. Pasaba prácticamente todo el día con él menos cuando por la mañana estaba en el gimnasio o cuando había entrenamiento de baloncesto; por donde el grandullón nunca aparecía.

En la prisión en total había algo más de mil reclusos organizados en diferentes módulos. Nicolás no tenía ninguna intención de hacer amigos allí dentro, pero había encontrado en su compañero de celda la estabilidad emocional que necesitaba para soportar esta desgraciada nueva vida sin volverse loco; al menos todavía. Así le pareció ver que funcionaba la gran mayoría, en pequeños círculos que creaban y en los que organizaban su pequeña zona de confort. El Vedella era bastante popular tanto entre los reclusos como entre funcionarios, lo que le llevó a pensar que seguramente llevaría ya bastante tiempo allí encerrado. No se lo preguntó, nunca lo hizo. Era algo de lo que desde un principio notó que no quería hablar, aunque a él sí se lo preguntó en el momento que entró en la celda por primera vez. Era un tipo tranquilo inocente y bonachón por fuera, pero con una aparente doble personalidad que por suerte los antipsicóticos mantenían controlada y que no deseaba en ningún caso conocer.

—¿Qué tal hoy con tus libros? —preguntó Nicolás.

—He empezado a leer *La milla verde.* Me encanta ese libro —aseguró con entusiasmo.

—¿Otra vez? ¿Cuántas veces te lo has leído? Desde que estoy yo aquí por lo menos cinco.

—Ni idea, pero seguro que muchas más. Lo escribieron por mí, ¿sabes? —fantaseó como siempre que hablaba de ese libro con cualquiera—. Yo soy John Coffey, solo que aquí no hay silla eléctrica. ¡O eso espero! —soltó una

enorme carcajada que terminó con un sonoro golpe de tos que hizo que vario reclusos se giraran a mirarle con desprecio.
—Es un buen libro, tienes razón. Me quedo mucho más tranquilo sabiend que duermo con John Coffey y que en cualquier momento puede curarme s enfermo.
—Claro, ¿quieres ver cómo lo hago? —sugirió acercándole las palmas de su manos.
—No, no es necesario —se apartó sonriendo—. No querrás llenar luego tod esto de asquerosos insectos que salgan por tu boca, que estamos comiendo.
—Nicolás, tienes visita —anunció un funcionario que se acercó a su mesa interrumpiendo la conversación tan apasionante sobre la novela de Stephe King.
—¿Ahora? ¿No era mañana? —consultó extrañado.
—Sí, creo que tu chica fue la que solicitó el cambio.
—¿Otra vez toca echar un polvo? ¿Y a mí cuándo me toca, jefe? —protest Vedella.
—Ya llegará, amigo. Ya llegará.
Nicolás se levantó emocionado con el encuentro y acompañó al guardia po varios pasillos hasta toparse con una enorme reja que impedía el paso. Sac una llave y le pidió que esperara un momento allí. Al instante apareció junto ella por el otro lado.
—Puedes pasar, Nicolás. Ya sabes que tenéis un par de horas para estar aqu dentro —indicó a la vez que abría una humilde habitación con una cama d matrimonio al fondo y una pequeña ventana en lo alto por donde entraba lu natural.
—Gracias, jefe —contestó Nicolás.
—¿Cómo estás? Te veo más guapo —aseguró su chica, la también ex agente Úrsula Font.
Fue expedientada y apartada del Cuerpo de manera inmediata tras descubri que ella podía haber contribuido en el intento de fuga y en el encubrimient del delito cometido por su compañero sentimental. Estaba a la espera de juicio, pero en su caso no se había decretado el arresto preventivo e incluso e juez en las primeras diligencias desestimó ninguna relación directa o indirect en el asesinato de Eva; reforzado también por la declaración exculpatoria de asesino confeso, Nicolás Rodes. Era muy probable que nunca entrara e prisión, pero también que nunca volviera a ejercer su profesión. No lo llevab

nada bien. Ni que la dejaran sin trabajo ni que pudiera llevar una relació
normal con el chico del que estaba locamente enamorada. Sobre todo por l
segundo. Necesitaba verlo cada día y no tener que viajar cada mes en barc
hasta aquella jaula donde apenas podían pasar juntos dos escasas horas. Do
míseras horas en todo un mes. Y así debía ser durante... ¿diez?, ¿quince años?
—Tú sí que eres bonita —la besó y manoseó como quien tiene un tesoro entr
las manos. En realidad es lo que era allí dentro.
—¿Sabes que el otro día la tuve con el desgraciado de tu amigo?
—¿Con quién? ¿Ulises? —preguntó exaltado y levantándose de la cama hech
una fiera—. ¿Qué te ha hecho ese cabrón?
—Sí, con él. Iba cargada con bolsas hacia mi coche en el aparcamiento de
supermercado cuando justo me crucé con él. Vino como un energúmeno a po
mí y de no ser por un hombre que estaba por allí no sé qué hubiera pasado
Está tarado —maquilló una historia que a grandes rasgos era cierta, pero co
ciertos matices.
Era un jueves a mitad mañana cuando efectivamente Font bajaba por e
ascensor que llevaba hacia el primer sótano donde tenía aparcado su coche. S
abrieron las puertas del ascensor y levantó de nuevo las pesadas bolsas qu
repartía en ambas manos. Caminó unos metros hasta que llegó a la part
trasera y buscó las llaves en el bolso para abrir el maletero. No las hab
localizado todavía entre el gran surtido de objetos que coleccionaba cuand
alguien la asaltó.
—Tendrías que estar pudriéndote en la cárcel y no tan tranquila de compra
como si no hubiera pasado nada —le recriminó dando un golpe sobre e
maletero todavía cerrado.
—Déjame en paz, Ulises —contestó con desprecio—. ¿Por qué no te echas y
otra novia y alegras esa cara de amargado que llevas siempre? —le sonrió.
—Eres igual de mierda que el asesino de Nicolás —replicó arrinconándol
entre el coche y la pared, quedándose a escasos centímetros de su cara.
—Cuidadito con lo que dices, cariño. A ver si vas a acabar como tu queri
chica —le susurró lanzándole un beso para culminar la frase.
Ulises la cogió con contundencia del cuello de la sudadera y la levantó vario
centímetros del suelo, apoyando toda su espalda contra la pared. Comenzó
regalarle un buen surtido de insultos mientras ella, lejos de oponer cualquie
resistencia, se limitaba a mostrar una provocadora sonrisa. Los gritos alertaro
a un hombre que acudió de inmediato a socorrer a lo que parecía una muje

indefensa en peligro. Font fingió alivio al verlo. Había estado cerca de llevar a Ulises al límite y de no ser por la irrupción de aquel héroe anónimo lo habría conseguido. Esta vez no pudo ser, pero ya habría más oportunidades de hacer justicia. Tarde o temprano debía pagar por haber destrozado su prometedora vida junto al hombre que más quería y que ahora se consumía poco a poco entre rejas.

Ulises huyó al momento tras varias amenazas de llamar a la policía por parte del aleatorio testigo mientras Font alargó unos minutos más su brillante actuación como la víctima agredida que no deseaba denunciar. No era suficiente. Le agradeció la ayuda, cargó las bolsas y se marchó. Una vez en el coche, a solas, limpió con desprecio cada centímetro de su piel que le había tocado y suplicó que todo el mal cayera sobre Ulises. Que toda su vida se hundiera bajo la mayor de las desgracias. Y así fue.

Capítulo 9

—¿Y bien?
—Sabemos ya que la víctima es un varón. Hemos corroborado que recibi numerosos disparos con escopetas de fogueo, presentaba restos de pólvora po todo el cuerpo. También aparecen incrustadas partículas de polvo de madera —detalló el forense.
—¿Polvo de madera? —preguntó extrañado el subinspector.
—Sí, son cartuchos de salva compuestos de pólvora y serrín, sin proyectil.
—¿Sabemos el origen de estos cartuchos? En algún sitio tuvieron qu comprarlos.
—Ya estamos en ello. Tengo a un equipo tomando muestras en la fábrica d Mahón. De allí son las que se utilizaban en las fiestas de Pascua —indicó.
—¿Se utilizaban? ¿De dónde son ahora? ¿China?
—No, subinspector —sonrió—. Ahora ya no se utilizan escopetas. Desde hac unos pocos años está prohibido usar armas de fuego y quemamos los *bujot* con petardos y bengalas. Ya no es lo mismo, pero lo importante es conservar l tradición —confesaba el forense, dando a entender que vivía desde dentro est tradicional fiesta.
—¿Me estás diciendo que estamos ante un lunático melancólico de l tradicional matanza de los *bujots* con escopetas? Lo que me faltaba por ver — protestó—. ¿Sabemos algo de la víctima? ¿Hay forma de saber quién era?
—Complicado. El cuerpo, o mejor dicho lo que ha quedado de él, est irreconocible. En estos casos lo más factible es que algún familiar denuncie s desaparición y podamos cotejar su identidad con un análisis de ADN.
—Está bien, nos mantendremos alerta. No tardará en filtrarse a la prensa y e este caso puede que nos venga bien. Necesito saber ya quién era la víctima y qué relación tiene con todo este macabro juego —comentó.
El subinspector abandonó la improvisada reunión con el forense de la Polic Científica y regresó a su despacho. Hacía ya algo más de veinticuatro hora desde que se encontraron con aquel salvaje crimen en la vieja cantina Encendió su ordenador y empezó a buscar información sobre aquella curios tradición que solo se celebraba allí en Ciutadella. En 2022 se reanudó tras do años suspendida por la pandemia y fue ya desde este momento en el que s prohibió el uso de escopetas, como bien le informó el forense. Utilizaba

petardos que simulaban los disparos de estas escopetas de salva Posteriormente las bengalas junto con la gasolina con la que estaban rociado hacían el resto. Este año sería el 20 de abril, en el Domingo de Pascua. «¿Po qué rememorar esta fiesta a finales de enero?», pensó. Muy pronto tod cobraría sentido.

Capítulo 10

Ulises salió con el coche de su garaje cerca de la Plaça des Pins y tomó la Ronda en dirección a la casa de Carlos en Ferreries. Era un domingo de principio de febrero y Valeria pasaba el día en casa de su abuelo que le estaba enseñando a montar encima de su todavía pequeño potro. Había terminado el servicio de comidas en su restaurante de Ciutadella y de camino iba repasando mentalmente los nuevos proyectos de los que acababa de hablar con su socio y amigo Martí. No podía negar la ilusión que le despertaba la inminente apertura del nuevo local en Es Mercadal, del cual hacía aproximadamente un año ya le había hablado a Eva.

—Será como uno de esos sitios que te encuentras en mitad de la nada en la Ruta 66 —fantaseaba—. Que aparques en la puerta y entres en un local repleto de colores pastel y un ambientazo superamericano. Que la gente se pida una hamburguesa con unas deliciosas patatas con mucha salsa y que terminen con un enorme batido coronado con nata. Tiene que haber sofás en cada mesa y las paredes llenas de fotos. ¿Conoces el Mr D'z? —preguntó ilusionado.

—No tengo ni idea. ¿Qué es eso?

—Un restaurante espectacular de la Ruta 66. Un día la haremos juntos y te llevaré a comer allí.

—¡Trato hecho! Pero... ¿qué te parece si de momento me llevas a cenar a Katu y les comentamos nuestra idea para la preboda? —le propuso Eva—. Creo que estaría muy bien organizarla allí. Podríamos dejar solo mesas altas y que fueran sirviendo la comida mexicana. En la barra los invitados podrán pedir cócteles y sacarlos al patio, donde montaremos la zona *chill out*.

Ulises no tardó en aceptar la propuesta y empezaron ambos a arreglarse mientras cada uno continuaba pensando en los proyectos que más le ilusionaban. Valeria no estaba en casa. Eva la dejó en casa de su madre después de comer allí las tres y ya no la recogería hasta la mañana siguiente. Ulises se puso una camisa vaquera desabrochada que dejaba ver la camiseta negra interior y unos pantalones claros que descansaban sobre unas zapatillas Veja blancas. Se embadurnó en un perfume de Tom Ford y bajó hasta la planta baja a esperarla. Una vez allí continuó acicalándose mientras se miraba en el espejo de la entrada hasta que a los pocos minutos la escuchó bajar. Estaba espectacular, como siempre. Lucía un vestido blanco largo ligero que parecía

flotar al ritmo que sus pasos marcaban en cada peldaño. De un brazo colgaba un abrigo negro y del otro su bolso Prada.

—Estás preciosa. Por un momento he podido visualizarte vestida de novia —confesó después de quedarse unos segundos embobado mirándola.

—¿De verdad? —sonrió—. Mi vestido será mucho más bonito.

Subieron al Porsche Macan de Eva y salieron por la carretera de Cala Morell hacia Ciutadella, donde aparcaron no muy lejos del Restaurante Katú. Pasearon antes un rato por el centro de la ciudad por donde se respiraba un ambiente de lo más agradable, a pesar del frío que empezaba a consolidarse en aquella noche de invierno. Era sábado y muchos *ciutadellencs* disfrutaban del fin de semana por sus calles. Pasaron por delante de la figura de Es Be, una estatua en homenaje a una de las protagonistas de las Fiestas de Sant Joan hasta llegar a la Plaça de la Catedral.

—Ya queda menos, cariño. En unos meses aquí estaremos dándonos el sí quiero. ¿Estás nervioso?

—Aún queda mucho, Eva. Todavía tiene que pasar todo el verano, no me pongas ya nervioso —contestó Ulises.

—¿Entramos? —preguntó Eva ilusionada—. Parece que está abierta.

—¿Otra vez? Un minuto, la vemos y nos vamos a cenar —protestó.

—Está bien, quejica. A ver si ese día la que no entra soy yo... —sugirió con una malvada sonrisa.

—¡Voy a buscarte y te traigo a rastras si hace falta!

Entraron por la puerta principal que efectivamente estaba abierta y permanecieron unos minutos en silencio observando con detalle la majestuosidad de aquel edificio de estilo gótico. Las luces estaban encendidas a pesar de aparentemente no haber nadie, realzando la belleza de cada uno de los arcos de las capillas laterales que se abrían a ambos lados. Eva le cogió la mano y lo acompañó despacio hacia el principio del pasillo que formaban las grandes bancadas. Miró hacia el precioso techo abovedado situado a gran altura y Ulises la acompañó con la mirada. Eva le miró, se sonrieron y empezaron a caminar lentamente por el estrecho pasillo que les conducía hasta el altar mayor. Ambos miraban hacia los laterales, incluso haciendo gestos de saludar a los imaginarios familiares allí presentes. Continuaron avanzando pausadamente hasta que subieron sin titubeos los cuatro escalones donde se extendía el altar principal. Observaron las hermosas vidrieras que ensalzaban todavía más la belleza del conjunto. Apretaron sus manos y se besaron

Volvieron la vista hacia el conjunto de bancos desiertos y sonrieron imaginándolos repletos de rostros felices por su celebración. Fue un ensayo Casi tan especial como el que les esperaría en el día de su boda, repleto de amor y cogidos de la mano como ahora. Pero era solo eso. Un ensayo. Y aquel maravilloso día nunca llegó.

Capítulo 11

—¿Subinspector?
—Buenas tardes, Ulises —respondió al teléfono—. ¿Alguna novedad?
—No, nada. He escuchado que ya sabéis quién era la víctima.
—Sí, un pobre anciano que vivía solo en su casa de campo cerca de la carretera de Algaiarens. Una de sus hijas denunció su desaparición tras no poder localizarlo —explicó.
—¿Crees que tiene algo que ver con la carta que recibí?
—Pues sinceramente me temo que no. Era un pobre hombre de campo que se dedicaba a cuidar de sus tierras y no creemos que tuviera enemigos. Desde luego no parece ser ningún *bujot* —aseguró—. ¿Has recibido algún mensaje más o has podido averiguar quién te dejó aquella carta?
—Ni idea de quién pudo ser y no, ningún mensaje más.
—Se confirma entonces que debió ser una broma, ¿no? —preguntó desconcertado.
—Es posible, pero... ¿quién hace una broma y luego no reclama su autoría? La dejaron pronto, antes de las siete de la mañana. Lo he visto en las cámaras.
—¿Viste quién la dejó?
—No, todas las cámaras están dentro. Solo se ve deslizar el sobre por debajo de la puerta.
—Buscaré a ver si alguna de la calle ha podido cazarlo. Ya tenemos el día y la hora. Necesito algún hilo del que poder tirar y tu carta es la única relación remota que tenemos con el asesinato. Del escenario solo tenemos una huella parcial que podría ser de la bota de uno de los asesinos, si es que realmente había más de uno. Es todo lo que tenemos en casi un mes de investigación —relató con claro tono desmotivado.
—Siento no poder ayudarte más.
—Ulises, necesito respuestas —sentenció cambiando drásticamente su derrotista tono de voz—. ¿Hay algo que no me hayas contado?
—No, de verdad que no —mintió.
—Puedes confiar en mí. Llámame por favor si se te ocurre cualquier cosa que pueda sernos útil, por muy pequeña que parezca.
—Lo haré, subinspector.

Colgó el teléfono y rápidamente visualizó el desafortunado encuentro que tuvo con la ex agente de policía Font. Aquellas palabras se repetían constantemente en su cabeza: «Cuidadito con lo que dices, a ver si terminas como Eva». ¿Era una amenaza real o simplemente algo que dijo presa del calentón del hosti encuentro? ¿Tendría algo que ver con aquella carta y, peor aún, con e asesinato de aquel inocente anciano? Pensó en varias ocasiones contárselo a subinspector Román, pero igual no era buena idea confesar a un policía que había agredido tanto verbal como físicamente a una mujer en el aparcamiento de un supermercado. Todavía menos cuando esa mujer estaba pendiente de un juicio en el cual no debía interferir de ninguna manera. Necesitaba que le cayera la máxima condena posible y un hecho así no ayudaría. Mejor no deci nada.

Salió a correr por las urbanizaciones de Cala Morell. Todavía no eran la cuatro de la tarde. Era jueves y Valeria tenía extraescolares por lo que no debía recogerla hasta las seis y media. Atravesó los chalets y continuó hacia el este por un camino de tierra rojiza que le llevó hasta el Codolar de Biniatram Bordeó todo el escarpado litoral mientras sentía como bajo sus pies golpeaba con fuerza el mar contra las afiladas rocas que levantaban un aire tan frío que adormecía su rostro. Llegó hasta un mirador desde donde tenía unas vista privilegiadas de Algaraiens donde se detuvo un instante para recobrar e aliento. Estaba completamente desierta. Un grupo de gaviotas parecían turnarse para cazar alguna presa despistada zambulléndose en el mar. El agua estaba totalmente transparente e incluso podía verse el fondo en zonas con bastante profundidad. Pensó entonces en aquel anciano que hacía un me había sido asesinado. Según el subinspector no viviría muy lejos de allí. Po un momento sintió una tremenda compasión, incluso se sintió culpable. Había algo en aquella enigmática carta que escondía un significado oscuro, una maldad que no podía ser producto de ninguna broma. Pero, ¿tanto como para matar a alguien? Se dio media vuelta y arrancó de nuevo a correr con potencia, como si intentara huir de estos negativos pensamientos y de aque lugar que nunca más vería al pobre anciano. Volvió a dejar su mente en blanco y simplemente daba zancadas al ritmo que bombeaba sangre su corazón con fuerza, disfrutando del salvaje entorno que le rodeaba. Atravesó de nuevo la zona asfaltada repleta de lujosas villas y se detuvo delante de la puerta de su casa. Aprovechó para recuperar oxígeno mientras hacía unos estiramientos con la ayuda de la puerta de acebuche de la entrada, la típica puerta menorquina

que delimita tantas propiedades en la Isla. Buscó las llaves en un pequeñ bolsillo con cremallera que llevaba atado a la cintura y abrió. Al instante u escalofrío lo atravesó por completo. Se quedó completamente paralizado e mitad del arco de la puerta principal. Miró hacia atrás con el gest desencajado y una mirada repleta de pánico. No había nadie. Volvió a mira hacia el interior de la vivienda y fue incapaz de dar ni un solo paso más. All estaba. No podía ser posible. De nuevo aquella pesadilla volvía a él. Otra ve esa carta descansaba ahora sobre el suelo de madera del vestíbulo. El juego n había terminado.

Capítulo 12

«Nadie podrá detener nuestra obra. Limpiaremos con fuego las tormentas de pasado».

No podía creer lo que tenía entre las manos. Era exactamente igual que la primera, pero con distinto mensaje. Lo leyó varias veces sin entender nada de lo que estaba pasando, pero sí tenía ahora una cosa clara: aquello no era ninguna broma. Podía sentir el mismo aura de misterio y maldad que desprendía. Exactamente lo mismo que sintió con la primera. La sujetó con firmeza y, tras varios minutos tratando de asimilar lo que estaba pasando, salió corriendo hacia la calle en busca de quien pudiera haberla dejado allí. Alguien había tenido que ir hasta la puerta de su casa y no debía andar muy lejos apenas llevaba una hora fuera. Buscó desesperadamente por los alrededores. Corrió hasta la rotonda principal de la urbanización sin saber realmente cómo debía ser esa persona para poder saber que era el autor de aquellas cartas. ¿Lo habría visto antes? Necesitaba explicaciones, muchas explicaciones. Preguntó a varios vecinos con los que se topó y a los que casi no les daba tiempo a pedir explicaciones sobre su urgente búsqueda. Nadie había visto nada raro. El coche negro hacía rato que se había perdido discretamente entre las curvas de la carretera. Regresó a casa trotando a ritmo más lento y cerró la puerta tras de sí. La adrenalina circulaba todavía por su interior como una enorme corriente eléctrica que mantenía acelerado cada centímetro de su cuerpo. Miró de nuevo la carta y de repente subió a gran velocidad las escaleras dando potentes zancadas. Llegó corriendo hasta el salón y cogió el móvil para hacer una llamada urgente.

—Subinspector, ha pasado algo. Tienes que venir a mi casa —alertó con voz fatigada.

—¿Qué pasa, Ulises? —preguntó sobresaltado por la inesperada llamada— Me pillas justo en el coche, llego en cinco minutos.

—Vale, vale. Aquí te espero.

—Por Dios, Ulises. Dime qué pasa —pronunció desesperado.

—Ha vuelto a pasar. Ha venido a mi casa.

—¿Quién? ¿Estás bien?

—Me ha dejado otra carta.

El subinspector Román aceleró con violencia y puso rumbo a Cala Morell
Todavía estaba por Ciutadella con su coche personal y pensaba dirigirse ya
hacia su casa. Condujo a toda velocidad por la Ronda sorteando las rotonda
con gran destreza sin apenas frenar. Los coches que circulaban se iban
apartando obedeciendo a la sirena portátil y a las ráfagas de luces que les iban
deslumbrando. En la rotonda de la carretera principal hacia Mahón vario
vehículos incluso se detuvieron en el arcén. Sus conductores miraron a
subinspector con preocupación que los adelantó sin titubear esquivando con
pericia el tráfico. Incluso a aquel coche negro. El conductor le mir
detenidamente y disfrutó con su rostro de preocupación. Sabía quién era y
aquello no hacía más que alimentar el orgullo de su acertado plan. Lo dej
pasar justo por su lado, le miró y sonrió. Él no se percató y continuó hacia su
urgente aviso. En poco más de cinco minutos estaba en la puerta de su casa y
Ulises salió a recibirlo.
—Otra carta, subinspector. ¿Qué está pasando? —preguntó sin perder tiempo
en innecesarias bienvenidas.
—Déjame verla —ordenó sin rodeos tras apagar el motor y cerrar de un
portazo el coche.
—Aquí la tienes. Es exactamente igual que la primera, pero con diferente
mensaje.
—«Nadie podrá detener nuestra obra. Limpiaremos con fuego las tormenta
del pasado» —leyó en voz alta—. ¿Qué narices significa esto? —lo miró con
extrañeza.
—Ni idea. Está claro que es del mismo que me la dejó en el restaurante.
—¿No has podido ver a nadie acercarse a tu puerta? ¿Cuándo ha sido?
—Qué va, he salido de casa sobre las tres y media a correr por la costa. Ante
de las cinco estaba aquí —contestó calculando el tiempo en su reloj de
pulsera.
—Tú y yo hemos hablado entonces antes de que salieras de casa, y poco
después alguien se arriesga a venir hasta aquí para meter una carta por debajo
de la puerta. Es todo demasiado extraño —explicó frotando su barba con
suavidad—. ¿Alguien sabía que ibas a salir a correr a esa hora?
—No, nadie. Tampoco es algo que tuviera previsto. Tenía un rato libre y me
apetecía hacer algo de ejercicio.
—Entonces alguien ya te estaba vigilando y cuando te vio salir fue el
momento perfecto.

—Pero, ¿por qué no hacerlo en alguno de los muchos ratos que paso fuera d casa cuando voy a trabajar? —preguntó extrañado—. Ahora he estado fuer apenas una hora y podría habérmelo encontrado si hubiera regresado e cualquier momento. ¿Por qué arriesgarse de esa manera? ¿Por qué tenía qu ser ahora?
—Sí, tienes razón. Igual pretendía que lo leyeras justo ahora y no en cualquie otro día —continuó especulando—. ¿Qué día es hoy?
—Jueves. 20 de febrero —contestó Ulises volviendo a ojear su relo inteligente.
—¿Cuándo recibiste la otra carta? ¿Qué día era? —se precipitó en pregunta con la esperanza de haber descubierto algo.
—Pues no me acuerdo, la verdad. Sería hace un mes y pico, ¿no? —respondi sin demasiada convicción.
—¡Fue el 20 de enero! —exclamó tras encontrar en su móvil la fecha exact del operativo que se levantó en el escenario del crimen.
—Puede ser una coincidencia.
—¡No! ¡No lo es! —le interrumpió—. Dediqué muchas horas a estudiar l tradición de los *bujots* y hay algo que recuerdo perfectamente porque pensé l mismo que tú, que era una mera coincidencia. ¿Sabes cuándo se celebrará este año?
—Pues imagino que como siempre, en el Domingo de Pascua, ¿no? — contestó totalmente desorientado por la extraña relación de fechas a las que e subinspector parecía haber encontrado una conexión.
—La matanza de los *bujots* será efectivamente en el Domingo de Pascua. E próximo 20 de abril.
—¿Eso significa que hoy puede volver a pasar? —preguntó con asombro.
—Espero equivocarme, pero me temo que sí. Alguien está a punto de mori abrasado por las llamas.

Capítulo 13

El coche negro retomó la marcha tras dejar pasar a aquel vehículo que a gra velocidad desapareció por el desvío hacia Cala Morell. Continuó por la Rond y tomó la salida por Sant Joan de Missa, la carretera que conduce hasta la populares playas del sur. Apenas dos kilómetros después tomó el desvío a l izquierda por el Camí de Son Rossó, un estrecho camino de tierra por el qu apenas cabía un vehículo entre los muros de piedra. Avanzó levantando un densa polvareda hasta llegar a su destino final. Aparcó bajo un enorme pin que junto a unos densos arbustos que lo rodeaban constituían el escondit perfecto. Apagó el motor y abandonó el vehículo apartando las ramas qu cubrían ya todas las puertas. Caminó unos pasos entre restos de pinaza piedras que se acumulaban por el suelo hasta que abrió una oxidada puerta qu conducía a un abandonado granero que aún conservaba toda su estructur interior de madera. Hacía mucho que nadie pisaba por allí. Al fondo todavía s levantaba un viejo portón con rejas de hierro que cerraba un pequeño cubícul con el suelo de paja. En su interior una delgada mujer de mediana eda permanecía de rodillas y con la cabeza apoyada en el suelo, con su larg cabellera extendida sobre la paja seca que ocultaba su rostro. Sus mano estaban firmemente atadas por unas cuerdas que mantenían unidas su muñecas en la espalda.

—Está hecho. Ulises ya ha recibido el mensaje. Es el momento —indicó.

—Perfecto. Ella sigue dormida con las pastillas. Fuera está todo preparado — contestó.

Abrieron con varios golpes la oxidada reja y sujetándola por los brazos l llevaron hacia la parte trasera de la finca. Efectivamente estaba todo listo. Er un terreno agreste de tamaño considerable rodeado por un muro de piedra media altura. Tras este, una densa extensión de vegetación salvaje que impedí ver ni ser visto desde cualquier finca de alrededor, dificultando enormement el acceso. Era el lugar perfecto. Avanzaron hacia el centro de la parcela dond una cuerda se extendía horizontalmente entre dos robustos pinos a los que s abrazaba en cada uno de los extremos. La arrastraron hasta un punt equidistante y le colocaron un arnés a su espalda por el que hicieron pasar l gruesa cuerda. Permanecía con los ojos abiertos, pero con la mirada perdid por las altas dosis de hipnóticos que circulaban por sus venas. Apenas lograb

balbucear y mover ligeramente los dedos de sus manos. Llevaba un vestido largo oscuro y en el pecho un cartel blanco con un mensaje escrito. La rociaron con gasolina hasta dejarla completamente empapada. Se colocaron en cada uno de los extremos y tiraron con fuerza. La cuerda se fue tensando hasta que la mujer se levantó a varios metros del suelo. El pelo continuaba cubriendo toda su cara, dejando oculta una lágrima que se deslizó hasta su labios manchados de tierra y sangre. Era el final y su drogada alma lo sabía. Empuñaron sus escopetas, apuntaron al cielo y comenzaron los disparos. La indefensa mujer no tardó en comenzar a arder. Ellos la miraron durante unos minutos, con orgullo y sin ninguna compasión. La cuerda se partió y se precipitó al suelo todavía en llamas. El fuego continuó devorándola desprendiendo un intenso humo negro que volaba hacia el cielo rojizo del atardecer. El espectáculo había terminado y el coche negro abandonó el inhóspito lugar.

Capítulo 14

—¿Dónde irás primero en cuanto salgas de aquí?
—Ni idea, falta mucho para eso —contestó Rodes—. Es muy tarde, ¿a qué viene eso ahora?
—¿Nunca lo has pensado? Yo sí —aseguró Vedella—. ¿Quieres saber dónde?
—¿Tengo alternativa? —preguntó con una sonrisa desde la litera superior— Venga, ¿dónde?
—Iré a subirme a la noria. Está aquí al lado, ¿sabes? En unos días podremos escucharla —aseguró ilusionado.
—¿Nos montan una feria cerca? —consultó con escepticismo.
—¡Claro! Está muy cerca. ¿De verdad que nunca has estado en la Fira de Ram?
—No, no soy de aquí. Tampoco es que me apasionen las ferias —asegur dando un bostezo deseando retomar el interrumpido sueño.
—Yo de pequeño siempre iba. Es la mejor feria del mundo y la noria e enorme. Desde arriba se ve toda Palma y seguro que podré verte desde lo má alto.
—Preferiría verte yo antes desde allí —bromeó.
—En unos días ya estará en marcha y podremos escucharla desde el patio Espero que tú sí puedas hacerlo y no como el resto de la gente que piensa qu estoy loco. Todos los años puedo escuchar a los niños corriendo felices haci el puesto de algodón de azúcar o la pegadiza música del tren de la bruja — comentó tarareando la canción.
—Yo creo que no tendré demasiadas ganas de meterme en una feria Seguramente estaré deseando llegar a mi casa y echarme una partida a la Play Mira, eso será lo primero que haré —contestó entrando de lleno ya en l conversación que propuso su compañero de celda de madrugada.
—No sé qué es eso —respondió serio.
—Algo mucho más divertido que tu maldita feria.
—¿Por qué dices eso? —preguntó levantándose de la cama y dejando caer su enormes manos sobre el delgado colchón de la cama superior.
—Tranquilo, tío —contestó sobresaltado por su extraña reacción—. Era un broma. Iremos y nos subiremos juntos en esa noria. Seguro que las cabina son más grandes que esta celda.

—Te va a encantar —aseguró con una sonrisa.
—¿Te parece si dormimos, compañero?
—Sí, me muero de sueño —confesó metiéndose en la cama.
En menos de un minuto ya roncaba como si tuviera un botón de desconexió
que le permitía dormir al instante. Nicolás Rodes no tenía esa capacidad y s
quedó un rato mirando su particular cielo de garabatos que lo acompañab
cada noche. El nombre de Ulises ya no estaba. Había conseguido borrarlo po
completo y en su lugar quedaba un agujero. Pero ahora ese hueco húmedo e
el yeso le recordaba el lugar exacto donde estaba escrito. Lo tapaba con su
dos dedos e intentaba visualizar que allí nunca había estado, hasta qu
apartaba la mano y allí seguía. Aquel maldito agujero era casi peor que leer s
nombre. Se dio la vuelta y cerró los ojos. Seguía ahí. Anclado a su cabez
como desde hacía tantos años.

Capítulo 15

El subinspector regresó de inmediato a la Comisaría, a sabiendas que la tard
libre debía posponerse para otra jornada más tranquila. Tenía la corazonada d
que justo en ese momento alguien estaba en peligro. No solía equivocarse e
estos casos y por ello confiaba fielmente en su excelente olfato policial, el cua
llevaba muchos años entrenando. Todo apuntaba a que se daría el mism
modus operandi que en el primer ritual, replicando cada uno de los detalles d
la matanza de los *bujots*. Pero esta vez algo estaba sucediendo de maner
distinta. Se sentó en la mesa de su despacho y empezó a buscar entre todos lo
documentos y carpetas que se repartían sin orden por todos lados. Llevaba u
mes con una investigación en la que acumulaba cientos de informes sobre e
caso, pero sin ninguna fotografía sobre la mesa a la que poder colgar l
etiqueta de sospechoso. Por fin encontró lo que estaba buscando: la carpet
con el informe completo del forense. Prácticamente se lo sabía de memoria
pero había un dato que necesitaba corroborar. Ahí estaba. «Se estima que l
víctima falleció entre las doce y la una del mediodía del 20 de enero de 2025»
Coincidía plenamente con la hora que marca el inicio de la tradiciona
matanza de los *bujots*. Alguien avisó previamente a Ulises y unas hora
después cometieron el desalmado sacrificio, a las doce en punto. Esta vez n
estaba sucediendo así. Le dejaron la carta por la tarde, unas horas después d
las doce del mediodía. ¿El aviso fue posterior al asesinato? ¿O llevarlo a cab
después y dejar de seguir la tradición de las doce a la que ellos mismo
hicieron referencia en la primera carta? Eso si es que eran más de uno. La
preguntas se agolpaban una tras otra, sin lograr responder ninguna de ellas
Muy pronto lo haría.

—Necesito a todos los agentes disponibles patrullando por toda la Isla. Voy a
dar aviso a Guardia Civil para coordinarnos con ellos. Necesitamos que no
echen una mano. Es muy probable que hoy vuelva a ocurrir. Nos centraremo
en peinar todas las zonas rurales —ordenó en una reunión urgente improvisad
—. Buscad lugares apartados de la población. Vamos a ponernos en su pellejo
Pensad dónde podríais montar toda la parafernalia y después poneros a pega
tiros sin que nadie os vea. Reforzaremos los cotos de caza y alrededores, cre
que la elección de la cantera no fue por casualidad. Vamos, no tenemo
tiempo. ¡En marcha todo el mundo!

Todos los agentes salieron coordinados por la puerta de la Comisaría y fueron repartiéndose en los diferentes vehículos que allí les esperaban. Cada uno de los coches tomó la dirección que se les había asignado y en unos minutos el dispositivo se fue expandiendo por todo el territorio.

—¿Alguien ve algo? —preguntó el subinspector por radio al resto de vehículos.

—Negativo. Negativo. Negativo. Negativo —se escuchó en innumerables ocasiones en el interior de su coche.

—Vamos, chicos. Tenemos que llegar a tiempo. Empieza a anochecer y esto no nos ayuda. Recordad, buscad el humo —indicó sin dejar de asomarse por todas las ventanillas.

La luz continuó menguando y las sirenas fijas de los coches patrulla brillaban en el cielo como decenas de luciérnagas volando sin rumbo por toda la Isla. El subinspector se iba apagando igual que el despejado cielo que se extendía sobre sus cabezas, con las cada vez más dudas que iban desmontando su teoría. Hasta que por su radio escuchó la voz de una agente que lo volvió a reactivar.

—Vemos una columna negra de humo no muy lejos de nuestra posición. No nos aproximamos para verificar de qué se trata.

—¿Dónde estáis? —preguntó con urgencia.

—Vamos por un camino al este de Cala Santandria. El humo parece estar más al este de nuestra posición, cerca de la carretera de las playas —detalló.

—Escuchadme bien —ordenó levantando el tono—. Acudid cagando hostias hasta el punto donde sale el humo. Está en juego la vida de una persona. No olvidéis vuestras armas, podrían estar todavía allí. Mándame ya vuestra ubicación, voy directo para allá. El resto continuad en vuestras posiciones y avisad en cuanto veáis algo sospechoso.

El subinspector dio un giro de 180 grados en mitad de la Me-1 cuando estaba casi a la altura de Ferreries y regresó hacia Ciutadella a toda velocidad con la sirena a pleno rendimiento. Tomó la primera rotonda en contra dirección para ir a la izquierda por la Ronda y en menos de dos minutos estaba en la carretera de las playas del sur. Esquivó un tractor que apareció de repente tras un camino perpendicular y que casi lo hace chocar de lleno contra un muro de piedras apiladas. Consiguió frenar a escasos centímetros y se reincorporó rápidamente a la carretera dando marcha atrás. Comprobó la posición de su

compañeros en la pantalla del móvil y al cabo de un par de curvas pudo ve aquella débil columna de humo negro.
—Veo el humo. Creo que estoy cerca de vosotros, ¿seguís en la carretera?
—Sí, pero vamos a coger un camino de tierra. Parece que viene desde allí — contestó señalándolo, como si el subinspector pudiera verla.
—Estoy ya encima de vosotros, esperadme y entramos juntos —ordenó.
—Recibido, ya te vemos llegar.
Ambos vehículos se juntaron en ese punto y, tras una breve conversación en l que determinaron el punto exacto desde donde debían aproximarse haci aquella humareda, se adentraron en coche por el estrecho camino de tierra Apagaron todas las luces y avanzaron sigilosamente sobre la grava mientra continuaban comunicándose por la radio.
—Chicos, esto tiene muy mala pinta —comentó el subinspector desde su coche—. ¿Notáis ese olor?
—Sí, huele como a animal quemado —respondió la agente que ya asomaba su arma por la ventanilla del copiloto.
—Ojalá sea eso, pero me temo que no. A todas las unidades que os encontréi cerca de Ciutadella. Acudid de inmediato al punto que os envío —orden mientras dejaba su móvil encima del asiento del copiloto.
Continuaron por aquel árido terreno hasta que el subinspector detuvo su vehículo y, tras él, sus compañeros hicieron lo propio. Bajó del coche y s acercó a ellos sin dejar de mirar al cielo.
—Estamos muy cerca, vamos a pie. No abrimos fuego si yo no lo indico ¿entendido?
—Entendido, jefe —respondieron casi al unísono.
Avanzaron los tres empuñando las pistolas de las que ninguno deseaba tene que hacer uso. El subinspector además portaba una linterna bajo esta con l que se servían para orientarse entre el ya oscuro camino por el que pisaban. A su izquierda iluminó una finca agrícola que parecía estar vacía desde hací bastante tiempo a juzgar por el deterioro y la maleza que crecía en lo qu debió ser un pequeño huerto. A continuación vio un cartel que le llam bastante la atención y así se lo hizo saber a sus compañeros: «Coto de caza» Los tres se miraron. No dijeron nada. El subinspector iluminó de nuevo e camino y descubrió que justo allí terminaba con la entrada a una finca. E acceso a la propiedad lo marcaban dos pilares blancos en los extremos de lo que parecía brotar una pequeña figura cilíndrica de la parte más alta de ambos

A media altura, una cadena oxidada colgaba sin tensión, arrastrándose por e
suelo. Levantó la linterna hacia el cielo y vieron como ese humo negro volab
verticalmente tras unos árboles. Allí era. No se escuchaba nada. Ni el ruido d
algún animal que saliera en busca de comida al caer la noche ni el de ningú
vehículo que pasara por la zona. Nada. Un silencio tan profundo com
aterrador. Continuaron avanzando y no tardaron en toparse con una viej
edificación de piedra con el techo de madera, tras la que todavía podía vers
flotar aquella misteriosa humareda. De su fachada todavía se conservaba
unas ventanas que se distribuían regularmente en una misma línea horizontal
Entre dos de ellas, una puerta de madera y hierro oxidado parecía ser el únic
acceso al edificio. El subinspector hizo unas señas y sus dos compañeros s
posicionaron al lado de las ventanas de los extremos mientras él se dirigi
hacia la puerta principal. La empujó suavemente y esta comenzó a moverse
Estaba abierta. Se miraron y al mismo tiempo sus tres armas apuntaron haci
el interior desde cada uno de los puntos. No había nadie. Tampoco había fueg
ni humo allí dentro, solo escombros y paja seca por todas partes. Realizaro
un barrido, ahora ya con las tres linternas, y vieron otra puerta que s
encontraba justo enfrente de la principal y que seguramente los llevaría a l
parte trasera. Avanzaron sigilosamente con sus armas apuntando hacía all
hasta que el subinspector volvió a indicar el procedimiento a seguir
Comprobó que esta puerta también podía abrirse con facilidad. Contó hast
tres con sus dedos y la empujó con violencia a la vez que los haces de lu
irrumpieron en el exterior iluminando aleatoriamente y a gran velocidad tod
el espacio en busca de dejarlo todo al descubierto. No tardaron en focalizar la
tres en un mismo punto. Ahí estaba. Unos restos humeaban en mitad de l
parcela. Los dos agentes siguieron al subinspector con cautela hasta que est
se paró frente a aquella extraña hoguera en la que ya no quedaba fuego. S
colocaron a su lado y vieron lo que él ya había visto. Eran restos humanos qu
desprendían un detestable olor que los empujó a tapar sus rostros con las do
manos. El subinspector no lo hizo. Se limitó a observar lo que ante él s
descubría. Vio la cuerda, algún trozo de papel quemado a unos metros de allí
miró durante unos segundos a aquella persona, o lo que quedaba de ella. Er
demasiado tarde. Había vuelto a suceder.

Capítulo 16

En apenas unos minutos se fueron acumulando en aquel estrecho camino de tierra decenas de vehículos entre Policía Nacional, Judicial, Guardia Civil y Científica. Acordonaron un perímetro con una cinta de esas amarillas desde unos metros antes de acceder al abandonado granero y comenzaron las labores de análisis de todo aquello que resultara relevante. Un par de agentes comenzaron a fotografiar cada detalle de la escena del crimen mientras otros iban registrando en un documento cada una de las evidencias y datos que recopilaban. El subinspector permanecía ajeno a cualquier protocolo. Se situó a un lado del patio trasero desde donde tenía una vista panorámica del lugar donde se había llevado a cabo el asesinato. Imaginó ese mismo lugar hacía unas horas. Vio la cuerda fuertemente anudada a aquellos dos pinos y en el centro la víctima colgando a varios metros del suelo. Eran más de uno. Tenían que serlo. Había llegado a la escena del crimen unos minutos después de las seis de la tarde. A Ulises le llevaron la carta en torno a las cuatro. Cerró los ojos y empezó a visualizar cómo pudieron hacerlo. Salió de casa con su ropa de deporte y alguien ya estaba allí, esperando pacientemente a que abandonara la casa. Esperó a que se alejara y entonces se acercó a dejar la carta. Sin riesgos. Se subió a un vehículo y regresó hasta aquí, donde le esperaba su cómplice junto a la víctima. ¿Cuánto se tardaba en llegar desde Cala Morell? Unos quince minutos si no quería levantar sospechas. Volvió a abrir los ojos e incluso pudo verlos arrastrando a la víctima hasta el punto exacto donde debían atarla. Ellos se colocaron en los extremos y tiraron de la cuerda hasta dejarla suspendida en el aire. Ya tenían a su *bujot* preparado. Cogieron las escopetas y abrieron fuego. Incluso sintió el estruendo de sus armas y el calor de las llamas que poco después envolvería su cuerpo hasta devorarlo por completo. La cuerda finalmente se partió y se precipitó contra el suelo, donde continuó ardiendo hasta reducirse en aquellos restos humanos y cenizas con los que se había encontrado. Volvió a recordar la hora a la que tradicionalmente se inicia la matanza de los *bujots*: exactamente a las doce del mediodía. Siempre era así. Estaba claro que esta segunda vez lo habían replicado todo tal cual la primera, menos la hora. ¿Por qué? ¿Por qué esta vez no cumplieron con el horario? Pensó en las fechas, en esos malditos días veinte de cada mes, coincidiendo con el 20 de abril; el Domingo de Pascua

Algo había sucedido o simplemente la hora no les importaba esta vez. Estab
claro que aquellos tipos no dejaban nada a la improvisación. La hora no er
relevante, simplemente cumplieron con todo el ritual. Y fue entonces cuand
lo vio claro. La primera vez quisieron replicar exactamente cada detalle de l
original. Pero no era diferente a esta. Ni a la que estaría por venir. S
preparaban para el gran día. Simplemente era eso: un ensayo. Esbozó una lev
sonrisa que contrastaba de lleno con los demás rostros apesadumbrados que s
limitaban a cumplir con sus tareas en mitad del desolador escenario de
crimen. Comenzaba a entender su manera de actuar y eso siempre genera un
adictiva adrenalina de la que se alimentan los buenos investigadores como él
Aunque no tanto como lo que supondría atraparlos. ¿Cuándo se fueron de allí
¿Una hora antes? ¿Menos? Había todavía humo cuando llegaron. En el camin
de tierra solo cabía un coche y en la carretera solo recuerda haberse cruzad
con aquel maldito tractor por el que casi termina contra un muro de piedra
Maldita sea, había estado cerca. Pero no sabía que mucho más de lo qu
pensaba.
El coche negro salió del estrecho camino de Son Rossó y giró a la izquierda e
dirección a las playas vírgenes del sur. Tomó la primera curva quedándos
oculto tras los muros de piedra que delimitaban la carretera. Fue ahí cuand
llegó el primer coche patrulla atravesando por otro camino perpendicular d
tierra. Ya no lo vio y el coche negro continuó su camino hasta una finc
aislada inmediatamente antes de llegar a la Ermita de Sant Joan de Missa
Aparcaron y tranquilamente se sentaron en el porche a contemplar e
espectáculo de luces que pintaban el cielo con el azul de sus sirenas.

Capítulo 17

Cada noche le costaba más dormir. Sobre todo desde que recibió la segunda carta y apareció aquella chica muerta hacía unos días. Estaba claro que todo esto iba en serio y, lo peor de todo, por alguna razón querían que él formara parte de aquello que llamaban «El juego del fuego». ¿Por qué? Desde que pasó lo de Eva había mantenido la actitud que su abogado le aconsejó hasta que llegara el juicio: «Ulises, no hagas ninguna tontería y mantén siempre un perfil bajo». Recordó entonces el hostil encuentro con Font. «Fue un accidente». ¿Tendría ella algo que ver en esto? No creía que fuera capaz de llegar a tanto, pero existía la posibilidad. Quizás debería contárselo a subinspector. Podía confiar en él. Sonó el despertador y lo paró sobresaltado a pesar de llevar un buen rato despierto. Se sentó unos segundos aturdido sobre el borde de la cama y se levantó para empezar con el ritual mañanero de cada día de colegio.

Salieron de casa con la clásica urgencia de cualquier familia que por costumbre apura cada minuto antes de dejar a los niños en el cole y se dirigieron hacia Ciutadella. Paró, esta vez en tercera fila, y Valeria se fue corriendo en busca de su inseparable grupo de amigas. Se quedó allí esperando hasta que la vio girarse con una sonrisa antes de desaparecer entre la multitud de alumnos. Regresaba hacia el coche cuando se topó con una cara conocida, quien todavía ayudaba a una niña a colgarse la mochila.

—Hola, Gemma. Cuánto tiempo, ¿qué tal estás?

—Ulises, no te había visto —pronunció sorprendida.

—Acabo de dejar a la niña y me voy a empezar la jornada —continuó con la vacua conversación— Creo que es la primera mañana que te veo por aquí ¿no?

—Sí, he venido a traer a mi sobrina. Anoche me la dejaron en casa y no apetecía venir juntas. ¿Verdad, Martina? —la niña se giró para mirar a Ulises y le sonrió asintiendo.

—Deja de ser tan divertido cuando tienes que hacerlo cada mañana —acertó a pronunciar después de mirar durante unos segundos extrañado a la niña.

—Es posible. Quizás algún día tenga la suerte de comprobarlo. Nos vamos que llegamos tarde. Me alegro de verte. Otra vez —cogió la mano de la niña y caminaron ligeras hacia la puerta del colegio.

Ulises se quedó inmóvil mirándolas. Qué extraño. Aquella niña debería tene unos tres años menos que Valeria. Llevaba un vestido azul oscuro hasta la rodillas con un enorme lazo blanco centrado a la altura del pecho, con uno leotardos granates. Justo en el centro del lazo se formaba un pequeño orificio por el que emergía una pequeña mariposa blanca. Pero debería haber dos Faltaba una y un recuerdo comenzó a desplegarse en su cabeza.

—Valeria... ¿por qué lloras, cariño? —preguntó preocupado.
—Papá, se me ha roto el vestido que me regaló mamá —explicó sollozando.
—Mi amor, no está roto. Solo hemos perdido una figurita que apenas se ve — contestó Eva tratando de consolarla con un abrazo.
—Sí se ve. Era mi vestido preferido y ahora está roto.
—Mamá tiene razón. Mira, ¿quieres que te lo arregle para que quede incluso más chulo que antes?
—¿Cómo? —preguntó mirándole con esperanza.
—Déjame ver. Vamos a ponerla en el centro y... ¿Ves? Queda fenomenal Ahora nadie sabrá que eran dos y la mariposa reina brillará más que nunca — pronunció con voz gloriosa.
—¡Bien! ¡Es genial! Eres el mejor, papi —exclamó dándole un beso— Vuelve a ser mi vestido favorito.
Sin duda era el mismo vestido, lo recordaba perfectamente. ¿Cómo había llegado hasta aquella misteriosa niña? ¿Era su sobrina? Eva nunca le habló de ella ni las había visto juntas jamás. Y no era solo el vestido. La niña se parecía mucho a Valeria con seis años, incluso llevaba esas dos coletas que tanto le gustaba que Eva le hiciera. Tendría que haber alguna explicación y, sin pensarlo dos veces, decidió que debía obtenerla.
Permaneció allí parado a la espera de que la niña entrara en el recinto y Gemma regresara sola. Pero no fue así. Continuaron caminando por la acera dejando atrás la puerta del Ayuntamiento y posteriormente la del colegio Llegaron hasta la esquina y ambas se subieron a un coche. Y aquel coche negro se esfumó.

Capítulo 18

En la Isla soplaba con fuerza desde hacía unos días un viento de *tramuntana* que trajo lluvias, frío y un cielo encapotado que apenas dejó ver el sol en cas una semana. El subinspector acababa de recibir de nuevo en su despacho una visita nada agradable y bajó a la calle con un café para despejarse. La víctima del segundo asesinato resultó ser una mujer residente en Alaior, muy conocida allí por regentar una panadería con muchos años de tradición. Su marido, un hombre de unos cincuenta con barba canosa y unas gafas de pasta que llenaban gran parte de su rostro, no estaba dispuesto a conformarse con despedir a su mujer de la manera que tuvo que hacerlo y sin obtener la más mínima explicación razonable de qué le había ocurrido; quién era el culpable y por qué de esa manera. Esa inverosímil historia del juego del fuego y de uno posibles asesinos en serie le sonaba sumamente fantasiosa e incluso insultante. Su vida completa se convirtió en un sinsentido desde el momento que denunció su desaparición. A las pocas horas recibió una fatídica llamada del subinspector informando de la posibilidad de que su mujer hubiera sido víctima de una especie de perturbado ritual del que conservaban unos pocos restos humanos que se salvaron de ser reducidos a cenizas. Poco después un análisis de ADN les puso nombre y apellidos. No podía creer que su mujer estuviera dentro de aquella bolsa negra, que todo lo que juntos habían construido cupiera dentro de esa maldita bolsa negra.

Caminó unos pasos sujetando con fuerza el café que se tambaleaba y amenazaba derramarse por el potente viento que golpeaba de frente. Se dejó caer sobre la barandilla negra y desde allí observó cómo los barcos se mecían con el ligero oleaje que la *tramuntana* levantaba en el puerto. Volvió a pensar en los sueños de aquel ambicioso joven que aterrizó en la Isla hacía veinte años y que poco a poco fue logrando metas hasta llegar a donde estaba hoy. Solo faltaba uno por cumplir y ese velero que se contorneaba luciendo un impoluto casco blanco cumplía perfectamente con todos sus requisitos. Un par de años más y cumpliría los cincuenta en uno de esos. «Me lo merezco, después de tantos años me lo merezco», repetía cada vez que se encontraba en algún momento estresante de su vida. Y este era sin duda uno de ellos. Dio un par de sorbos al ya más templado café y pensó en todo lo que acababa de reprocharle el marido de su segunda víctima. Tenía razón. Había dos muertes

encima de su mesa y ningún sospechoso al que investigar. Lo que no sabía aquel desconsolado hombre es que estaba convencido de que en unos días tendría otra víctima más. Mejor no darle toda la información, ya tenía el pobre bastante con lo suyo. Tampoco le habló sobre los mensajes que portaban escritos las víctimas y que en el caso de su mujer no pudieron ni tan siquiera rescatar, salvo pequeños fragmentos de papel donde apenas quedó algún resto de tinta. El resto voló junto a aquella columna de humo que se diluyó en el cielo como las gotas de lluvia cuando caen sobre el mar. Volvió a pensar en la tercera víctima que estaría por venir. ¿Quién sería? ¿Dónde? El primero fue el anciano de Algaiarens que terminó en la vieja cantera y después la mujer de Alaior en el granero abandonado. ¿Existía alguna relación entre ambos? Cada vez que se formuló una y otra vez esa pregunta terminó llegando a la misma conclusión: ninguna. Apuró de un sorbo el final del café, en el cual quedaba más azúcar que café, y regresó con paso decidido a la Comisaría. Debía seguir trabajando duro para buscar respuestas que acabaran de una vez por todas con todo esto. La vida de una persona estaba en sus manos y no quedaba demasiado tiempo. El día veinte volverían a actuar. Sería otro ensayo. El último ensayo. Necesitaba respuestas y, como en la mayoría de ocasiones y cuando menos se esperan, llegaron.

Capítulo 19

Marcaba las cinco de la tarde en aquella esfera blanca que colgaba del muro justo debajo de la alambrada cuando todos los reclusos de los módulos tres y cuatro salieron al patio. Vedella miraba al cielo cubriendo sus ojos con las palmas de las manos tratando de esquivar el sol que bañaba con fuerza gran parte de la «zona de recreo», como allí dentro lo llamaban. No era gran cosa pero sí era algo así como una zona de escape mental que permitía a los reos contemplar el cielo y respirar el mismo aire que cualquiera que se encontraba fuera de aquella jaula de animales. Nicolás pronto sintió ese alivio temporal nada más atravesar la doble reja por la que debían circular en fila de a uno hasta llegar allí. Cumplía ya cerca de cuatro meses en el Centro y, aunque poco a poco se iba adaptando al funcionamiento y a la rutina diaria, no terminaba de asimilar que esa iba a ser su vida durante muchos años. Nunca lo haría.

—Ya llegan todos esos niños a la feria —comentó Vedella ilusionado—. Hace una tarde espléndida y seguro estará abarrotada.

—Podrían llevarnos a dar una vuelta... —sugirió Nicolás tras tomar asiento en el banco junto a él.

—Qué va, no pueden. Los guardias son mis amigos y créeme que si pudieran nos llevarían. Son buenas personas.

—Pues menudo rollo. Teniendo una feria tan chula aquí al lado y que no podamos ir.

—¿Pero no decías que a ti no te gustaban las ferias? —apuntó extrañado.

—Seguro que es mucho mejor que estar aburridos en este antro. Además ¿sabes en qué soy muy bueno?

—No, ¿en qué? —preguntó emocionado dejando ver su descuidada dentadura

—Soy el mejor disparando. En la feria podría sacarte el regalo que quisiera tirando con las escopetas.

—¿De verdad? ¿Y has disparado con alguna de verdad?

—Claro, tío. ¿Te cuento un secreto? —susurró Nicolás rodeándole por el hombro—. Yo era poli. Pero un poli de los buenos. He disparado con pistola subfusil y hasta he lanzado granadas —exageró tratando de impresionarlo.

—¿Tenías una pistola? —preguntó fascinado solo por aquello que parecía conocer.

—Claro, una Glock de 9mm —detalló ciertamente sorprendido por ser lo único que quería saber, obviando que fuera policía.
—A mí no me gustan las armas. Nunca he tenido una pistola, ni pienso tene —replicó negando con la cabeza—. Me gusta mucho más la noria que la maldita atracción de las escopetas.
De hecho odiaba ese ruido que provocaban al disparar con aquellas escopeta de aire comprimido y que todavía era peor cuando conseguían estallar lo globos de colores que colgaban del tablero de corcho. Era un recuerdo que tenía grabado a fuego en su mente.

Todo sucedió muy rápido en aquella noche de 2012. Gerard, todavía nadie lo llamaba Vedella aunque ya era igual o más grande, se subió al autobús a do manzanas de su casa en el barrio de Son Canals en Palma. Allí vivía con su madre, una señora de avanzada edad y con un grado de discapacidad que únicamente le permitía llegar hasta un pequeño parque al que se accedía cruzando la calle frente a su portal. No tenía más hermanos ni figura paterna del cual conservaba lejanos recuerdos en gran medida construidos por la fotografías en blanco y negro que su madre repartía por toda la casa. Falleció al poco de nacer él tras un extraña enfermedad pulmonar. O eso le había contado; aunque no pensaba que fuera demasiado extraña a juzgar por su afición a los cigarrillos, los cuales lucía como un complemento indispensable en cualquiera de aquellos retratos. Justo encima vivía Enric, un tipo soltero superenrollado que tenía una ludoteca en la calle paralela y donde la mayoría de niños del barrio celebraban sus cumples. A Gerard le encantaba ir allí y jugar con ellos como uno más. En el fondo nunca dejó de serlo. Enric le propuso ser su ayudante y al cabo de unas semanas de prueba ya lo tenía contratado. No ganaba demasiado dinero con aquello, de hecho más bien ganaba poco, pero disfrutaba mucho organizando cada uno de los eventos que tenían prácticamente cada semana. Con su modesto sueldo y la pensión de su madre les llegaba para superar cada mes no sin ciertos apuros. Pero ir a la feria era sagrado y aquella tarde Enric le había propuesto ir juntos. Recorrieron en un autobús repleto de familias con niños la periferia de la ciudad hasta que llegaron a la última parada en la Fira del Ram, donde rápidamente se vació y todos los niños corrieron hacia la entrada principal del recinto. Gerard bajó con el mismo rostro ilusionado, aunque con bastante menos agilidad ayudándose de un pasamanos que sobresalía de una de las puertas móviles

Ambos caminaron hacia la feria que ya funcionaba a pleno rendimiento y qu
poco a poco iba incrementando su aforo a medida que pasaban las horas. Enri
disfrutaba mucho de su compañía y de verlo tan feliz. Los dos compartían e
mismo amor por los niños y disfrutaban tanto o más que ellos cuando jugaba
y se mezclaban en su entorno. Y qué mejor entorno que una feria repleta d
niños correteando entre las múltiples atracciones. Todo era perfecto hasta qu
sucedió algo que lo hizo saltar por los aires.
Fueron directos a una pequeña caseta con una ventana de cristal por dond
aparecía un extraño señor que se encargaba de vender los *tickets* para subir
la noria. Compraron dos y se colocaron en una fila que él mismo les señal
desde allí. Gerard forzaba el cuello para contemplar desde allí bajo la enorm
estructura que no paraba de girar, dibujando una hipnótica espiral de luces d
colores. De repente se detuvo y las cabinas que quedaron a ras de suelo s
abrieron para comenzar con el intercambio de pasajeros. Unos minutos má
tarde llegó por fin su turno y ambos subieron a esa especie de cápsula co
asientos a cada lado y de paredes acristaladas. Junto a ellos, dos niños qu
viajaban junto a su padre y que se sentaron justo enfrente. Uno de lo
operarios aseguró la puerta y en apenas unos segundos comenzó a moverse
Gerard notó cómo se quedaban suspendidos en el aire meciéndose con u
ligero vaivén que le hizo sonreír por los nervios. No era la primera vez qu
subía, pero cada año que lo hacía sentía como si así lo fuera. Fueron tomand
altura y todos los pasajeros de aquel cubículo se agolparon cerca de la
ventanas desde donde las vistas ya eran espectaculares. De repente uno de lo
niños comenzó a llorar.
—¿Ves? Te dije que si tenías miedo te quedaras bajo con tu madre —protest
el padre que parecía estar más preocupado por retratar con su teléfono l
panorámica que por las inseguridades de uno de sus hijos.
—¿Te dan miedo las alturas, amigo? —le preguntó Gerard tras acercarse a é
—. Verás como no pasa nada. Llevo montando en esta noria desde hac
muchos años y nunca ha pasado nada. Es la noria más segura del mundo, te l
prometo.
—¿De verdad? —pronunció entre sollozos.
—¡Pues claro! ¿Tú crees que yo me iba a montar si no lo fuera? ¡Ni loco! ¿T
dan miedo las alturas?
—Creo que sí...

—Pues hay un truco infalible para eso —aseguró sentándose a su lado— Mira, ¿ves todos aquellos edificios de allá?
—Sí, hasta las luces que hay en la montaña puedo ver —describió orgulloso.
—¡Genial! Ahí está el truco, amigo —pronunció chocándole la mano— Recuerda, nunca hay que mirar hacia abajo. ¿Entendido?
—Sí —afirmó con rotundidad acompañado de una sonrisa que espant cualquiera de sus temores.
Finalmente, y tras varios giros en los que Gerard y el resto de tripulantes de s cabina celebraba con vítores y aplausos cada vez que acariciaban el punto má alto de la circunferencia de colores que la noria dibujaba, se detuvo y fuero bajando escalonadamente. Se despidieron de sus compañeros de viaje y s mezclaron entre la multitud que paseaba entre las atracciones.
—Gerard, me muero de hambre. ¿Quieres un perrito? —propuso Enri después de divisar el puesto ambulante de comida con un enorme logo de u perrito caliente en todo lo alto.
—Vale, me apunto. ¿Voy yo haciendo cola para los *tickets* del saltamontes?
—Hecho, voy enseguida —contestó sin dejar de mirar aquel perrito enorm tan apetecible de la imagen.
Enric salió disparado en busca del ansiado bocado que seguramente poc tendría que ver con el de la ilustración mientras que Gerard se dirigió a por la entradas en la otra dirección. Se colocó formalmente a esperar su turno en un improvisada fila formada alrededor de la atracción. Como el resto de lo presentes, la mayoría niños, contemplaba emocionado los enérgicos saltos qu daban impulsados por aquellos enormes brazos articulados que emitían un especie de soplido en cada una de las sacudidas. Tras varios minutos a plen rendimiento fue reduciendo velocidad hasta detenerse por completo. Gerard s giró para ver si ya regresaba su amigo Enric. No lo vio. Pero sí vio algo que l cambiaría todo.
No muy lejos de allí había una atracción no demasiado concurrida de la qu colgaban decenas de peluches del techo. Consistía en disparar con un escopeta a unos globos de colores que cubrían toda la pared. Gerard se quedo unos segundos observando cómo reventaban por el impacto de los baline hasta que algo le llamó mucho más la atención. Un hombre de median estatura sujetaba del brazo a una niña rubia de unos diez años. En apenas u segundo la arrastró y se esfumaron por detrás del puesto de escopetas. Fue ta rápido que nadie se percató y todos continuaron saciando sus mentes co

cualquiera de los múltiples estímulos que los rodeaban. Todos menos él
Abandonó su turno en la cola del saltamontes y se dirigió decididamente hacia
el mismo lugar por donde desaparecieron. Pasó por delante de las escopetas y
se estremeció con cada uno de los disparos que acentuaban el miedo a que
aquella niña estuviera en peligro. Entre la estructura de la caseta y unos baños
portátiles se formaba un estrecho pasillo oscuro. Estaba seguro, se habían ido
por allí. Caminó sin hacer ruido entre restos de latas de refrescos vacías y
demás basura. No había nadie. Solo se escuchaba una mezcla de sonidos
dispares provenientes de la feria que se fundían con el alboroto de la
muchedumbre. Llegó a lo que debía ser la parte trasera de todas las
atracciones y pudo ver una cara muy diferente de la feria a la que estaba
acostumbrado a visitar. Había gran cantidad de vehículos entre furgonetas
caravanas y camiones en lo que parecía ser una ciudad improvisada; la ciudad
de los feriantes. Miró de un lado a otro y siguió sin ver a nadie. Estaba
desierto. Dio unos pasos hacia dos furgonetas de las que salían unas cuerdas
que las unían y de donde colgaban sábanas a modo de tendedero compartido.
Y entonces la vio. El reflejo de su melena rubia destacó entre toda la oscuridad
tras las telas que ondeaban al viento. Las apartó con vehemencia y pudo ver
con claridad cómo aquel hombre la metía en una caravana a la fuerza y
cerraba de un portazo. Gerard corrió hacia allí consciente del peligro que
corría la pequeña hasta que se plantó frente a la puerta. La abrió con
contundencia y subió los dos peldaños que la separaban del suelo. Un hombre
desaliñado y con un tatuaje de unas alas en la espalda, completamente visible
después de quitarse la camiseta, se giró con rostro asustado. Tras él pudo ver a
la niña que temblaba sobre un colchón que, al ver la oportunidad que aquel
enorme hombre le había regalado, salió corriendo despavorida. Apenas
intercambiaron más que un vil intento exculpatorio por parte del agresor, el
cual fue inmediatamente interrumpido por un ataque sin piedad. Lo mató con
sus propias manos, golpeando su cabeza una y otra vez contra cualquiera de
las paredes. En unos minutos el interior de la caravana era un enorme charco
de sangre que incluso teñía las paredes de rojo. Gerard lo soltó con desprecio
ya sin vida y caminó tambaleándose hacia la puerta donde se sentó en uno de
aquellos peldaños. Tenía las manos y todo el resto del cuerpo manchado de
sangre. No pareció importarle. Había salvado a la niña. A los pocos minutos la
ciudad de los feriantes se llenó de policías. Y así fue cómo Gerard firmó su
condena. Y cómo se convirtió en Vedella o mejor dicho... en John Coffey.

Capítulo 20

—Jefe, tienes visita —anunció un agente del turno de mañana para posteriormente retirarse y dejarlo pasar.
—Hombre, Ulises. ¿En qué puedo ayudarte? Pasa, pasa, siéntate —indicó señalando una silla del otro lado de la mesa.
—Subinspector, hay algo que me gustaría contarte. Verás... no sé si pueda tener alguna relación con todo esto, pero... —hizo una pausa en la que miró hacia el suelo como tratando de dibujar en su mente el trazo perfecto con el que escribir sus palabras.
—Ulises, adelante. Ya te dije que puedes confiar en mí y que cualquier cosa puede ayudarnos a detener todo esto —pronunció con la voz más afable posible sabiendo que estaba a punto de darle algún hilo del que poder tirar y del que estaba convencido que él sabía desde que recibió aquella primera carta.
—Pasó algo hace un tiempo... —acertó a decir— Fue unas dos semanas antes de recibir la carta.
—¿La primera? —interrumpió.
—Sí —asintió resignado cerrando los ojos—. Yo iba al supermercado que hay en la entrada desde Santandria. Metí el coche en el aparcamiento subterráneo como siempre y cuando bajé del coche me la encontré. De verdad que no sé qué me pasó —relató con voz entrecortada preso de los nervios.
—¿A quién viste? Continúa, por favor.
—Era Font —respondió provocando la inesperada sorpresa en el subinspector que rápidamente se abalanzó sobre la mesa para escuchar la historia más de cerca—. Iba tan tranquila, sonriente; cargada de bolsas de la compra hacia su coche. Como si nada de lo que pasó con Eva le importara una mierda. Eva está muerta por su culpa y ella tan tranquila comprando en el puto supermercado —levantó la voz para inmediatamente echarse a llorar.
—Ulises, el asesino de Eva ya está pudriéndose en la cárcel. Y créeme que Font no se irá de rositas. Por lo pronto ya está fuera del Cuerpo. Pero dime ¿qué pasó?
—Me dio mucha rabia verla y fui a recriminárselo. Te juro que no la toqué. Bueno, hasta que ella se burló en mi puta cara —explicó con rabia.
—¿Qué hiciste, Ulises? —preguntó serio.

—Ella se rió de Eva y yo la levanté contra la pared. Pero te juro que no l
pegué. Fue ahí cuando me dijo algo que no he parado de recordar una y otr
vez desde entonces.
—¿El qué? —preguntó impaciente.
—Ten cuidado, a ver si vas a acabar como Eva. ¿Crees que era una amenaz
real? ¿La ves capaz de hacer todo esto?
—No lo sé... —se levantó de la silla y comenzó a acariciar su barba com
cuando sabe que tiene algo relevante entre las manos—. Me consta que ell
sigue con Rodes. Va a visitarlo a la cárcel de Palma una vez al mes.
—¿Él puede estar metido en toda la historia esta de las cartas y las muertes
—consultó revelando cierto respeto por el rumbo que podía estar tomando l
investigación.
—De este me puedo esperar ya cualquier cosa. Solo hay un modo d
averiguarlo.
—¿Cuál?
—Iré a hacerle una visita —concluyó a la vez que sacaba de un cajón una list
de contactos y descolgaba el teléfono que reposaba en un extremo de la mes
—. Buenos días, soy el subinspector Román de la Comisaría de Ciutadella e
Menorca. Necesito por favor concertar una visita con uno de sus presos. E
urgente —hizo una pausa en la que asentía a su interlocutor—. Sí, Nicolá
Rodes. Está en preventiva a la espera de juicio. Perfecto, gracias. Allí estaré.
—¿Vas a verlo? —preguntó nada más colgar.
—Así es. Mañana viajaré a Palma. Veremos qué me encuentro.
—¿Necesitas que te acompañe?
—No, no. No voy a hacerte pasar por esto. Además, no creo que fuera buen
idea. Necesito que esté relajado y charlar con él para ver qué me cuenta. N
sabe el porqué de mi visita. Mejor que así sea.
—Espero no hacerte perder el tiempo.
—En unos días volverá a repetirse. Por primera vez tengo a un par d
sospechosos a los que investigar. Y ahora si no te importa voy a preparar e
interrogatorio de mañana.
—Sí, claro. Espero que vaya bien —se levantó para despedirse de
subinspector.
—Seguro que sí. Pronto todo esto habrá terminado. Cuídate, Ulises.
Abandonó el despacho del subinspector y bajó, una vez más, por las escalera
que conducían hasta el vestíbulo y desde allí a la calle. Caminó pensando en e

encuentro que al día siguiente se daría entre el subinspector con su ex agente Rodes. Un intenso reencuentro que sería más relevante de lo que ninguno habría imaginado.

Capítulo 21

Apagó el despertador cinco minutos antes de que sonara para intentar no perturbar el plácido sueño del que disfrutaba su mujer. Él ya llevaba un buen rato despierto en una noche en la que no durmió demasiado entre extrañas pesadillas y continuos despertares. Nicolás Rodes seguía estando muy presente en su cabeza, como esa espinita clavada que todavía no dejaba de sangrar. Sentía una profunda decepción acompañada de una tremenda rabia por haber confiado tantos años en él, pero tocaba ser profesional y acudir a su cita sin mostrar la más mínima debilidad. Se levantó y caminó sin hacer ruido hasta el cuarto de baño, donde dedicó unos segundos para mirarse en el espejo reforzando su confianza. Se desnudó y entró en una ducha amplia de paredes claras con un enorme rociador de efecto lluvia empotrado en el techo. Abrió el grifo y a los pocos segundos el vapor fue empañando la transparente mampara y el espejo con luces integradas a ambos lados. Cerró los ojos y dejó que toda aquella cantidad de agua templada le acariciara el cuerpo hasta conseguir despejar su mente del estrés que acostumbraba a acumular. De repente sintió una mano sobre su espalda y se giró sobresaltado.

—Buenos días, mi amor —pronunció con el rostro ya mojado.

—Cariño, qué susto me has dado. ¿Qué haces despierta tan pronto? Perdona si he hecho demasiado ruido —contestó cambiando su expresión de sorpresa por una mucho más feliz.

—¿Te ibas a ir de viaje sin despedirte de mí? —preguntó apretando los pechos contra su espalda y acariciándole los pectorales y abdomen.

—Pero si me voy unas horas... Esta tarde ya estaré aquí —sonrió sujetando sus manos acompañando las caricias.

—Ya, pero te vas lejos... —empezó a besar su espalda y el cuello mientras con las manos continuó descendiendo hasta llegar al pene.

El subinspector Román se dio media vuelta y empezó a besarla con deseo. La suave lluvia mojaba sus desnudos cuerpos que se entrelazaban perfectamente sincronizados. Hicieron el amor sin importar ahora el reloj, el viaje a la isla de Mallorca o alguna de tantas preocupaciones que agitaban su ansiada paz mental que cada vez se le antojaba más necesaria. Así era ella, la perfecta compañera de viaje de la cual seguía tanto o más enamorado que siempre y que sabía estar en los momentos más oportunos.

Salieron ambos de la ducha y se cubrieron juntos con una suave toalla blanca que los mantuvo varios segundos abrazados. Él le dio un afectuoso beso en la frente y empezó a vestirse mientras ella preparaba el desayuno con mucho café, siguiendo sus peticiones. En menos de quince minutos salía por la puerta y se montaba en su coche para ir al puerto de Ciutadella, desde donde saldría su Ferry hasta el puerto de Alcúdia en la isla de Mallorca.

Estaba amaneciendo cuando entró directamente con su coche hasta una de las bodegas destinadas a transportar vehículos. Subió a cubierta para contemplar cómo se alejaba de la costa y después se resguardó del frío en uno de los salones desde donde repasó el interrogatorio en una cómoda butaca. No quería dejar demasiado a la improvisación, pero tampoco que resultara una conversación artificial. Necesitaba hacerlo fluir y ponerlo a prueba. Su olfato criminal en el que tanto confiaba haría el resto, o al menos eso esperaba.

Llegaron a la isla vecina y el barco se fue aproximando paulatinamente al muelle hasta finalmente amarrar en él. El subinspector bajó directamente montado en su coche y tomó dirección hacia Palma, concretamente al Centro Penitenciario de Mallorca. Se incorporó a la Ma-13 y atravesó la Isla de este a oeste hasta llegar a su destino. Dejó el coche en el aparcamiento descubierto contiguo a la prisión y entró decididamente al edificio principal. Un funcionario comprobó y registró sus datos y él mismo lo acompañó por varios pasillos hasta por fin llegar a una pequeña sala diáfana con una mesa y varias sillas ancladas a un suelo de gres bastante desgastado.

—Es aquí —le informó aquel hombre bajito uniformado y con gafas redondas —. Si quiere puede tomar asiento y en unos minutos traeremos al preso. Si lo requiere puede estar acompañado en todo momento por un vigilante que garantice su seguridad. De lo contrario esperará fuera.

—Espero que no sea necesario —comentó con la esperanza de que así lo fuera —. Gracias, pero me las apañaré yo solo.

El funcionario asintió y desapareció cerrando de nuevo la puerta y dejando allí dentro al subinspector. Este caminó de brazos cruzados alrededor de la pequeña habitación donde en unos minutos se daría el esperado reencuentro. Dejó la carpeta que portaba sobre aquella mesa y se sentó de frente a la puerta. La miró unos segundos y de repente se abrió. Allí estaba. Una mirada cargada de energía los conectó al instante mientras aquel hombre bajito y un par de guardias fueron testigos del momento. Nicolás Rodes y el subinspector Román volvían a verse las caras.

Capítulo 22

Quince años ante

Había sido uno de los días más importantes de su vida. Por fin todo el esfuerzo en la Academia y el duro entrenamiento con su amigo y entrenador persona había dado sus frutos. Sus padres, orgullosos más que él mismo del objetivo cumplido, contaban a todo el mundo que su hijo ya era Policía Nacional en Ciutadella. La ceremonia se celebró en Mahón junto al resto de compañero de su promoción en la que juraron el cargo presidido por las autoridades tanto políticas como del propio Cuerpo, incluido el Jefe de la Comisaría. También estuvo presente el recientemente nombrado subinspector Román, quien también fue saludando uno a uno a los novatos agentes.

—Bienvenido al Cuerpo —pronunció siguiendo el protocolo.

—Muchas gracias, subinspector —contestó cordialmente.

—Me alegra ver que alguien ha hecho los deberes —se sorprendió a comprobar que sabía quién era—. ¿Cómo te llamas, chico?

—Soy Nicolás Rodes. Iré a Ciutadella con usted. Estoy deseando empezar —comentó entusiasmado dejando ver ya su inmensa ambición.

—Estupendo. Nunca pierdas esas ganas. Te harán falta en este duro trabajo —aconsejó apoyando la mano en su hombro.

—Gracias, subinspector. Así será —se estrecharon la mano y el subinspecto continuó dando la bienvenida al resto de agentes.

Al terminar el acto, Nicolás se fue a celebrarlo junto a su familia. En un primer momento pensaban hacerlo en alguno de esos restaurantes caros de primera línea del puerto de Mahón donde, como decía su padre, iba la gente importante o simplemente la gente normal con algo importante que celebrar. Ellos claramente pertenecían al segundo grupo, pero esta vez un gran amigo de la familia se había empeñado que lo harían todos juntos en su casa donde él mismo se encargaría de organizar un impresionante *catering* a la altura de la celebración. Carlos Moll era amigo íntimo del padre de Nicolás y por ende ambas familias lo eran. Los Moll asistieron al acto de Juramento y después todos juntos fueron a casa de Carlos en Ferreries, incluida su ex mujer Sofía y las inseparables Eva con su abuela Pilar.

En el jardín presidía una enorme mesa redonda con un mantel verde oscuro que prácticamente rozaba el cuidado césped, fundiéndose ambos tono

verdosos. Varios camareros los recibieron con bandejas repletas de todo tipo de bebidas y al instante aparecieron otros ofreciendo un generoso aperitivo que precedió a la comida. Nicolás fue en todo momento el centro de la fiesta y así se encargó el anfitrión de recordar en cada uno de los brindis que propuso. Hacía un día estupendo y Carlos decidió que tras terminar la enésima botella de cava era el momento perfecto para que todos los invitados se dieran un chapuzón. Repartió bañadores a quienes no lo traían consigo y en unos minutos la fiesta continuó en la piscina con música y bebidas para todos los gustos.

Nicolás solo tenía ojos para ella. Eva desprendía un magnetismo que lo tenía atrapado desde hacía muchos años. Ella lo miró y sonrió. Él hizo lo mismo pero apartó rápidamente la vista por timidez o por la propia intensidad de su mirada con la que podía derribarlo en cuanto quisiera. Decidió refugiarse en el interior de la vivienda con el pretexto de ir al aseo. Desde una de las ventanas del salón volvió a observarla sin que ella se percatara. Era tan alegre, tan preciosa, tan salvaje. Sacó su móvil y comenzó a grabarla. Podía ver cómo contorneaba todo su dorado cuerpo, cubierto únicamente por un pequeño bikini rojo, al ritmo de la música mientras jugueteaba con su larga cabellera que ocultaba gran parte de su rostro. Su amor por ella no dejaría nunca de crecer hasta volverlo completamente loco. Y fue precisamente el amor quien acabaría con sus vidas y con las de todas aquellas personas inocentes que accidentalmente o no, terminarían formando parte de «El juego del fuego».

Capítulo 23

—¿Qué tal estás, subinspector? —esbozó una sonrisa que desprendía una mezcla de rencor y nervios por la inesperada visita.
—Bueno, sin parar como siempre —contestó desde su silla mientras ocultaba unos documentos en el interior de la carpeta—. Siéntate, por favor.
—Aquí dentro es justamente todo lo contrario. Podemos estar horas y horas sin hacer ni una puta mierda. En fin, ¿a qué debo esta visita? No irás a decirme que me echabas de menos... —volvió a sonreír.
—Supongo que podrás imaginarte mi respuesta. Pensaba que tendría que verte solo una vez más en el juicio, pero no. Es lo que tiene este trabajo, siempre nos toca tratar de cerca con escoria más de lo que nos gustaría —replicó serio tratando de contrarrestar su tono burlesco.
—Tampoco te quedes con lo malo... Que hemos pasado mucho tiempo juntos ¿no?
—Créeme que eso es lo que más me jode de ti. En tantos años no me di cuenta de la basura que tenía en mi equipo —comienza a mostrar un enfado difícil de contener.
—Subinspector, esperaba algo más de cortesía después de viajar hasta aquí para verme.
—Vayamos al grano —contestó tajante—. Tengo entendido que Font viene a visitarte todos los meses, ¿cierto?
—Así es. ¿Quieres que te cuente cómo son los vis a vis? Te aseguro que tiene su rollito... ¡Deberías probarlo!
—No, gracias —respondió ojeando sus apuntes sin mirarlo—. ¿Sabes que hace unas semanas Ulises estuvo a punto de darle una paliza? —lo miró directamente a los ojos, atento a cualquiera de sus reacciones.
—Te juro que voy a matar a ese tío, aunque sea lo último que haga —aseguró repleto de rabia.
—Igual esas amenazas no son la mejor estrategia de cara al juicio, ¿no?
—¡Me importa una mierda! Ese tío no ha parado de joderme la vida desde aquel día que lo trinqué con droga. ¡No pararé hasta jodérsela yo a él!
—¿No te parece suficiente con lo que ya le has hecho?
—¿Lo de Eva? A ese siempre le importó una mierda Eva. En dos días estará con otra, ya lo verás —aseguró.

—A mí no me lo parece. He hablado varias veces con él y lo está pasando muy mal. Estaba enamorado de ella, hasta incluso se iban a casar.
—Bueno, esa película ya la hemos visto todos mil veces. Seguro que al año siguiente se estaban divorciando. Y permíteme que dude de tanto amor, ese tío solo quería sacarle la pasta.
—¿Tú sí la querías? —preguntó dejando asomar una sonrisa incrédula.
—Pues claro que sí. Nada de todo esto habría sucedido si ella no se hubiera dejado embaucar con todos esos idiotas que luego terminaron pasando de ella.
—Si tú lo dices... Y luego está lo de la niña... —sugirió asegurándose de tocar todos los temas que sabía que arrancarían esa armadura construida desde una impostada sonrisa.
—¿Qué pasa con la niña?
—Si no le importara Eva, ¿por qué cuida de la niña como si fuera su propia hija? La lleva todos los días al colegio e incluso viven juntos. Valeria asegura que es su padre.
—¡Y una mierda! —se levantó de un grito golpeando la mesa provocando que los guardias irrumpieran de urgencia en la sala que, tras el gesto de calma que hizo el subinspector, la abandonaron de nuevo—. Yo soy el padre de esa niña. Lo sabes perfectamente —volvió a sentarse con un gesto de tremendo enfado.
—No parece que estés en condiciones de cuidar de ninguna niña.
—¿Y Carlos? ¿Por qué cojones no se hace cargo él de su nieta? Con toda la pasta que tiene puede contratar a diez canguros si hace falta.
—Eso no es cosa mía. La niña es feliz con Ulises y no creo que tarde en convertirse en su tutor legal. Olvídate de ella, a ver si ahora vas a querer reclamar la paternidad. La niña no quiere verte ni en pintura.
—¡Con ese no! Por ahí sí que no paso —aseguró hablando consigo mismo.
—¿Y qué piensas hacer?
—Ya te lo he dicho. Voy a acabar con Ulises.
El subinspector lo miró durante varios segundos en los que se quedaron en silencio. Nicolás entrelazaba sus dedos y los observaba mientras negaba con la cabeza, incluso pareciendo obviar que estaba acompañado en aquella inhóspita sala. Su cabeza empezó a intoxicarse todavía más del odio que a lo largo de tantos años lo había ido destruyendo como una mortífera droga. Tenía más claro que nunca que en su vida solo quedaba un propósito que pensaba cumplir de la manera que fuera. Ya no dijo nada más. Ni siquiera lo volvió a mirar. Se levantó en silencio, caminó hacia la puerta y esperó a que lo

guardias la abrieran para acompañarlo de nuevo a su celda. El subinspecto Román permaneció unos minutos sentado tratando de repasar mentalmente cada una de las palabras y detalles que podía desmenuzar de aquella corta pero intensa conversación. Le hubiera gustado comentar algo sobre los crímenes que se estaban dando en la Isla o de la tradicional matanza de *bujots*. No parecía que él pudiera tener algo que ver con todo eso, pero ese inmenso odio hacia Ulises podía ser capaz de cualquier cosa por lo que no debía descartar ninguna posibilidad. Miró el reloj y se levantó con premura. Era hora de regresar a Ciutadella.

Capítulo 24

Ulises pasó la mañana resolviendo las primeras incidencias que habían ido surgiendo en el recién inaugurado restaurante de Es Mercadal, muy cerca de la carretera principal de la Isla. Era un local muy luminoso repleto de grandes ventanales desde donde se podía ver la densa vegetación de los campos que lo rodeaban. La decoración recordaba a aquellos lugares del oeste americano en los que se había inspirado hacía unos años: una enorme barra de azulejos del mismo granate intenso que el resto de elementos, mesas con sofás por toda partes y paredes blancas repletas de fotografías que evocaban el modo de vida americano.

Salió cerca de las doce del mediodía y se dirigió hacia el Ayuntamiento para entregar una documentación pendiente de la obra, en el centro de la población. Caminó por Mestre Garí y el Carrer Nou hasta llegar a la altura de la cafetería Ca'n Bep, donde muchos disfrutaban de un buen aperitivo en su terraza aprovechando el soleado día de marzo. En una de esas terrazas alguien lo reconoció al pasar, pero no dijo nada. Ulises continuó hasta llegar al Consistorio, a unos pocos metros de allí. Entregó a uno de los funcionarios un sobre con los impresos que le habían requerido y volvió a salir del edificio para tomar el mismo camino de vuelta hasta la puerta de su restaurante donde tenía aparcado el coche. Pasó de nuevo por delante de la terraza del Ca'n Bep y entonces la vio. Era Gemma. Hacía pocos días que había coincidido con ella y desde entonces había pensado mucho en la escueta conversación que tuvieron, pero sobre todo en aquella misteriosa niña que tanto se parecía a Valeria cuando tenía seis años. Se paró a cierta distancia mientras ella seguía charlando con otra chica de más o menos su misma edad a la vez que sujetaba una taza de café. Recordó entonces también el extraño momento en el que pasaron de largo por delante de la puerta del colegio hasta llegar a la esquina donde ambas se subieron a un coche negro. Estaban sucediendo demasiadas cosas extrañas y necesitaba obtener respuestas, aunque no pareciera que pudiera tener relación la extraña actitud de la que fue la mejor amiga de Eva con aquellas cartas que misteriosamente iba recibiendo y que traían consigo unos brutales asesinatos. Sacó el móvil y vio la fecha justo encima de la hora: martes, 18 de marzo. Si todo seguía sucediendo de la misma forma que hasta ahora, en dos días recibiría una nueva carta y alguien ardería hasta la muerte

No podía desaprovechar esta oportunidad de despejar alguna de tanta incógnitas que atormentaban su cabeza, por lo que decidió abordarla.
—Hola, Gemma. ¿Podemos hablar un momento? —interrumpió una distendida conversación.
—Ulises, qué sorpresa —contestó sin ningún sobresalto—. Últimamente no vemos en todas partes. ¿Qué pasa? Siéntate si quieres con nosotras.
—Preferiría hablar contigo en privado, si no te importa —miró a su acompañante que no sabía quién era.
—No, no. Siéntate aquí si quieres y habláis. Yo me tengo que ir ya que entro en breve a trabajar —ofreció la amiga de Gemma.
—Muchas gracias, será solo un momento —aceptó su invitación y la relevó en su misma silla.
—Pues tú dirás...
—Verás, Gemma. Llevo varios días dándole vueltas a algo desde que no vimos en la puerta del colegio.
—¿Y eso? Dime...
—Sí. ¿Quién era la niña? —preguntó sin rodeos.
—¿La niña? ¿Martina? Ya te lo dije, es mi sobrina. ¿Qué problema hay?
—Nunca te había visto con ella —replicó frunciendo el ceño.
—No sé, tampoco es que nosotros hayamos coincidido demasiado, ¿no? Pero... ¿qué pasa con ella?
—Verás... me pareció que llevaba el mismo vestido que Valeria tenía hace tres años. Vamos... que estoy seguro que era el suyo. Además iba peinada exactamente como lo hacía Eva. Por un momento vi a Valeria con seis años.
—¿Y qué me quieres decir? De verdad que no sé a dónde quieres llegar —pronunció bastante seria.
—Últimamente están pasando demasiadas cosas extrañas... Nunca te he visto por el colegio ni a la niña tampoco. De repente apareces con una niña con la ropa de Valeria y me dices que vais al colegio, pero en cambio pasáis de largo y desaparecéis en un coche negro. Un poco raro, ¿no crees?
—Ulises, tío, ¿de qué vas? —replicó levantándose enfadada de la silla—. Ese vestido me lo dio Eva para mi sobrina cuando a Valeria se le quedó pequeño. Además no tengo por qué darte explicaciones. No sé a qué viene todo esto.
—¿Y lo del coche? ¿No ibas a llevarla al colegio? —preguntó con cierto nerviosismo.

—Perdona, pero me tengo que marchar. Entiendo que lo has pasado muy mal pero créeme que yo la quería tanto o más que tú —pronunció en tono conciliador—. No busques fantasmas donde no los hay. Cuídate, Ulises.

Se dio media vuelta y se marchó hasta desaparecer por una de las calles del centro de Es Mercadal. Ulises permaneció pensativo sentado en la misma mesa de la terraza que finalmente les había arrebatado a ambas con lo que parecía haber sido una infundada sospecha. Podía ser cierto que Eva le regalara el vestido a pesar de ser el preferido de Valeria, al fin y al cabo era su mejor amiga y estaba claro que se le había quedado pequeño. ¿Y lo de pasar de largo por la puerta del colegio y subirse a aquel coche negro? Seguramente tendría alguna explicación, por lo que Ulises no le dio más importancia. Pero todo cambiaría unas horas después cuando la Policía por fin encontrara una pista que lo sacudiera todo, poniendo el foco en un misterioso coche negro que apareció en las cámaras de los alrededores de las dos escenas del crimen. Ese coche tenía nombre y apellidos, aunque resultaba imposible que el propietario estuviera en su interior. Los investigadores, y el propio subinspector que lo había visto con sus propios ojos, lo sabían. Es imposible conducir tu coche por Menorca cuando llevas meses encerrado en la cárcel de Palma. Si seguían actuando de la misma forma en apenas dos días aparecería otro cadáver incinerado. No había tiempo para regresar a Palma en busca de explicaciones. Debían encontrar el coche negro antes de que fuera demasiado tarde.

Capítulo 25

—Ulises, es muy probable que mañana vuelva a pasar.
—Subinspector... —contestó al teléfono saliendo a la calle para evitar el ruido en el interior del local de Es Mercadal— Ya lo sé, no paro de pensar en ello ¿Tenéis algo?
—Bueno... estamos trabajando con algunas pistas y preparando todo el dispositivo para mañana. No has recibido ninguna carta, ¿verdad?
—No, no. De momento nada —comentó.
—Vale, si todo sucede como esperamos alguien irá a entregarte una nueva carta. Ulises, es el momento clave para cogerlo. Es su momento de mayor exposición.
—Sí, lo sé. ¿Qué quieres que haga?
—¿Qué tienes pensado hacer mañana?
—Pues lo de siempre: dejar a la niña en el cole por la mañana y luego no sé si vendré aquí a Es Mercadal o me quedaré en Ciutadella. Seguramente tendré que venir aquí.
—¿Qué has estado haciendo los últimos días? —preguntó casi sin dejarlo terminar de hablar.
—Pues estoy trabajando más aquí en el nuevo. Nos falta terminar algunos detalles y arreglar unos papeleos pendientes.
—Pues haz lo mismo que has estado haciendo. Creemos que pueden estar vigilándote para saber tus rutinas. Mañana seguirán con este estúpido juego y para ello tienen que llevarte personalmente otra carta. Tendrás a un par de agentes de incógnito siguiéndote todo el día. Estarán desde bien temprano en la puerta de tu casa y luego irán unas horas antes que tú a Es Mercadal. El resto estaremos repartidos cubriendo principalmente las zonas rurales.
—Está bien. Tenéis que terminar con esto de una vez —suplicó.
—Estamos más cerca, Ulises. Mañana tendremos una oportunidad que no podemos dejar escapar. Tú compórtate como cualquier día normal. Necesitamos que te entreguen otra carta y vamos a darles la oportunidad de hacerlo. Pensamos que si ven algo raro no correrán el riesgo de acercarse a ti.
—Vale, haré entonces ese recorrido: de Cala Morell a Plaça des Born, y de allí a Es Mercadal —detalló incluso repasándolo él mismo en su cabeza.

—Eso es. Si ves cualquier cosa extraña me llamas a mí directamente ¿entendido?
—Entendido, subinspector. Estamos en contacto.
El subinspector asintió y colgó el teléfono. Casi no había tenido tiempo de dejarlo sobre la mesa de su despacho cuando de repente irrumpió en él un agente.
—Jefe, tenemos algo de los *bujots* —aseguró con urgencia sobre el caso que llevaba el mismo nombre que los tradicionales monigotes—. Tienes que venir a verlo.
—Claro, ¿qué tenéis? —se levantó de un salto para acompañarlo hasta sentarse frente a un ordenador de la sala contigua.
—Hemos vuelto a revisar una a una todas las grabaciones de las cámaras que fuimos recopilando tanto de los alrededores de la cantera como del pajar —repasó el agente en su ordenador a la vez que seleccionaba dos archivos correspondientes al 20 de enero y febrero.
—No encontramos nada en ellas, ¿no? ¿Hay algo? —comenzó a impacientarse.
—Fíjate bien en esto —abrió los dos archivos y amplió las dos ventanas hasta cubrir la mitad de la pantalla con cada uno de los vídeos—. Del primer asesinato tenemos el registro de las cámaras de la gasolinera que hay justo antes de la rotonda. Y... ¡aquí está! —exclamó tras pulsar el espacio y detener la imagen en un vehículo oscuro—. Ahora vamos a ver las cámaras de la Ronda el 20 de febrero.
—Dime por favor que lo tenemos...
—Unos segundos más y... ¡cazado! —congeló la imagen en el momento exacto en el que ese mismo vehículo negro cruzó por delante del objetivo.
—¿Es el mismo coche? ¿Coinciden las horas con las estimadas por la Científica? —formulaba preguntas aproximándose cada vez más a la pantalla del ordenador.
—Afirmativo —pronunció el agente después de ampliar ambos fotogramas y otorgarle nitidez hasta mostrar claramente las coincidentes matrículas.
—¿Y las horas? ¿Coinciden las horas?
—La primera es a las 12:27 y la segunda a las 17:11. Son más o menos las horas de los asesinatos, ¿verdad?
—Déjame ver... —tomó el subinspector el mando del ordenador para visualizar una y otra vez ambos vídeos— Las horas sí pueden aproximarse a

los hechos, pero hay una diferencia entre ambas —se levantó hasta el mura donde cuelga un enorme mapa del área metropolitana de Ciutadella—. La cámara de la gasolinera está aquí apuntando en esta dirección —señaló con un rotulador rojo—. El vehículo ya se está alejando de la cantera. Ya habían cometido el crimen. En cambio fíjate en la otra cámara. Va por la Ronda en dirección a la carretera de las playas... ¡Eso es! Estoy seguro que venía de Cala Morell y se dirigía al pajar a reunirse con el otro coautor del delito. Alguien tenía que quedarse allí con la víctima mientras uno de ellos le llevaba la carta a Ulises. Aquí todavía no la habían matado...

—¿Ves algo del interior del vehículo? —preguntó el agente.

—Imposible —regresó a la pantalla observándola a escasos centímetros— Pero sí tenemos una matrícula, ¿no? Puede ser una coincidencia, pero traedme al dueño del vehículo ya.

—Subinspector, me temo que eso va a resultar bastante complicado — interrumpió otro agente que se apresuró en entregarle el documento que portaba en su mano—. Acabo de cotejarlo con tráfico y él es el propietario del vehículo.

—¿Quién? —le arrebató el impreso de su mano para devorar la información con apremio—. ¿Nicolás Rodes? ¡Que alguien me diga que esto es una broma

—Me temo que no, subinspector.

El subinspector Román releyó una y otra vez el documento que sentenciaba quién era el propietario del único vehículo que las cámaras habían cazado en los alrededores de ambas escenas del crimen y que además eran coincidentes con los tiempos en los que se llevaron a cabo las ejecuciones. Resultaba imposible que él lo ocupara en ninguna de las dos grabaciones, pero si no conducía él... ¿Quién llevaba su coche mientras estaba encerrado en la cárcel? ¿El autor de los asesinatos viajaba en su interior? ¿Estaría Nicolás Rodes al tanto de lo que estaba ocurriendo, o incluso él era el cerebro de esta organización criminal? En unas horas tenían previsto que volviera a suceder y no había tiempo para viajar de nuevo a Palma en busca de respuestas que tampoco parecía demasiado probable que el presunto implicado fuera a regalarle. Lo más urgente era organizar todo el dispositivo que debía detener el tercer asesinato. El subinspector reunió a todo su equipo y detalló un elaborado plan siguiendo fielmente los patrones de los dos primeros. Conocían cuándo y cómo debían llevar a cabo esta tercera matanza. Nada podía fallar en esta ocasión.

Capítulo 26

Un vehículo atravesó la todavía densa oscuridad de la noche que apena permitía ver mucho más allá que aquello que iluminaban sus faros sobre l carretera. En su interior viajaban un par de agentes de paisano rumbo a la cas de Ulises en Cala Morell. La fuerte humedad empañaba los cristales e inclus condensaban gotas de agua que obligaba a accionar el limpiaparabrisas. No s cruzaron con nadie de camino, apenas un pequeño conejo que corrió durant varios segundos frente a ellos aturdido por los deslumbrantes faros. Llegaro hasta su casa y pararon unos metros antes, desde donde tenían una buen perspectiva de la vivienda e incluso de todo el porche de entrada que asomab tras un pequeño murete de piedra que delimitaba el terreno de la propiedad.

Permanecieron allí algo más de dos horas hasta que comenzaron a ver cóm varias estancias se fueron iluminando casi a la par que lo hizo el cielo salpicado con alguna dispersa nube. En todo este tiempo únicamente pasaro de largo un par de vehículos que ni siquiera se percataron de su presencia Alrededor de las ocho la puerta principal se abrió y aparecieron Ulises y l pequeña Valeria que portaba una pesada mochila azul oscuro a sus espaldas Subieron al coche y pasaron justo por delante de los agentes, con los qu cruzó una mirada insegura que revelaba las escasas horas que habían lograd descansar cualquiera de ellos.

—Jefe, acaban de salir hacia Ciutadella. En diez minutos estarán en la Plaç des Born —comunicó por radio—. Por aquí todo despejado. Nos movemos Es Mercadal.

—Recibido. El primer dispositivo estático ya está allí en posición.

—De acuerdo, nos dirigimos ya al nuestro —dieron media vuelta en la calle regresaron por la carretera de Morell.

Ulises paró el coche en doble fila y acompañó a Valeria hasta la puerta de colegio como acostumbraba cada día. Ella entró con su grupo de amigas y fielmente a su código secreto, se giró para regalarle una sonrisa antes de entra al recinto. Él sonrió e incluso se evadió por un instante del temible nuevo dí veinte que con total probabilidad vendría acompañado de un fatal suceso Rápidamente lo recordó al reconocer a varios agentes que paseaban por la inmediaciones tratando de mezclarse con el resto de viandantes. Regresó a

coche fingiendo la tranquilidad con la que el subinspector le había pedido qu actuara y salió en dirección al restaurante de Es Mercadal.
Llegó en torno a las nueve y aparcó en la misma calle, a unos metros de l puerta. Bajó del vehículo y caminó por la misma acera hasta la puerta de local. Estaba abierta. Un par de trabajadores organizaban el género que hací un rato uno de los proveedores de bebidas había descargado de su furgoneta Los agentes permanecían en el exterior observando cualquier movimient extraño que reclamara su atención. Todo estaba muy tranquilo, quizá demasiado. Ulises sacó su móvil y le escribió un mensaje al subinspecto informando que allí también estaba despejado, siguiendo sus indicaciones. S sentó en una mesa cerca de la ventana y desde allí encendió el portátil par empezar a trabajar. Podía ver perfectamente los coches de los agentes a pesa de no llevar ninguno de ellos el vehículo oficial. Sintió entonces ciert seguridad y comenzó a repasar facturas sin pensar demasiado en todo aque dispositivo policial que lo rodeaba.
Pasó allí un par de horas entre papeles e intercambio de correos hasta que s estómago decidió que debía hacer una visita a la cocina para preparar u almuerzo. Se preparó un pequeño bocadillo de jamón y queso fundido que é mismo se sirvió en la misma mesa de trabajo donde estaba todavía encendid su ordenador. Posteriormente entró por el hueco central de la barra hasta un de las neveras donde guardaba los refrescos. Fue a abrirla sin mirar mientra repasaba las existencias de botellas de alcohol que descansaban sobre un extensa repisa retroiluminada justo frente a él. Sintió entonces un puñado d papeles que bloqueaban la puerta metálica corredera del refrigerador.
—Josep, ¿quién ha dejado todo esto aquí? —preguntó a uno de lo trabajadores que se dirigía cargado con cajas hacia el almacén.
—Perdona, me he puesto con esto y se me ha pasado dártelo antes —coment apoyando una pesada caja repleta con botellines de cerveza sobre la barra— Son los albaranes de los pedidos de esta mañana. Nos han traído un pedid grande de bebidas.
—Tranqui, no te preocupes. Yo me encargo —asintió y la cargó de nuevo par desaparecer con rapidez con el pesado género.
Los cogió con una mano y abrió con la otra la nevera para sacar una botella d cristal de Coca-Cola. Los soltó sobre la barra para poder abrirla con la mal fortuna que cayeron del otro lado, expandiéndose por el suelo. Sin demasiad urgencia por recogerlos destapó su ansiado refresco, dio un sorbo y salió de

otro lado de la barra. Apoyó la bebida sobre la encimera de acero y se agachó para recoger uno a uno los desperdigados documentos, desde donde aprovechó para dar el primer vistazo del género que se había recibido. Trató de ordenar los folios numerados hasta que al levantar una de las hojas dejó al descubierto algo que no se correspondía para nada con el resto, pero que le resultaba terriblemente familiar. Se levantó sobresaltado y miró urgentemente hacia un lado y otro. No había nadie, únicamente los mismos trabajadores que lo acompañaban esa misma mañana. No dijo nada, simplemente se sentó en el sofá más cercano y comenzó a voltear con cautela la carta sobre la mesa. Era exactamente igual al resto, con su nombre escrito con rotulador negro. Las manos le temblaban y el corazón bombeaba con tanta fuerza que parecía que iba a explotar. Respiró profundo hasta que por fin la abrió. Con sumo cuidado extrajo un manuscrito de su interior que portaba un mensaje:

«¿Ya puedes escuchar los aplausos? El premio está cada vez más cerca. Todo esfuerzo tendrá su recompensa».

—¡Josep! ¡Josep! —gritó con nerviosismo sin levantarse.
—Dime, Ulises —acudió aceleradamente hasta él—. ¿Qué pasa?
—¿Quién te ha dado todos estos papeles?
—El chico que nos ha entregado el pedido. ¿Por qué? ¿Falta algo?
—¿Era el de siempre? ¿Venía solo él? Piénsalo bien, ¡por favor!
—Eh... sí. Entró con su carretilla y nos dejó aquí todo el género. Los albaranes venían pegados con cinta a una de las cajas como otras veces. Yo solo firmé en su *tablet* y se marchó.
—Está bien, gracias... Tengo que hacer una llamada —se levantó y caminó hasta la puerta del local—. ¿Subinspector? Está aquí. ¡Tengo otra carta!
—¿Cómo? ¿Dónde? ¿Lo saben mis compañeros? —comenzó a disparar preguntas al mismo tiempo que se escuchaba cómo comenzaba a correr.
—No, todavía no... Me la han colado entre los albaranes de un pedido que hemos recibido esta mañana.
—¡Escúchame, no te muevas de ahí! ¡Ahora nos vemos! —colgó el móvil y entró rápidamente en su coche con el que salió disparado—. Ulises acaba de recibir la carta. Repito, Ulises tiene una nueva carta en Es Mercadal. Mantened vuestras posiciones y si alguien ve el vehículo que buscamos que inmediatamente avise por radio.

Apoyó el micrófono con violencia sobre el soporte y salió a toda velocidad hacia allí. Mientras, no muy lejos de su posición, otra persona inocente comenzaba a asimilar que nunca más volvería a ver un nuevo amanecer, ni a sus seres queridos... ni tampoco vería nunca crecer a su querida sobrina Martina.

Capítulo 27

Todo parecía comenzar como una jornada más de trabajo de lo que finalmente resultaría ser el fatídico jueves 20 de marzo. Gemma, como cada día, se despertó con la indispensable ayuda de la alarma programada en su móvil a las siete de la mañana. Vivía en un enorme piso antiguo de dos alturas en la Plaça d'Artrutx en Ciutadella, aunque únicamente desde el recientemente reformado salón tenía visión directa de la fuente que presidía el centro de la plaza. Desayunó un café mientras ojeaba el móvil como acostumbraba a hacer y cuando su reloj marcó las ocho menos cuarto, salió a la calle en busca de su coche en un aparcamiento subterráneo cerca de allí. Trabajaba en una inmobiliaria situada a cinco minutos andando desde su casa, pero era bastante habitual tener que desplazarse a cualquiera de los inmuebles de su cartera; ya sea por visitas programadas o por cualquier acción de mantenimiento o publicidad. Sacó la llave que abría una pequeña puerta de aluminio adyacente al portón automático de entrada y salida de vehículos del garaje. Bajó caminando la rugosa rampa de acceso al aparcamiento que dibujaba una pronunciada curva por la que más de un coche debió encontrar cierta dificultad a juzgar por los variopintos colores que salpicaban la inmaculada pared blanca. Caminó varios pasos entre la pobre iluminación que proporcionaban los escasos tubos halógenos que quedaban sin fundir. Portaba en una mano el bolso con las llaves y en la otra el móvil en el que iba ojeando el correo electrónico. Llegó a la altura de su plaza casi al final del sótano donde compartía espacio entre pilares con otra de un vecino que salía muy pronto a trabajar, lo que agradecía por no tener prácticamente que realizar maniobras al salir. Pero hoy sí estaba allí al lado del suyo, aunque en esta ocasión no era el mismo que solía ver. Él tenía un Peugeot plateado de tamaño mediano y este era muy diferente, más grande y de color negro. No le dio ninguna importancia. Guardó el teléfono en el bolso y al mismo tiempo buscó durante unos segundos las llaves del coche en su interior. Todavía no las había encontrado entre la amalgama de objetos y papeles que coleccionaba cuando alguien se abalanzó por su espalda. No tuvo tiempo prácticamente de reaccionar cuando sintió lo que parecía ser un paño húmedo que con violencia cubrió al instante toda su cara y un fuerte pinchazo en el lado derecho de su cuello. Trató de zafarse moviendo brazos y piernas hasta que pocos segundo

después pareció perder totalmente la consciencia dejándose caer sobre lo brazos de su agresor. Este la introdujo con celeridad en el maletero del coch negro, recogió algunas de sus pertenencias esparcidas por el suelo tras e forcejeo y se montó en el vehículo para abandonar el aparcamiento.

Salió al exterior y giró por el Carrer de Sor Àgueda, una estrecha call perpendicular a la Avinguda de Jaume I y continuó su camino callejeando po el este de Ciutadella evitando concurridas rotondas y carreteras. Todavía n eran conscientes de que ya tenían identificado su vehículo y que todo e dispositivo se centraba en gran medida en localizarlo, pero resultab fundamental ser cautos ahora que viajaba con una mujer escondida en e maletero. Y lo lograron de nuevo, sorteando con algo de fortuna y sin ta siquiera percatarse de la presencia de controles ya instalados en los punto calientes y principales accesos a la ciudad.

Atravesó el Polígono Industrial en dirección al este hasta tomar el Camí de se Arenes de Baix, una carretera estrecha bien asfaltada entre muros de piedra frondosa vegetación. El conductor miró fugazmente por el retrovisor para da un nuevo vistazo al maletero donde viajaba su presa. Debía continuar dormid por la alta dosis de midazolam que le había inyectado. Sonrió levemente co orgullo. Esta no era una víctima más que el azar había colocado en su diana como sucedió con las dos anteriores donde priorizaron entrenar el método si importar quién fuera el damnificado. Aquello ya había servido de ensay preliminar. Ahora estaba ante una víctima elegida a dedo por sus agresores qu irremediablemente debía ser el tercer *bujot* para que el plan funcionara. Era e movimiento estratégico más importante para su éxito y nada podía fallar.

Continuó algo más de un kilómetro hasta que tomó otro camino a su izquierd todavía más estrecho y con un irregular firme, en dirección al Club de Hípica Pasó de largo las bonitas instalaciones de caballos hasta unos metros má adelante tomar a la derecha un camino de tierra y piedras escoltado po abundantes arbustos. Paró el coche en una pequeña explanada al final de camino y bajó hasta la parte trasera. Abrió el maletero con cautela y comprob que seguía sedada. De repente escuchó una voz por su espalda.

—¿Cómo ha ido?

—¡Qué susto me has dado! —exclamó sobresaltado—. Bien, bien... tod según lo previsto.

—Perfecto. Vamos a llevarla dentro, ya lo tengo todo preparado —aseguró.

La agarraron fuerte, uno desde las anudadas piernas y el otro desde el torso, y fueron abriéndose paso por entre la maleza de un angosto camino que conducía a lo que pretendían que fuera el nuevo escenario del crimen. Tras algo menos de diez minutos consiguieron llegar a una zona abierta en la que se vislumbraba una antigua construcción militar por la que brotaba una salvaje vegetación que incluso parecía engullir todos aquellos restos de piedra. Se adentraron en aquel esqueleto pétreo hasta bajar por unas escaleras que conducían hasta una vieja puerta oxidada abierta que dejaba ver un tenebroso y oscuro espacio interior nada agradable. Empujó de una patada la puerta mientras sujetaba las piernas de la joven y los tres entraron. La intensa humedad y los restos de basura acumulados allí durante años emanaban un repugnante olor que hizo torcer el gesto al recién llegado.

—Vamos a tener que meterle otra dosis porque es imposible que no se despierte aquí dentro con esta peste —protestó justo antes de dejarla sobre unos cartones que ya estaban allí dentro el día que visitaron el lugar por primera vez cuando lo escogieron para el tercer asesinato y que muy probablemente era o había sido el lecho de algún indigente.

—A ver si te la vas a cargar antes de tiempo... Voy fuera a dejarlo todo listo —informó tras lo que volvió a subir las escaleras sorteando las ramas que prácticamente la cubrían.

En el lateral de una de las estructuras principales de lo que debió ser una base militar, en la que todavía podía adivinarse por donde asomaban los cañones a través de unos orificios en el muro de piedra, se extendía una pequeña superficie cuadrada hundida entre gruesas paredes de una altura considerable. Era el lugar perfecto para el tercer sacrificio. Sacó una robusta cuerda de una mochila que portaba a sus espaldas y comenzó a extenderla sobre la parte alta del agreste muro. Tomó uno de los extremos y lo anudó fuertemente a un saliente cercano al socavón para después bordearlo y hacer lo propio justo al otro lado, dejando que la cuerda se suspendiera en el aire atravesándolo de lado a lado. Revisó que todo estuviera perfectamente colocado y visualizó desde lo alto toda la desértica extensión en la que primaba un silencio sepulcral. Bajó a través de una galería que conducía directamente hasta la parte baja del agujero. Desde allí miró la porción de cielo que las cuatro paredes permitían y que ahora aparecía dividido en dos por una cuerda que lo cruzaba. Hizo el gesto de empuñar una escopeta, la levantó y simuló dispara

emitiendo un exagerado ruido. Sonrió. Este no era un *bujot* más como lo anteriores. Este sabía a victoria, a justicia, a venganza.

Capítulo 28

Faltaban unos pocos minutos para las once y media de la mañana cuando e subinspector frenó en seco en la misma puerta del recientemente inaugurad restaurante de Es Mercadal. No dudó en saltarse directamente la línea continu a toda velocidad con la ayuda de la sirena que funcionaba a pleno rendimient y que instaba a detener cualquier vehículo que cruzara a su paso. Ulises a verlo salió con celeridad portando en su mano derecha aquella nueva carta qu nuevamente había terminado en su poder en un nuevo día veinte del mes.

—Ulises, ya estoy aquí. Déjame verla —ordenó con la respiración acelerad como si hubiera llegado corriendo hasta allí en lugar de en coche.

—Va a suceder otra vez, subinspector... —comentó con voz nerviosa tra entregarle la carta.

—Estamos haciendo todo lo posible para evitarlo... —pronunció mientra desplegaba el papel del interior del amarillento sobre y comenzaba a leer par sí mismo moviendo los labios— ¡Eran ensayos previos! Justo lo que me temí —exclamó con orgullo al confirmar su teoría—. Estos tíos están preparand algo todavía más gordo, pero no vamos a dejar que lo consigan.

—¿Pero sabéis dónde va a suceder esta vez? Me dijiste que teníais algun pista, ¿no?

—Tenemos algo mucho más que eso, Ulises...

—¿Cómo? —preguntó totalmente extrañado.

—Vamos dentro y te cuento —miró a un lado y otro de la carretera por s hubiera alguien observándolos y ambos entraron al local.

—Dime... ¿qué ha pasado?

—Verás Ulises... es importante que lo que voy a decirte no se lo digas a nadie Absolutamente a nadie, ¿entendido?

—Por supuesto, subinspector. Ni una palabra —aseguró aproximando su sill e inclinándose para estar más cerca de él.

—Tenemos un coche que hemos cazado cerca de ambas escenas del crimen También nos coinciden las horas a las que calculamos que se produjeron.

—Pueden ser ellos entonces... ¿verdad? ¿Tenéis la matrícula?

—Sí... —afirmó rebotando toda su cabeza verticalmente y con mirada seria.

—¿Qué pasa? ¿De quién es? —preguntó con gran preocupación.

—El coche está a nombre de Nicolás Rodes.

—¡¿Cómo?! —soltó un tremendo grito que provocó que rápidamente todos lo trabajadores pusieran sus miradas sobre ellos dos.
—Baja la voz... Nos enteramos ayer, poco después de que habláramos po teléfono.
—Pero... ¿cómo es posible que sea su coche? Está claro que él no lo conducía ¿Sabéis quién lo lleva?
—Qué va, no nos ha dado tiempo a nada... lo descubrimos anoche. Es muy probable que lo vendiera antes de entrar a prisión, igual que hizo con su casa Necesita pasta de cara al juicio y en muchos años sabe que no va a pode utilizarlos —detalló a la vez que buscaba sin éxito alguna notificación de su compañeros en el móvil—. Los cambios en la titularidad de los vehículo suelen retrasarse bastante, pero ya estamos trabajando en ello.
—Pero estará aquí en la Isla, ¿no?
—Sí, desde esta mañana hemos iniciado un dispositivo de búsqueda. No cre que tardemos en dar con él —aseguró encendiendo de nuevo su móvil hast encontrar la imagen que deseaba mostrarle—. Mira, es este. ¿Te suena haberl visto recientemente?
—A ver, déjame ver... —se inclinó hacia su teléfono hasta incluso finalment cogerlo para ampliar con los dedos la foto— ¡Claro! Yo he visto este coche.
—¿De verdad? ¿Dónde? ¿En tu casa? —levantó ahora él la voz— Estoy seguro que el mes pasado fue a entregarte la carta con ese coche antes de segundo asesinato.
—No, no... Lo vi en Ciutadella, fue algo superextraño... —comentó sin deja de mirar la imagen ampliada extraída de una cámara de tráfico.
—¿En Ciutadella? ¿Dónde?
—¿Te acuerdas de Gemma? La amiga de Eva...
—Sí, claro.
—Hace unos días me encontré con ella en la puerta del colegio, justo después de dejar a Valeria. Iba con su sobrina y me dijo que iba a llevarla al colegio.
—¿Y qué hay de extraño en eso? —comenzó a impacientarse.
—Espera... La cuestión es que nunca la había visto allí y yo estoy cada mañana del curso a la misma hora. Noté algo raro en ella y en aquella niña.. Me quedé mirándolas mientras andaban hacia la puerta del colegio, pero no entraron.
—¿Cómo que no entraron? No te sigo...

—Pasaron justo por delante y continuaron caminando hasta el final de la plaza. ¡Y allí estaba este coche! —aseguró dejando caer su dedo índice sobre la imagen del vehículo— Las dos se montaron detrás y desaparecieron.
—¿Qué? ¿Estás seguro que era el mismo coche?
—Yo juraría que sí... —contestó volviendo a mirar la fotografía.
—¿Sabes dónde está? —preguntó con urgencia.
—No tengo ni idea, pero justo estuve hablando con ella hace un par de días aquí cerca.
—¿De qué hablasteis? ¿Qué te dijo?
—Pues ella estaba sentada en una terraza de la plaza con otra chica. La vi y me acerqué a hablar con ella para que me explicara justamente lo que había pasado aquella mañana.
—¿Fuiste para pedirle explicaciones de por qué no fueron al colegio y se montaron en un coche?
—No solo por eso... Lo de la niña fue muy raro —aseguró negando ostensiblemente con la cabeza—. Era calcada a Valeria, pero con unos años menos. Llevaba su ropa, iba peinada igual...
—¿Y qué te dijo?
—Nada... que el vestido se lo dio Eva cuando a la niña se le quedó pequeño.
—¿Y del coche? —insistió en lo que realmente le importaba.
—No me dijo nada. Se levantó y se fue.
—Está bien, Ulises. Me tengo que ir. Si ves el coche o a ella me llama inmediatamente, pero no le digas nada de todo esto. ¿Entendido?
Ulises asintió y el subinspector Román salió a toda velocidad de nuevo rumbo a Ciutadella con la intención de detener el ya anunciado tercer asesinato. Miró el reloj digital del coche: las doce en punto. Ya era demasiado tarde, «El juego del fuego» justo acababa de comenzar.

Capítulo 29

—Llegó la hora —anunció al regresar de nuevo al pequeño zulo.
—Está empezando a despertar, ¿le ponemos otra dosis?
—No, mejor así. Quiero que disfrute del espectáculo —sugirió cerrando e puño enfatizando la perversidad de sus palabras.
—¿Qué vais a hacerme? —balbuceó con los ojos entreabiertos y la cabez tirada sobre el suelo húmedo de tierra.
—Buenos días... ¿te acuerdas de mí? —preguntó agachándose frente a ella retirando el cabello que cubría casi por completo su cara.
—¿Qué quieres de mí? —acertó a pronunciar después de hacer un enorm esfuerzo en levantar sus párpados para dejar asomar unas pupila completamente dilatadas.
—Deberías estar orgullosa, vas a formar parte de la tradición más antigua d nuestra ciudad. Ya sabes que nadie puede elegir ser o no un *bujot.* Si te toca n queda otra que aceptarlo y asumir los errores del pasado. Siempre funcion así.
Hizo un enorme esfuerzo por levantar la cabeza, pero apenas consigui moverla. Intentó de nuevo mirar a aquellos dos individuos. Solo percibí sombras y una luz cegadora que venía del exterior, de la cual trató d protegerse colocando las palmas de las manos sobre su rostro. Comenzó llorar y a intentar pedir ayuda con erráticos sonidos que su irritada gargant por la tierra ingerida se esforzaba en emitir. Rápidamente uno de ello recolocó con esmero el pañuelo que desde hacía un rato ya no cubría su boca y lo anudó con firmeza. La incorporó hasta sentarla con la espalda contra l sucia pared con restos de pintadas y garabatos de aquellos que habían pasad por aquel remoto lugar en ruinas.
—¿Fuera está todo listo?
—Así es —aseguró mientras comprobaba que había suficientes cartuchos e una de las mochilas—. Tenemos que subirla por arriba y luego nosotro accederemos desde una de las galerías que conduce directamente hasta la part inferior.
—Quedan diez minutos —anunció al mirar su reloj—. Vamos a moverla ya hoy debe ser a las doce. Esto es algo más que un ensayo.

Su compañero asintió y ambos la cargaron de brazos y piernas. Su víctima únicamente movía la cabeza de lado a lado tratando de adivinar dónde se encontraba o si tenía alguna mínima opción de escapatoria. Su respiración se aceleró al percibir que iba de nuevo en movimiento y una enorme presión nacía desde sus tobillos y muñecas, entumeciendo todavía más sus pies y manos hasta prácticamente no sentirlos. Subieron por las resbaladizas escaleras de piedra hasta la parte más alta de la edificación y caminaron a ritmo ágil esquivando los socavones y cavidades que surgían a ambos lados de lo que parecía ser la techumbre de la estructura.

—Vamos, es justo ahí delante —anunció al sentir la fatiga de su cómplice.

—¿Estás seguro que desde aquí no nos escucharán? —preguntó con voz agitada mirando de un lado a otro de la extensa superficie perfectamente iluminada por el sol de mediodía que dejaba totalmente al descubierto a los asesinos.

—Es el lugar perfecto. En cuanto la tengamos en posición ya no se verá nada únicamente la columna de humo que subirá desde esta cavidad y que se diluirá en la atmósfera en cuestión de minutos —aseguró retirando con una mano las gotas de sudor que resbalaban por su frente—. Colócale el arnés, yo te la sujeto.

—Venga, señorita... que ya casi estás —pronunció con una amabilidad un tanto irónica.

—Pero... ¿quién eres? ¿Por qué me haces esto a mí? —susurró a poca distancia con los ojos apenas abiertos unos pocos centímetros.

—Bonita... no lo tomes como algo personal. Es necesario para que el juego continúe —aseguró con fuerza las hebillas de la cintura y piernas.

—Toma la cuerda —desató uno de los extremos sujetados provisionalmente a una roca y la pasó por el arnés hasta volver a fijarla con tensión al saliente— Ponle el cartel y la dejamos ya colgando.

Sacó un trozo de cartón con un mensaje manuscrito y lo anudó por la espalda hasta dejarlo prácticamente pegado a su pecho. Buscó en el interior de una de sus mochilas y sacó una botella de plástico con un líquido de color amarillento. La abrió y la roció hasta dejarla completamente empapada. La aproximaron con cuidado hasta el borde del agujero, de unos cuatro metros de profundidad, y con un sincronizado impulso la lanzaron hasta el punto central de la cavidad. La cuerda desprendió un sonoro crujido, pero resistió el peso del cuerpo que ahora mantenía suspendido en el aire. Regresaron por la

escaleras y recorrieron varios metros por una galería fría y húmeda únicamente iluminada por la luz natural que atravesaba pequeñas grietas y orificios tanto en el techo como en las paredes. Pasaron por diferentes estancias, o al menos aquella angosta galería tomaba un considerable tamaño mayor, hasta que al fondo divisaron lo que parecía ser el hueco de una puerta que dejaba entrar abundante luz del exterior. Continuaron hasta allí y salieron a un pequeño patio interior rodeado de muros de piedra. Miraron hacia arriba y allí estaba ella, suspendida en el aire con su rostro oculto entre una larga cabellera que parecía estar flotando. Ambos se miraron y sonrieron. Él miró el reloj y asintió. Ella dejó una mochila en el agreste terreno y empuñó una de las escopetas que allí aguardaban. Era el momento del tercer sacrificio.

Capítulo 30

—¿Dónde narices te has metido, Gemma? —protestó en voz alta e subinspector después de escuchar de nuevo el buzón de voz a través del mano libres del coche.
—Hola, ¿en qué puedo ayudarle? —contestó una mujer de manera cas robótica.
—Buenas, soy el subinspector Román de la Policía Nacional de Ciutadella Quisiera hablar por favor con Gemma, una de las trabajadoras de l inmobiliaria. No logro contactar con ella a través de su teléfono móvil.
—Pues no se encuentra en la oficina y tampoco la localizamos nosotros — contestó con preocupación—. Esta mañana tenía agendadas varias visitas co clientes, pero nos han avisado de que no se ha presentado. ¿Le ha pasado algo subinspector?
—¿Cómo dice? ¿Desde cuándo no han podido contactar con ella? ¿A qué hor tenía la primera cita? —empezó a disparar múltiples preguntas como siempr que estaba ante un momento clave de la investigación.
—Pues... a las nueve de la mañana tenía que estar en Son Xoriguer, pero lo clientes me llamaron poco después diciendo que no había aparecido. Pens que le habría surgido algo o que simplemente lo había olvidado y la excus con una urgencia médica.
—Está bien, este es mi teléfono. Llámeme en cuanto sepa algo de ella, pero e muy importante que no le diga nada. ¿Queda claro? —ordenó con ton imperativo.
—Sí, sí... por supuesto —aprobó con nerviosismo.
El subinspector finalizó la llamada desde un botón del volante y acelero bruscamente aprovechando el segundo carril que se abría en la carretera a inicio de la pendiente y que le permitía adelantar con mayor facilidad Descolgó el micro del soporte y tiró de él hasta llevarlo junto a su boca.
—Chicos, ¿me recibís? —esperó hasta escuchar todas las respuesta afirmativas de sus compañeros— Vengo de estar con Ulises y ha reconocid nuestro vehículo sospechoso. Asegura que Gemma, la que era amiga de Ev Moll, se montó hace unos días en actitud sospechosa. He intentado localizarla pero está desaparecida desde primera hora de la mañana. Puede esta implicada en los asesinatos. Repito, Gemma puede estar implicada en esto

asesinatos. Proceded a detenerla en cuanto la localicéis —ordenó vocalizando cada una de sus palabras de manera exagerada para que recibieran las instrucciones alto y claro—. Vamos, señores... ¡que ya son las doce y es muy probable que estos cabrones actúen ya!

Volvió a colgar el micro en el soporte de plástico del salpicadero y continuó esquivando vehículos serpenteando a lo largo de la carretera principal en dirección a Ciutadella. Escaneó visualmente uno por uno cada coche negro con el que se cruzó, implorando que esta vez la fortuna se pusiera de su lado y le sirviera allí mismo la presa que anhelaba cazar. No fue así. Parecía que se lo había tragado la tierra, pero no. Estaba descansando bajo la sombra de un denso manto verde de arbustos y árboles medianos, con el motor ya frío y a no demasiada distancia de allí. Miró el reloj, las doce y cuarto.

Ya ni sentía el dolor de la pólvora que desde hacía unos instantes golpeaba indiscriminadamente todo su cuerpo con frecuencia casi rítmica y atravesaba los poros de su piel hasta sentir cómo le abrasaba por dentro. El estruendo de las armas rebotaba por las cuatro paredes hasta estallar directamente en su cabeza, que movía desesperadamente de lado a lado tratando de escapar de aquella barbarie. No podía ver nada, el humo la envolvía en una densa nube con un intenso olor a pólvora mezclado con un desagradable hedor a animal quemado. Sintió mucho calor, un calor insoportable que la hizo convulsionar agresivamente.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿De verdad que este será mi final? —deliró con la mirada perdida mientras su cuerpo se iba desconectando paulatinamente.

Soñó con su infancia. Todos los recuerdos bonitos pasaron por delante, como si quisieran mostrarse por última vez antes de reducirse a cenizas. Vio a su primer amor, ese amor de instituto que enseña a ritmo frenético todas y cada una de sus vertientes y que queda tatuado para siempre. Este último amor tuvo mucho de ese amor adolescente. Fue el amor de su vida y eso jamás cambiaría, ni siquiera las voraces llamas que la envolvían lograrían destruirlo. Seguramente sería lo único que permanecería para siempre.

De repente la cuerda se partió y se precipitó envuelta en llamas hasta golpear violentamente contra el suelo. No le dolió. Ya no sentía nada. Únicamente una profunda soledad que la acompañaba desde que este amor se fue, pero que

ahora la invadía con enorme intensidad. Su cuerpo se consumió lentamente por las voraces llamas y su alma voló junto a las incandescentes pavesas que volaron alto, ahora sí, huyendo por fin del terrible lugar.

Capítulo 31

La temperatura aumentó ostensiblemente en aquel pequeño cubículo rodeado de paredes de piedra, pero no parecía molestarles ni lo más mínimo. Ella desplegó una bolsa de plástico que guardaba en la mochila y comenzó a recoger cuidadosamente cada uno de los cartuchos que habían ido saltando tras los disparos y que se repartían aleatoriamente por todo el terreno. Él se aproximó a la víctima que ardía con fuerza desprendiendo una densa humareda negra que la envolvía y permaneció varios segundos observándola. Miró al cielo siguiendo las partículas encendidas que parecían flotar en el aire y cerró los ojos. Respiró profundo y esperó recibir ese placentero sentimiento que lo empujaba a perpetrar estos atroces asesinatos. Hoy lo sintió más que nunca, había sido especial. Es verdad que en los dos anteriores disfrutó de la adrenalina y el vértigo del propio delito, pero no fueron más que ensayos de despiadado plan que traían entre manos. Lo de ahora era diferente, por fin comenzaba la verdadera purificación tal y como marcaba la tradicional matanza de *bujots*.

—¿Te sientes mejor? —preguntó él.

—Mucho mejor. Siento tanta paz...

—Pues todavía queda lo mejor.

—Lo sé, estoy deseando que llegue el momento —aseguró ella después de colgarse la mochila a la espalda y tomar el camino de vuelta a través de la oscura galería.

Replicaron el recorrido por los sinuosos pasillos de la abandonada construcción militar hasta regresar de nuevo a la gran explanada bañada por el sol. Pasaron justo por al lado del lugar escogido para este sacrificio y sin dejar de caminar observaron la columna de humo negro que subía varios metros hasta disiparse entre el cielo azul. Tras apenas cinco minutos de paso ligero llegaron hasta el punto donde dejaron el coche. Abrieron el maletero y guardaron las armas y el resto de bolsas bajo la tapa del fondo del maletero donde debía estar la rueda de repuesto. Encima recolocaron varias cajas con herramientas y trastos inservibles dificultando el acceso al mismo.

Se montaron al vehículo y salieron con cautela por el estrecho sendero de tierra. Tomaron la misma carretera dejando a un lado el Club de Hípica y continuaron hacia el sur, pero esta vez no fueron hacia el Polígono de

Ciutadella. El coche negro giró a la izquierda y tomó el Camí Caragol para posteriormente bajar por Son Rebaxol. Ya era su tercer crimen y esta vez escogieron el camino más corto atravesando por caminos rurales. Así también evitarían cualquier fortuita incidencia que aconteciera en alguna de las principales vías y que pudiera derivar en un registro que pusiera en peligro el plan. Redujo la velocidad hasta detenerse completamente delante de una señal de *stop*. Delante y a escasos metros se mostraba el camino de tierra que debían seguir, con la entrada marcada por dos columnas blancas con una esfera en la parte más alta. Solo había un pequeño problema que los separaba: la carretera principal de la Isla cruzaba justo por el medio y les impedía atravesarla sin cometer varias infracciones en apenas diez metros. Ambos se miraron y ella asintió dando el visto bueno. Él sujetó el volante con fuerza y, cuando vio los vehículos de ambos sentidos lo suficientemente alejados, pisó el acelerador hasta el fondo y el coche salió disparado hasta colarse fugazmente entre las impolutas columnas.

—Jefe, hemos recibido un aviso de un ciclista que ha visto una columna de humo negro cerca del Club de Hípica —informó el agente desde su coche patrulla.

—¿Sí? ¿Dónde? Estoy cerca, ¡voy para allá! A todas las unidades, establezcan un perímetro de cinco kilómetros con centro en el Club de Hípica de Ciutadella. Parad a todos los que salgan de ese perímetro y registrarlos de arriba a abajo —ordenó rápidamente haciendo un gran esfuerzo por no empañar sus palabras con la agitada respiración nerviosa—. Es muy probable que lleven escopetas de caza, cartuchos vacíos, cuerdas, bidones de gasolina.. Vamos, chicos, quiero a esos cabrones en nuestra Comisaría y de hoy no puede pasar, ¿entendido?

Todos replicaron la respuesta afirmativa por radio para inmediatamente organizarse en la operación «Jaula» que la noche anterior habían planteado en el caso de que el escenario fuera justamente el que les acontecía. Cerraron todos los accesos a cualquiera de las carreteras que estuvieran dentro de círculo que se dibujaba con centro en el Club de Hípica, blindaron cualquier entrada a Ciutadella de norte a sur y registraron minuciosamente todos y cada uno de los vehículos que debían atravesar los múltiples controles policiales. Mientras tanto el subinspector y dos patrullas más aparcaban sus vehículos en

el propio Camí d' Algaiarens, muy próximo a la todavía visible columna de humo.

—Vamos, rápido. Si han sido ellos me temo que ya no estarán, pero estad alertas —indicó desde la improvisada reunión que organizó en medio de triángulo que dibujaban los tres coches patrulla.

Salvaron de un salto el pequeño muro de piedra y se adentraron por entre lo arbustos y maleza en dirección al ligero humo que volaba hasta diluirse entre las nubes. Caminaron por un casi imperceptible camino de tierra con cautela empuñando sus armas siguiendo las órdenes que el subinspector iba dibujando en el aire con diferentes movimientos de su mano.

—Viene de allí, jefe —susurró uno de los agentes que se esforzaba por separa unas ramas secas que prácticamente escondían la silueta del sendero.

—¿Qué es esto? ¿Alguien sabe qué hay ahí? —preguntó el subinspecto extrañado al contemplar por primera vez aquella construcción abandonada que se ocultaba tras la densa vegetación.

—Es una antigua base militar. Alguna vez hemos tenido que venir por pelea entre yonquis... y hace un par de años se decidió precintar, aunque se siguen colando.

—Pues me temo que lo de hoy va a ser mucho peor —sentenció acelerando e paso hacia la cavidad desde donde ya podían ver una nube más densa que emergía desde su interior.

En el fondo de aquel agujero sus restos seguían consumiéndose, desintegrando cada parte de su cuerpo con la facilidad con la que un papel quemado se desvanece bajo las llamas. Todo lo que había construido, sus sueños, su miedos, sus recuerdos, hasta incluso su atlético cuerpo y sano como consecuencia de una vida saludable. Todo eso ya no existía, formaba parte de pasado. Únicamente quedaban restos irreconocibles y cenizas que todavía humeaban con intensidad y volaban en espiral desde el fondo del hoyo en dirección hacia el intenso cielo azul. Fue lo último que pudo ver, aque pedacito de cielo bajo el que tantos años había vivido y que ahora se ocultaba parcialmente por la silueta de los cinco agentes que se asomaban con cautela desde lo alto. Era demasiado tarde, otra vez.

En ese preciso instante y a menos de diez kilómetros, el coche negro ya descansaba con el motor todavía caliente bajo la cubierta del porche que le proporcionaba una generosa sombra que casi lo cubría por completo. Su ocupantes celebraban brindando sus botellines de cerveza en el interior de la

vivienda. El trabajo estaba hecho y ya solo faltaba un mes para el gran día. E día que tanto esperaban y que lo cambiaría todo. Y así fue.

Capítulo 32

El bullicio en el patio de los módulos tres y cuatro era propio de cualquie despejada tarde en la que el sol incidía de lleno en el recinto sur y los recluso aprovechaban para absorber los rayos que enrojecían su pálida piel. Existía u código interno no escrito en el que cada uno tenía asignado su lugar escogid entre alguno de los rígidos bancos de madera, la escalinata de acceso a l enfermería o directamente sobre el descuidado césped de lo que algún día fu el intento de un pequeño huerto que nadie quiso trabajar con regularidad Vedella dejó caer todo su voluminoso cuerpo sobre uno de los bancos corrido que parecía brotar directamente de la fachada del edificio, usándola com respaldo. Estiraba sus brazos dejando las palmas de sus enormes y agrietada manos totalmente abiertas como si quisiera abrazar los rayos del sol qu recibía generosamente. Su considerable barriga acostumbraba a asomar po debajo de la camiseta cada vez que levantaba los brazos, a pesar del tallaj extragrande de todas sus prendas. Las gotas de sudor no tardaban en resbala por su frente, pero a él no parecía molestarle y se limitaba a dejarlas caer hast la punta de su nariz; donde daba un sonoro soplido que las hacía salta disparadas a su alrededor. Quizás era por eso que nadie osaba a sentarse junt a él sin guardar cierta distancia de seguridad. Tampoco Nicolás Rodes, qu solía acompañarlo dejando siempre un par de metros de separación; pero ho no estaba allí. Esa tarde su lugar en el rígido asiento frente al sol estaba vacío.

—Gerard... ¿dónde está tu compañero? —preguntó un guardia que se plant justo delante, proyectando una sombra sobre él que apenas cubría un tercio d su cuerpo.

—¿Nicolás? Ni idea, no lo he visto desde esta mañana temprano —contest vagamente protegiendo sus todavía dilatas pupilas con sus manos—. Estar como siempre perdiendo el tiempo levantando esas barras de hierro oxidadas.

—No, no está en el gimnasio. Ya lo hemos comprobado.

—Pues no puede andar muy lejos... —sugirió volviendo a cerrar los ojo apuntando su rostro en dirección al sol y dando por zanjada la conversación.

El guardia se tomó unos segundos para de nuevo identificar desde su posició uno a uno a todos los internos que permanecían en silencio al sol, únicament interrumpido por aislados ronquidos de aquellos que incluso se habían quedado dormidos. Tampoco estaba allí. Regresó hacia una de las garitas d

seguridad del edificio principal que conectaba ambos módulos donde siempre se sentaba un funcionario frente a varios monitores que proyectaban las imágenes de todas las cámaras de seguridad.

—Oye, no encuentro a Nicolás... ¿Lo has visto?

—¿Quién? ¿El poli de Menorca? —preguntó sin soltar un bocadillo que mordía con fuerza, dejando su uniforme repleto de migas.

—Sí. No lo encuentro por ninguna parte y nadie lo ha visto desde que hicimos la ronda esta mañana —aseguró aproximándose a cada una de las pantallas que a su vez se dividían en cuatro partes iguales.

—No lo sé, no me he fijado en él. Igual está en la enfermería que no tenemos cámaras.

—Negativo, ya he ido a comprobarlo —sentenció con ya cierto nerviosismo— ¿Damos parte al director?

—No me jodas, tío. No quiero tener que comerme otra chapa como la del otro día. Que si somos unos incompetentes, unos vagos... Seguro que está lloriqueando por alguna parte. Vamos, te echo un cable para buscarlo —indicó levantándose de la silla donde también reposaban restos de su merienda.

Ambos salieron de la sala de vigilancia y accedieron de nuevo a las dependencias comunes de los módulos tres y cuatro. Pasaron por el comedor, la biblioteca, el gimnasio, por las diferentes consultas de enfermería, por la de psicología... Ni rastro de Nicolás Rodes.

—Tenemos que informar al jefe e iniciar el protocolo de fuga —sentenció con rotundidad.

—Vamos a su celda, quizás esté allí descansando.

—He ido ya dos veces y allí no hay nadie. Su compañero dice que no lo ha visto desde que salieron esta mañana. Me temo que esto es algo grave...

—Un último vistazo y si no le avisamos, ¿de acuerdo?

—Dale, vamos... —aprobó sin ninguna convicción.

Recorrieron con urgencia los diferentes pasillos que conducían hasta la zona de celdas. Todas ellas permanecían con las puertas abiertas como era habitual durante el día. La mayoría estaban vacías, salvo la de algún recluso que había escogido dormir una siesta o simplemente encontrar algo de intimidad. El silencio a estas horas era casi sepulcral, a diferencia del bullicio propio de cada apertura de puertas a primera hora de la mañana. Bajaron por una escalera metálica que vibraba tras cada escalón que pisaban, emitiendo un sonoro ruido hueco que retumbaba entre aquellas paredes. Llegaron hasta el

nivel inferior donde se hallaba su celda en el lado oeste. Pasaron por al lado de cada uno de los habitáculos hasta llegar finalmente a la 511. La luz sola llegaba hasta prácticamente mitad del pasillo, proyectando la silueta de lo barrotes de la ventana sobre el suelo. Ambos guardias se plantaron en la puert y no tardaron en deslumbrarse con los potentes rayos que incidían de lleno a través del cristal. Dieron unos pequeños pasos para esquivar la cegadora lu hasta encontrarse totalmente en su interior. Sus pupilas todavía trataban de recuperarse del impacto cuando comenzaron a escuchar una tímida sonrisa que poco a poco fue creciendo hasta convertirse en una airada carcajada.

Ahí estaba, sentado sobre su camastro en la parte superior de la litera con la piernas entrelazadas y las manos descansando encima de sus rodillas. Su mirada permanecía focalizada en aquella soleada ventana que se reflejaba como un espejo en sus maquiavélicos ojos. No dijo nada, simplemente prosiguió con su perversa risa que incluso hacía brotar lágrimas que ni siquiera se molestaba en retirar. Los guardias permanecieron atónitos observándolo sin apenas moverse hasta que de repente los miró.

—¿Qué pasa, chicos? —pronunció sin dejar de sonreír— Cualquiera diría que habéis visto a un fantasma.

—¡Nicolás! ¿Dónde te habías metido? —preguntó un todavía más nervioso funcionario.

—Salí a dar un paseo... ¡Hace un día estupendo! ¿Verdad, chicos?

—No me vengas con gilipolleces. Te estoy ordenando que me digas dónde ha estado —levantó considerablemente su voz dejando palpable su enorme irritación.

—No te enfades conmigo, agente... —suplicó de manera irónica por su burlesco tono de voz— Ya te lo he dicho, salí a hacer unos recados. Pero ya está todo el trabajo hecho —volvió a mirar a través de la ventana sonriendo de nuevo—. Bueno, todo no...

—Hoy me parece que alguien quiere dormir en el agujero —amenazó con arrastrarlo hasta la celda de aislamiento.

—Pronto habrá terminado...

—¿De qué narices estás hablando?

—Chicos... ¿conocéis «El juego del fuego»? —preguntó abriendo los ojos exageradamente buscando en ellos la misma admiración que reflejaba su rostro— Justo dentro de un mes será el gran día —aseguró con sonrisa malévola— Una vez más y por fin todo habrá terminado.

Capítulo 33

La Científica tomó rápidamente la abandonada localización del escenario de crimen y la abarrotó de diversos artilugios en torno a una improvisada tienda de campaña blanca a modo de centro de operaciones, a escasos metros del ya apenas humeante agujero de piedra. Desgraciadamente era la tercera vez que se repetía exactamente el mismo *modus operandi* en aquellos tres meses con los restos mortales de una víctima que había sido quemada viva. El subinspector caminaba entre las oscuras galerías de la desértica construcción militar aguardando impaciente a que alguno de los compañeros, ataviados con sus uniformes blancos que tapaban todo su cuerpo desde la cabeza hasta los pies, le revelaran algún sustancial dato acerca de quién era la víctima o si sus asesinos habían dejado esta vez alguna pista a la que aferrarse. Se acercó a una abertura rectangular en el muro de piedra, lo que en su momento debió ser un portillo, y desde ahí observó con detalle el lugar exacto donde se había llevado a cabo esta tercera matanza. Hizo de nuevo un esfuerzo por imaginar cómo sucedió todo. Cerró los ojos y pudo ver a los asesinos disparando justo a un par de metros desde donde se encontraba ahora mismo. Miró hacia arriba y visualizó perfectamente a la víctima retorciéndose por el dolor de cada uno de los impactos con los que muy probablemente las escopetas golpearon sin ninguna compasión por todo su cuerpo hasta quemarla por completo. Agitó su cabeza lateralmente tratando de huir angustiado de tan explícitas imágenes que su mente era capaz de construir tan fidedignamente.

Dio unos pasos por aquella galería adyacente al lugar del crimen tratando de esquematizar mentalmente los próximos pasos a seguir y repasando aquellos anteriores que desgraciadamente no habían servido para nada visto la situación en la que se encontraban. Deslizó sus dedos por el conglomerado de piedras acariciando los restos de polvo y tierra húmeda que se acumulaban entre las grietas de la irregular pared. De repente notó un cuerpo extraño, una especie de papel grueso que se dobló a su paso y rebotó hasta caer al suelo. Encendió su linterna y rápidamente lo localizó sobre el empolvado terreno. Era una especie de cartulina blanca cuadrada, de pequeño tamaño y que reflejaba con generosidad el haz brillante de la linterna. Se agachó con curiosidad y sin pensar que pudiera tener ninguna relación con el caso lo cogió directamente sin cautela. Lo alumbró a pocos centímetros y sintió con los dedos la suavidad

del papel satinado prácticamente intacto que contrastaba drásticamente con e descuidado estado de todo aquello que lo envolvía a su alrededor. Lo volte sobre su mano y sin esperarlo dejó al descubierto algo tan impactante que l hizo caer hacia detrás, saltando por los aires aquel objeto hasta aterrizar sobr el suelo; ahora con la otra cara visible al descubierto. Se arrastró gateand hasta quedarse inmóvil a escasos veinte centímetros y ahora, sin tocarlo po miedo a contaminar una evidencia que podría resultar vital en la investigación se limitó a observar detenidamente aquella escena que se revelaba ante s nerviosa mirada. Sus ojos recorrían cada uno de los fragmentos qu componían aquella imagen de apenas diez centímetros por lado mientras l envolvía un silencio que tan solo lo rompía su agitada respiración. Era un fotografía de una Polaroid que jamás hubiera imaginado encontrar y qu rompía con todos sus esquemas sobre toda la investigación. En ella aparecí una mujer con prácticamente todo el rostro cubierto por una larga cabeller que se suspendía en el aire por una cuerda que atravesaba la cavidad de piedr de lado a lado. Era justo la misma perspectiva del lugar que hacía uno minutos había podido inspeccionar y donde se había llevado a cabo este terce asesinato. Resultaba evidente que sus verdugos la habían hecho justo antes d matarla. ¿Pero por qué tomarse esta vez la molestia de retratar la escena dejarla a escasos metros de la escena del crimen? Rápidamente entendió qu aquello formaba parte del juego y que necesitaban hacerlos partícipes de ello En mitad de la penumbra palpó por varios de sus bolsillos hasta que extrajo d uno de ellos un estuche metálico tubular donde aguardaban unas diminuta gafas doradas perfectamente plegadas que, sin levantar la mirada de aquell espeluznante instantánea, se colocó para compensar su presbicia. Aproximó l linterna hasta escasos veinte centímetros de la silueta de la mujer y se qued perplejo con una imagen, ahora perfectamente nítida, que ya quedaría par siempre grabada en sus retinas.

«Justicia por Eva, pero todavía más por los que la queríamos»

Leyó una y otra vez la frase que rezaba en una gran cartulina blanca que s sujetaba a su torso ocultándolo casi en su totalidad. Observó con detalle s rostro parcialmente tapado por su cabello a la vez que repetía una y otra ve aquel enunciado.

De repente, sonó su teléfono con una desmesurada estridencia acentuada po el deshabitado habitáculo rodeado de paredes de piedra.
—Subinspector Román, dígame —contestó sin apartar la vista de la fotografía
—Subinspector... soy Neus, de la inmobiliaria —pronunció con cierto titubeo.
—Ah, hola. ¿Ya habéis podido localizar a Gem...? —interrumpi abruptamente su pregunta al ser inmediatamente capaz de contestarla por é mismo.
—No, señor, pero hemos entrado en el garaje y hemos visto su coche. Lo peo de todo es que también vimos algunos documentos suyos debajo del vehícul —detalló con gran nerviosismo—. ¿Cree que han podido hacerle algo?
Sin ninguna duda que sí. La habían agredido en el garaje, la secuestraron y posteriormente la colgaron en el agujero que tenía a unos pocos metros de su posición. Allí le dispararon indiscriminadamente con unas escopetas de fogue hasta que su indefenso cuerpo ardió con gran virulencia hasta reducirs completamente a cenizas y restos difícilmente reconocibles. Ese era, sin entra en demasiados detalles, la sucesión de hechos que debieron acontecer en l fatídica jornada del 20 de marzo y que por supuesto únicamente dibujó en u esquema mental que no pronunció. Simplemente le pidió que nadie se acercar a su vehículo y le aseguró que sus compañeros acudirían con celeridad a la inmediaciones del aparcamiento. Colgó el teléfono y observó de nuevo e rostro oculto de aquella chica. Ladeó la cabeza hasta coincidir con l inclinación de la de la víctima y visualizó sin duda la cara de Gemm escondida detrás de su cabello.
—Gemma... ¿por qué a ti? —pensó en voz alta.
El subinspector lo sabía. No era una víctima más al azar como las do anteriores. Pertenecía al estrecho círculo de Eva. Al igual que Ulises, e destinatario de las misteriosas cartas. No había duda que toda esta barbarie, a la que llamaban «El juego del fuego», estaba directamente relacionada con e asesinato de Eva Moll hacía algo menos de un año. Solo había una cosa qu todavía le aterraba más: justo dentro de un mes era el verdadero día de l matanza de *bujots,* en el Domingo de Pascua. ¿Quién sería la víctima escogid para el gran día? ¿Estaba Nicolás Rodes implicado en todos estos asesinatos o el coche negro era simplemente una desafortunada coincidencia? Necesitab respuestas. Era el momento de regresar a Palma.

Capítulo 34

—¿Ulises? —preguntó tras percibir que descolgaba el teléfono después d varios tonos que sonaron con fuerza en el manos libres del coche.
—Buenos días, subinspector.
—Perdona si te he despertado... Esta madrugada salí tan temprano que tenía l sensación de que ya era más tarde.
—No, tranquilo... estaba despierto en la cama esperando a que sonara e despertador —contestó manteniendo un suave tono de voz para evita despertar a Valeria que seguramente todavía dormía en la habitación contigu —. ¿Dónde estás?
—Pues ya estoy en Mallorca, de camino a visitar de nuevo a nuestro amigo...
—¿Otra vez? No sabía nada. ¿Alguna novedad? ¿Qué pasó ayer? Te llamé u par de veces, pero no conseguí localizarte. Volvió a pasar, ¿verdad? — comenzó a inundar la conversación de las innumerables preguntas qu guardaba y que empezaba a dejar fluir demostrando que ya estab completamente despierto.
—Lo sé, por eso te he llamado. Tenía pendiente hacerlo... Ayer me fu imposible con la que teníamos montada —hizo una pausa en la que un parecía estar eligiendo las palabras adecuadas y el otro afinando el oído par no perder detalle de cada una de ellas—. Sí, Ulises, ha vuelto a suceder... esta vez debo decirte que conocías a la víctima.
—¿Cómo? ¿Quién? —cambió drásticamente su tono de voz, ahora ya si temor a despertar a la niña.
—Ayer mataron a Gemma —retumbaron sus palabras sobre el silenci posterior que inmediatamente generaron.
—¿A Gemma? ¿Estás seguro? —replicó con incredulidad.
—En unos días espero que tengamos los resultados del análisis de ADN, si e que hay algo que se pueda recuperar... Pero bueno, es ella. Los asesino dejaron una fotografía del instante antes de su muerte. La atacaron en s aparcamiento y la llevaron hasta la vieja base militar.
—Dios mío... si hace nada estuve con ella —lamentaba la pérdida que, aunqu nunca tuvieron demasiada relación, sí compartían el dolor y amor por Eva qu los mantenía unidos de una manera casi mística.

—Lo sé, esto se nos está yendo de las manos. Por eso estoy aquí... Nos queda apenas un mes para algo que todavía puede ser mucho peor y no estoy dispuesto a permitir que eso suceda. Este cabrón sabe algo y tengo que hacerlo cantar.
—Después de Gemma... ¿crees que el siguiente puedo ser yo? —preguntó directamente por aquello que comenzó a rondar directamente por su cabeza tras conocer a la tercera víctima.
—Es probable. No te lo voy a negar, pero no dejaremos que te pase nada. Eso días te pondremos escolta día y noche.
—Tenéis que terminar ya con esta pesadilla... —suplicó con voz entrecortada.
—Ulises, acabaremos con ellos —aseguró con rotundidad—. Tengo que dejarte, estoy llegando y quiero avisar al Centro.
—Gracias por todo y suerte, subinspector —colgó desde el botón del volante y buscó entre las últimas llamadas la del Centro Penitenciario para anunciar su inminente llegada.
El intenso tráfico en la periferia de la capital mallorquina demoró varios minutos la hora prevista de llegada. En torno a las ocho de la mañana llegó a las instalaciones de la Prisión y aparcó en una de las muchas plazas libres de la entrada. Comprobaron su documentación en la primera garita de seguridad y accedió acompañado hasta una reducida sala de espera en la que ya conversaban un par de hombres que debían ser abogados por la cantidad de documentos que portaban y el particular léxico que empleaban entre sí. Tomó asiento en una de las sillas de la hilera anclada a una pared amarillenta y dejó caer la cabeza sobre las palmas de sus manos. Cerró los ojos y se comenzó a masajear las sienes con profundos movimientos circulares tratando de extirpar ese punzante dolor de cabeza que ya acostumbraba a viajar con él a todas partes. Acumulaba tantos días sin apenas dormir que ya había perdido la cuenta. Pensó en su deseado velero y se imaginó disfrutando de un maravilloso día en cualquier lugar tranquilo de la costa menorquina. Era su recurrente lugar de escape, un pensamiento positivo que le permitía evadirse en las situaciones más estresantes que intoxicaban su cerebro con demasiada asiduidad. De repente, una voz le despertó.
—¿Subinspector? —preguntó al dudar si se había quedado dormido.
—Sí, dígame —respondió al instante tras levantarse del incómodo asiento de un salto.
—Todo listo. Acompáñeme, por favor.

El subinspector siguió los pasos de aquel hombre ataviado con un desgastad uniforme que parecía no ser de su talla, a juzgar por las numerosas arrugas qu se amontonaban en cada uno de los camales del pantalón grisáceo Recorrieron un largo pasillo dibujado entre paredes de baldosas amarillenta con un techo, a no demasiada altura, en el que se repartían tubos de luz fluorescentes que emitían un desagradable ruido intermitente. Pasaron por l puerta de distintas habitaciones y se paró justo delante de aquella qu reconoció haber visitado hacía apenas unos días. El funcionario pasó de larg y el subinspector rápidamente reanudó la marcha para no perder su estela entr los laberínticos pasillos.

—Ya casi estamos —anunció girando su cabeza a la vez que daba un toque e el puente de sus gafas para recolocarlas en lo alto de su nariz aguileña.

—Vale... pensaba que utilizaríamos de nuevo alguna de las salas de visit próximas a la entrada —respondió extrañado por adentrarse en una zona en l que no había ni rastro del bullicio de abogados y familiares propio del módul contiguo a la entrada principal.

—No podemos. Hoy no —contestó tajante sin dejar de caminar—. Ayer pas algo con este recluso y se encuentra en aislamiento.

—¿Cómo dices? ¿Ayer? —preguntó dejando caer una mano sobre su hombro obligando al guarda a detenerse y girarse hacia él.

—Sí, ayer ocurrió algo extraño con este preso. Desapareció durante todo e día. Se esfumó, como si fuera un fantasma.

—¿Me estás diciendo que salió de aquí dentro? ¡Pero eso es imposible ¿Verdad? —mostró su nerviosismo abriendo los ojos exageradamente.

—Eso pensamos, pero él mismo nos dijo que había salido a hacer «uno recados» —enfatizó sus palabras entrecomillando también con un gesto de su dedos.

—Estoy aquí porque ayer volvió a cometerse un asesinato en Menorca porque pienso que este cabrón puede tener algo que ver, pero no me joda diciéndome ahora que tenéis un preso que puede entrar y salir libremente d vuestra Prisión cuando le da la gana —cambió drásticamente su tono de voz dejando salir uno mucho más autoritario que incluso lo intimidó.

—Estamos investigándolo... No llegamos a activar el protocolo de fuga porque finalmente apareció en su celda a última hora de la tarde, pero pued asegurarle que allí no estuvo en todo el día. Bueno... ni allí ni en ninguna part del módulo —apartó la mano del subinspector que todavía seguía en s

hombro y abrió una puerta con una de las múltiples llaves que colgaban de su cinturón—. Al final de este pasillo verá una puerta a mano derecha. Dentro hay una pequeña sala con una mesa y dos sillas. Él está allí. Está esposado pero le pido que mantenga una distancia de seguridad. Yo esperaré aquí, grite si necesita ayuda.

El subinspector asintió y observó durante unos segundos el angosto pasillo en el que reinaba un silencio absoluto, tan inquietante como tenebroso. Comenzó a dar suaves pasos entre aquel cubículo en el que podía escuchar perfectamente su profunda respiración con la que trataba de contener un pulso que parecía estar deseando acelerarse a la par que sus nervios. Llegó hasta la puerta, giró varias vueltas la llave que encontró puesta en la cerradura y abrió. Empujó decididamente la pesada puerta metálica y al instante lo vio. Allí estaba, sentado justo frente a él, con los brazos sobre la mesa y las manos entrelazadas. Tenía las muñecas atrapadas por unas esposas que a su vez se anclaban a una corta cadena que nacía de un orificio en la mesa. En sus tobillos portaba además unos grilletes que le obligaban a permanecer sentado en la misma posición. Levantó la cabeza al percibir una presencia, le miró y sonrió sin articular palabra.

—¿Te alegras de verme? —acertó a pronunciar.

—Siempre es bonito reencontrarte con viejos amigos, ¿verdad? —replicó Nicolás.

—¿Qué has hecho para que te encierren aquí? —tomó asiento frente a él.

—¿Te gusta? —preguntó con un interés exagerado aproximándose todo lo que los grilletes le permitían— Aquí dentro lo llaman el agujero, pero a mí no me parece que esté tan mal —trató de acomodarse hacia atrás dando a entender que estaba de lo más confortable cuando realmente lo que mayoritariamente desprendía era su falta total de cordura.

—Nicolás... ¿por qué te han metido aquí?

—Ah, dicen que ayer me escapé... —mostró de nuevo su perversa sonrisa.

—¿Y lo hiciste?

—Es posible —contestó con tono burlesco.

—¿Dónde fuiste? Si te apetece contármelo... —le devolvió una sonrisa tratando de ganar su confianza.

—Volví a casa —respondió sin titubeos y con un semblante ahora más serio.

—¿A Ciutadella? No creo que te diera tiempo...

—¿Tú crees? —volvió a sonreír— ¿Te cuento un secreto?

—Claro —contestó con voz afable.
—Acércate... no quiero que ellos se enteren —el subinspector no dudó en aproximarse, desobedeciendo las recomendaciones del guardia—. Aquí dentro hay un precio para todo y tengo buenos amigos que me ayudan cuando lo necesito —le susurró casi al oído.
—¿Ellos te dejaron salir? —preguntó con sorpresa y una falsa admiración que alimentara su confianza— ¿Y por qué después volver a entrar?
—Aquí estoy bien —replicó con un gesto de aprobación—. Además ya había terminado mis recados.
—¿Tus recados? ¿Qué tenías que hacer?
—Subinspector... ¿conoces «El juego del fuego»? —le miró fijamente a los ojos ansiando recibir una reacción que para nada le defraudó.
—¿Qué has dicho? —contestó con una extraña mezcla de temor y enfado.
—¡Claro que lo conoces! —comenzó a reír a carcajadas— Subinspector ¿estás preparado para el espectáculo final? ¡Te va a encantar! —continuó riendo de manera tan exagerada que sus carcajadas todavía se amplificaban más entre las paredes de aquella diminuta sala.
—¡Nicolás, Nicolás! ¡Cállate! ¡Te he dicho que pares! —gritó sin éxito hasta incluso llegar a sujetarlo con fuerza de la camisa de su uniforme presidiario.
—¿Qué está haciendo? —irrumpió el funcionario de prisiones en la habitación alertado por los gritos— ¡Suelte al recluso!
—Este cabrón está implicado en las muertes de Menorca —pronunció sin soltar a Nicolás que no paraba de reír como un loco.
—¡Suéltelo, por favor! —reiteró con la mano ya sobre su porra.
—¡Está bien! —accedió con gran enfado y lo dejó caer de nuevo sobre la silla— Pero todavía no he terminado.
—No, me temo que sí ha terminado. Abandone inmediatamente la sala y no me obligue a pedir refuerzos.
—No será necesario, pero mantengan a su preso vigilado y hagan por una puta vez bien su trabajo. Me ha dicho que alguien de vosotros le deja salir a cambio de dinero. Voy a poner en conocimiento de ello al alcaide y a pedir que inmediatamente se inicie una investigación al respecto.
—Subinspector... que era un secreto —pronunció Nicolás con un impostado gesto de pena.
—Vete al infierno —le contestó con tremenda rabia.

—Muy pronto alguien arderá en un fuego mucho mejor que el del infierno. Un fuego que por fin limpiará nuestra querida Ciutadella de todo el mal que no cubrió de oscuridad —replicó ahora con solemne seriedad dejando a subinspector perplejo y, por primera vez, sin capacidad de respuesta.

Capítulo 35

—¿Subinspector? —preguntó el agente.
—Dime, Beltrán —contestó a la llamada mientras observaba con admiración el puerto de Ciutadella desde unas vistas privilegiadas que le ofrecía la generosa ventana rectangular adyacente a su butaca.
—¿Dónde te pillo? ¿Sigues en Mallorca?
—No, no. Justo estamos entrando a puerto, aquí ya en Ciutadella. ¿Alguna novedad?
—Sí, tenemos algo... —hizo una pequeña pausa que al subinspector se le antojó eterna— Hay una persona que ha reconocido los sobres de las cartas de Ulises. Nos dice que está completamente seguro que solo pueden pertenecer a un lugar.
—¿Los sobres? ¿De dónde? —se levantó de un salto de su mullido asiento para comenzar a dar impacientes pasos de un lado a otro.
—Nos asegura que pertenecen al Casino 17 de Gener.
—¿Cuál?
—Eso mismo le dije yo y eso que estábamos justo allí. Es el Casino Nou... —comentó con una leve sonrisa.
—¿Al Casino Nou? —cuestionó con extrañeza— ¿Quién ha sido?
—Un hombre bastante mayor, actualmente el socio más antiguo de la entidad —replicó las palabras que en varias ocasiones le había destacado aquel anciano con orgullo.
—¿Está con vosotros? Estamos a punto de atracar, en menos de quince minutos estoy en la Comisaría —se dirigió rápidamente hacia la cubierta inferior donde tenía estacionado su coche.
—No, no. Hemos hablado con él allí mismo, en el Casino. Nos ha pillado tomando un café cuando debió ver una de las fotografías del caso que repasaba con el compañero.
—Tengo que reunirme urgentemente con él. Envíame sus datos a mi móvil.
—Ya estoy en ello... Hecho, ya lo tienes.
—Te cuelgo, voy a ponerme en contacto con él —zanjó tajante la conversación para iniciar de inmediato otra tan inesperada como esperanzadora.

El buque, tras varias maniobras de aproximación, finalmente atracó en e muelle reservado para las embarcaciones de grandes dimensiones en la zon exterior del puerto. La tripulación, por requerimiento de este, facilitó el rápid desembarque del subinspector montado en su vehículo que abandonó a gra velocidad el embarcadero para dirigirse directo a su recién concertada cita co aquel anciano.

Recorrió los apenas diez minutos que le separaban recordando aquella últimas palabras que Nicolás le dijo sobre el fuego y todos estos asesinatos No lograba dejar de pensar en su mirada junto con su perversa expresión qu prácticamente lo convertían en una persona totalmente distinta de aquella qu tan bien creyó conocer hasta hacía unos meses. ¿Cómo podía estar cometiend estos asesinatos si había estado encerrado entre rejas todo este tiempo? Tení claro que todo lo que hasta ahora parecía ser obvio debía dejar de serlo y resultaba necesario cuestionar todas y cada una de las premisas que y parecían derretirse como la tinta sobre un papel mojado. ¿Estaba Nicolá saliendo y entrando de prisión cada vez que se perpetuaban los asesinatos? ¿Cuántas personas estaban implicadas en toda esta espantosa y retorcid interpretación de la tradicional fiesta de los *bujots* a la que habían rebautizad como «El juego del fuego»? Mientras no dejaban de sobrevolar por su ment numerosas preguntas que se entrelazaban unas con otras llegó a su destino cas de manera subconsciente.

Aparcó su vehículo en la misma puerta y bajó con decisión y cierto nerviosismo ante una reunión que deseaba fuera de lo más provechosa. Era u edificio de dos alturas de fachada granate con líneas blancas que resaltaba cada uno de sus perfiles. En la planta baja se encontraba el bar con una puert central en la que presidían en la parte superior unas majestuosas letras: E Casino Nou. Inmediatamente debajo y viniladas sobre el cristal aparecía s nombre y el año de fundación: Casino 17 de gener, 1889. A ambos lados de l entrada principal se desplegaban unos toldos blanquecinos que resguardaba del ligero sol de media tarde a numerosas personas que disfrutaban de l agradable terraza con alguna consumición sobre la mesa de madera. Justo e la entrada, un hombre bastante encorvado lucía un traje gris oscuro y un corbata perfectamente anudada que le otorgaba una elegante presencia par nada desmerecida por la mella del tiempo sobre su erosionado físico Permanecía de pie, dejando caer todo su peso sobre un bastón de madera qu muy probablemente se había convertido en su fiel acompañante desde año

atrás. No dejó de mirar al subinspector desde que paró su coche frente a él seguramente también nervioso y emocionado por formar parte de aquella investigación de la que cualquier *ciutadellenc* ya lo hacía de manera extraoficial. El subinspector no tardó en percatarse y rápidamente supo que aquel hombre, que no andaría demasiado lejos de los noventa, era en quien depositaba ahora todas sus esperanzas para arrojar algo de luz a los discretos o más bien nulos, resultados de la investigación.

—¿Antonio? —pronunció el subinspector aproximándose cordialmente a él.

—Antonio Marquès Pons, para servirle —contestó tendiéndole la mano.

—¿Le importa si pasamos dentro para hablar en privado?

—Por supuesto, subinspector. Esto es como mi casa —aseguró con orgullo invitándole a pasar—. Mi mujer me dice que paso más horas aquí que en casa... ¡y qué razón tiene! —sonrió— Pase, pase.

—Preferiría hacerlo en un lugar más tranquilo, si es posible —indicó al ver que aquel anciano ya se disponía a tomar asiento en una de las mesas interiores de la cafetería.

—Claro, venga conmigo.

El subinspector siguió los pasos de aquel hombre que caminaba mucho más rápido de lo que podía esperar en un primer momento, probablemente empujado por la adrenalina de la situación. Comenzó a subir las escaleras con una destreza que dejaba de manifiesto las incontables ocasiones en las que sus pies habían pisoteado aquellos peldaños. Llegó hasta el final de la escalinata y continuó andando con decisión sin echar la vista atrás. Se plantó delante de una puerta y la abrió inmediatamente después de golpear con sus nudillos en un par de ocasiones.

—No hay nadie —anunció—. Aquí estaremos mucho mejor. Pase, pase... no se quede ahí parado.

—Gracias, Antonio —obedeció y entró en aquella sala repleta de fotografías antiguas que rápidamente llamaron su atención.

—Mire, aquí salimos mi señora y yo —descolgó uno de los retratos—. Es en la misma puerta de allí abajo, pero usted seguro que no llegó a conocer cuando las calles eran así. Ay claro que no... es usted demasiado joven. ¡O yo demasiado viejo! —comenzó a reír a carcajadas en lo que prácticamente se había convertido en un monólogo.

—No crea que soy tan joven, estas canas lo demuestran —apoyó una mano cómplice sobre el hombro del anciano—. Antonio, estoy aquí por algo que me

dijeron mis compañeros que reconoció.
—¿Los sobres? Por supuesto que son los mismos —adelantó mientras colgaba de nuevo en la pared su fotografía con esmero—. ¿Quiere verlos? —preguntó con mirada seria.
—Me encantaría, no estaba seguro si todavía conservarían alguno.
—Claro, los guardamos para ocasiones muy especiales. Ya ni se fabrican.. Ahora utilizamos unos parecidos, pero nada que ver con los que teníamos antes. El que vi en la fotografía era de los buenos, ¿sabe?
—¿Y cualquiera puede conseguir uno?
—¿De los buenos? —sonrió— Jamás. Mire, los tenemos aquí en el archivo guardados —extrajo una llave de su bolsillo con la que tras varios torpes intentos consiguió abrirlo—. ¿Le suena de algo, subinspector?
Ahí estaba. No tenía la menor duda de que era exactamente el mismo con el que los asesinos se habían tomado la molestia de anunciar a Ulises cada uno de los tres asesinatos. Sin articular palabra se acercó hacia el sobre que exhibía el anciano en su mano con notable gesto de orgullo y prácticamente se lo arrebató sin demasiada cordialidad. Lo observó con detenimiento volteándolo continuamente frente a sus curiosos ojos que se movían rápidamente de lado a lado, agitados por la adrenalina de haber localizado por fin su origen.
—Estos sobres tienen algo muy particular que los hace totalmente únicos. Verá... —volvió a reclamar lo que a todas bruces consideraba suyo— Si pasa el dedo por el interior de la solapa notará un relieve, ¿cierto? —le ofreció de vuelta el sobre abierto.
—Sí, recuerdo perfectamente que los nuestros tienen también algo así... —contestó con vaguedad.
—¿Algo así? —rió a carcajadas hasta que un golpe de tos la interrumpió bruscamente— Mire ese cuadro en la pared.
—¿Ese? —señaló uno que estaba más alto que el resto.
—Exacto. Es nuestro escudo, el emblema de nuestro Casino —explicó— Ahora no deje de mirarlo y vuelva a deslizar su dedo por debajo de la solapa.
El subinspector siguió sus instrucciones al pie de la letra. Comenzó a acariciar de nuevo el grueso papel por su interior mientras no apartaba su mirada de aquel estandarte que lucía en todo lo alto de la sala. Al instante sintió la primera parte de lo que anteriormente creyó ser una simple circunferencia pero que ahora parecía dibujarse con todo detalle. Percibió todos y cada uno de los entrenudos de la primera espiga de trigo que se contorneaba hasta

enlazarse con la segunda por la parte inferior. Sus ojos focalizaron en la fotografía el mismo fragmento del emblema que sus dedos habían descubierto y sin detenerse empezaron a recorrer minuciosamente la parte central. Ah estaba. El obelisco comenzó a levantarse como si se empezara a construir y jamás hubiera estado allí. Siempre lo estuvo. También en todas y cada una de las cartas que ahora aguardaban bajo una estricta vigilancia en el depósito de pruebas.

—¿Le parece ahora un detalle algo más interesante, subinspector? —le preguntó con ligera soberbia al detectar un atisbo de admiración— Hoy en día nadie quiere hacerte estos trabajos tan minuciosos. Mi buen amigo Sebas, que en paz descanse, hacía auténticas virguerías con su viejo sellador.

—Cierto... ¿cuántos de estos tienen? —se centró en lo que realmente le interesaba por encima de los relatos románticos de aquel anciano.

—Muy pocos, deben quedar unos veinte si llega... Y menos que quedarán si la gente anda por ahí utilizándolos en lo que no toca.

—¿Los guardan todos aquí?

—Así es. Bajo llave junto al resto de objetos valiosos que todavía conservamos de la época —comentó mientras devolvía con mimo el sobre a su envoltura de plástico y cerraba de nuevo el cajón archivador— Los jóvenes del Casino lo llaman el cajón de las cosas viejas, ¿sabe? ¡Cuánta ignorancia!

—Por lo que veo cualquier miembro puede tener acceso a este archivo ¿cierto? Simplemente utilizando esa llave.

—No —respondió tajante—. A este despacho solo entramos los miembros de la Junta. Aquí celebramos las reuniones de la directiva y después ya convocamos las asambleas con todos los socios bajo, en el salón de actos.

—¿Y sois muchos los de la Junta?

—Ahora somos siete. Mire, ahí estamos en la comida de Navidad del año pasado —sonrió señalando una de las fotografías de la repleta pared.

—¿Esta? —se aproximó y observó con detalle a cada uno de los individuos todos ellos de edad similar— ¿Puedo hacerle una foto?

—Claro, adelante. Sáquenos guapos —bromeó.

—¿Qué sabe usted del origen de los *bujots*?

—¿Los *bujots*? Llevan muchos más años en Ciutadella que nosotros, eso seguro. Nosotros todos los años colgamos el nuestro aquí bajo en la puerta aunque ahora ya no nos dejan disparar con las escopetas como se ha hecho siempre —protestó—. Deberían permitirlo, no veo qué problema hay. La

tradiciones hay que mantenerlas porque son lo que nos hace únicos y la matanza de los *bujots* es una fiesta que solo existe en nuestra ciudad. Hable con quien tenga que hablar y permítanos este año celebrarlo como toca —sugirió dando unos cómplices golpes suaves en su brazo.

—Me temo que eso no depende de nosotros... ¿Podría pedirle a sus compañeros que vengan a verme a Comisaría? —consultó sin dejar de ampliar en su móvil a cada uno de los integrantes de la recién capturada fotografía.

—Claro, no hay problema. En cuanto usted se marche haré las llamadas pertinentes. Imagino que ya mañana irán a verle.

—Muchas gracias, Antonio. No quiero robarle más tiempo.

—Ha sido un placer, subinspector. Espero que encuentre a esos asesinos a tiempo. Falta menos de un mes...

—¿Cómo dice?

—Escuché a sus compañeros decir que volverán a actuar coincidiendo con los *bujots.*

—Es simplemente una hipótesis —replicó con aspereza—. Haga por favor esas llamadas cuanto antes, ¿de acuerdo?

—Me pongo a ello de inmediato.

El subinspector aprobó sus palabras con un leve gesto afirmativo con su cabeza y caminó hacia la puerta del despacho para tomar el camino de vuelta hasta la calle. Bajó por las escaleras y atravesó la ahora más ambientada cafetería de clientes que se resguardaban del frío exterior tras caer definitivamente el sol. Salió por la puerta principal y llegó hasta su coche que seguía mal aparcado con dos ruedas invadiendo parcialmente la acera. Volvió a mirar la fachada principal y distinguió la única ventana iluminada del despacho que recientemente había visitado. Al instante una esmirriada silueta perfectamente reconocible se reveló ante él. Era Antonio, el viejo guardián de la historia que los antiguos fundadores del Casino parecían haber depositado en él cediéndole su testigo. Se mostraba serio, solemne, incluso altivo. El subinspector apartó la mirada y se subió al coche dejando caer con desgana todo su fatigado cuerpo sobre el asiento de piel sintética tras una eterna jornada agotadora. Arrancó el motor y aceleró hasta perderse por el final de la calle. Antonio dio media vuelta, miró durante varios segundos la festiva instantánea de los miembros de su Junta y sacó el teléfono para llamar a uno de ellos.

—Lo saben. Hay demasiado en juego y no estoy dispuesto a permitirlo.

Capítulo 36

—Papá, ¿todavía no has estrenado mi regalo? —preguntó con un marcado tono de protesta acompañado de una completa desaprobación corporal.
—Valeria... ¿cuándo querías que lo estrenara? Si el Día del Padre fue el miércoles y desde entonces no he tenido tiempo de nada —trató de consolarla acariciando su pelo—. Mira, ¿qué te parece si me cojo el domingo libre salimos los dos juntos en bici y me pongo tu camiseta? ¿Trato hecho? — ofreció su mano para firmar el insuperable e improvisado pacto.
—Mmm, déjame pensar... —comenzó a dar continuos toques con los dedos a sus labios que difícilmente lograban contener una sonrisa que deseaba irrumpir con fuerza— ¡Trato hecho!
Ambos sellaron el acuerdo con un protocolario apretón de manos que a instante derivó en un profundo abrazo y este a su vez en su habitual guerra de besos y cosquillas. Valeria subió corriendo a su cuarto para cambiar el pijama por su chándal preferido con capucha. Ulises cogió el móvil para avisar de que hoy no iría al restaurante; le había surgido un plan mucho mejor. Sin duda lo era.
Apenas quince minutos después de firmar el irrechazable pacto, salieron por la puerta montados en sus bicis ataviados con casco y gafas para protegerse del radiante sol que lucía en un perfecto día primaveral. Bajaron desde su calle, en la parte más alta de Cala Morell, y cruzaron la urbanización de oeste a este hasta detenerse en uno de sus lugares favoritos desde donde poder contemplar los imponentes acantilados: el Mirador des Penya-segat.
—A mamá le encantaba venir aquí. Siempre me decía que era lo más parecido a sentirse por un ratito sola en el mundo —sonrió recordando sus palabras.
—Papá, ¿crees que en el cielo estará bien?
—Seguro que sí... —le dio un abrazo sintiendo cómo se le humedecían los ojos y empañaban las lentes espejadas de sus gafas— ¿Sabes qué? Cada vez estoy más convencido de que no solo vive en el cielo.
—¿No? ¿Y dónde vive?
—Aquí —puso la mano en el pecho de la niña—. Cada día te pareces más a ella. Estaría tan orgullosa de ti, cariño.
—La echo mucho de menos, papá —comenzó a llorar desconsoladamente buscando refugio bajo sus brazos.

—Ya lo sé, Valeria. Tenemos que ser superfuertes por ella, no querría verno tristes. ¿Te parece si continuamos hasta la playa?
Muy cerca de allí tomaron el desvío de tierra y se adentraron entre la vegetación por el Camí de Cavalls. Pasaron por delante de un antiguo aljibe y continuaron por el pedregoso camino en dirección a Algaiarens. Valeria lideraba el escueto pelotón por un recorrido que conocía a la perfección mientras Ulises seguía su estela dando alguna que otra indicación en voz alta.
El viento soplaba ligeramente desde el norte y levantaba la tierra rojiza que ya teñía sus zapatillas e incluso parcialmente sus pantalones. Recorrieron los entonces desérticos caminos hasta llegar por fin a la parte alta de las escaleras de acceso a Algaiarens. Dejaron las bicicletas apoyadas sobre el pequeño muro formado por un conglomerado de piedras, sacaron los bidones y se apoyaron sobre la rústica barandilla construida con troncos desde donde se observaba la mejor panorámica de toda la playa.
—¿Estás cansada?
—Un poquito... —confesó tras dar un largo trago de agua.
—Todavía nos queda la vuelta. ¿Has guardado fuerzas o tenemos que avisar para que vengan a rescatarte?
—¡No, papá! —sonrió— Descansamos un ratito y volvemos.
Eso fue lo que hicieron. Bebieron de los bidones hasta casi agotarlos, hablaron indistintamente de recuerdos y de planes futuros, rieron y en definitiva disfrutaron de una preciosa mañana de domingo en compañía. No era un domingo cualquiera. Ninguno de ellos jamás hubiera imaginado que este sería su último domingo juntos.

Capítulo 37

—¿Tienes lo que te pedí del viejo del Casino? —preguntó el subinspector a uno de sus subordinados.
—No hay gran cosa... —contestó vagamente sin apartar la mirada del monito mientras con el dedo índice iba dando regulares toques sobre el ratón— No consta ni siquiera una multa de tráfico a su nombre. Vive en una casa antigua del centro con su mujer desde hace casi cuarenta años.
—¿Familia? ¿Hijos?
—Una hija que al parecer se mudó a Barcelona en 2011. Consta una propiedad agraria a nombre también del matrimonio aquí en la Isla.
—¿Dónde? —mostró cierta esperanza en una poco probable coincidencia con el escenario del crimen del segundo asesinato, el único en una propiedad privada.
—En el término de Sant Lluís.
—Ah... nada entonces —negó con la cabeza.
—¿Crees que el viejo nos oculta algo? —miró al subinspector con poca convicción.
—No estoy seguro... Lo que está claro es que los sobres vienen de su Casino.
—Ya, pero fue él quien nos dio esa información. ¿Por qué iba a querer que pusiéramos la lupa sobre ellos mismos si realmente está implicado en esto? —gesticuló mostrando su extrañeza.
—Ya, no lo sé —contestó el subinspector—. ¿Y el resto de integrantes de la Junta?
—¿Has hablado ya con todos ellos? —respondió con otra pregunta al mismo tiempo que daba doble clic sobre un archivo que rápidamente desplegó aquella fotografía conjunta de todos los miembros.
—Sí, con algunos aquí y con otros fui este finde a charlar con ellos a su casas.
—¿Y algo interesante? —consultó el agente.
—Poco —respondió resignado—. Todos cuentan las mismas batallitas de que esta ciudad ya no es lo que era, de cómo el Casino ha sido y es el pilar de nuestra cultura...
—¿Y de los sobres?

—Todos reconocen que es su sobre. Coinciden con Antonio que disponen d unos pocos ejemplares originales y que únicamente los utilizan para ocasione muy especiales.
—¿Y esta podría ser una de ellas?
—Podría ser, pero dudo que ninguno de ellos pueda estar detrás de todo esto La mayoría pasarán de los setenta y no los veo con mucha pinta de asesino que digamos —sonrió levemente—. Lo que está claro es que es alguien co acceso a su archivo.
El subinspector bajó las escaleras hasta llegar a la tan frecuentemente visitad máquina de café. No era gran cosa, pero muchos de los agentes de la Naciona casi se sentían adictos a su sabor dulzón prefabricado o más bien a s inmediato efecto estimulante que provocaba. El aparato escupió sin ningun finura primero el café y luego la leche hasta que la luz intermitente dejó d parpadear indicando que el brebaje estaba listo para consumir. El subinspecto tiró hacia sí del vaso desde el borde superior para evitar quemarse y se dirigi hacia la puerta principal del edificio. Lo sopló con sutileza y dio un pequeñ sorbo para ratificar la excesiva temperatura que el tacto de sus dedos y anunciaba. Salió a la calle. Era su momento de escape, una necesaria limpiez mental de todo el ruido que poco a poco se amontonaba en su cabeza y qu sentía que no le permitía enfocar la investigación con la misma lucidez d hace años. Fue un pensamiento, o más bien una inseguridad, que durant incontables noches le perseguía desde que el caso de Eva aterrizó sobre s mesa. ¿Cómo no fue capaz de ver al asesino ni estando tanto tiempo delant de sus propias narices? Ese instinto que siempre le había caracterizado y qu le había empujado hacia un puesto de mando parecía estar aletargado. Camin pausadamente hacia el mirador del puerto y dejó caer todo su peso sobre l barandilla de acero. Dio ahora un sorbo más largo aprovechando que su caf comenzaba a atemperarse. Observó durante unos segundos cómo los velero bailaban a merced del ligero oleaje que una motora levantaba a su paso. ¿Po qué no dejarlo todo y vivir la vida que realmente añoraba? No tenía un gra sueldo, pero en todos estos años y con el salario más que digno de su muje habían logrado ahorrar la cantidad suficiente como para plantearse un jubilación anticipada.
En otra situación quizás, pero ahora no. Se había entregado en cuerpo y alma este caso y sentía el peso de la responsabilidad sobre sus hombros. No iba parar hasta encontrar al culpable o culpables de toda esta barbarie y, quizá

acentuado por la dosis de cafeína y azúcar que comenzaba a viajar por su cuerpo, el recuerdo de la realidad a la que se enfrentaba comenzó a tensar todo su cuerpo. Fue entonces cuando sonó su teléfono.

—Subinspector, ¿dónde estás? —preguntó el agente con urgencia.

—Acabo de salir a tomar un café, ¿qué pasa?

—Tenemos el coche negro.

Capítulo 38

Comenzaba una rutinaria jornada más en el Centro Penitenciario de Palma con el habitual recuento de reclusos justo en el preciso momento en el que el viejo reloj sobre la entrada principal marcaba las ocho. Un par de agentes se dividían a ambos lados de la galería y comenzaban a recorrerla dando rítmicos golpes con sus porras en cada una de las puertas de las celdas a modo de despertador.

—Venga, chicos, hora de levantarse —repetía una y otra vez con voz monótona.

Los reclusos, más interesados en el desayuno que en el protocolario recuento, no tardaban demasiado en colocarse en posición justo detrás de las todavía cerradas puertas. Era entonces cuando aparecía otra pareja de guardias que sistemáticamente iban abriendo cada una de las celdas y verificaban que los presos coincidían con los anotados en el listado que portaban. Una a una hasta llegar a la 511. Uno de ellos giró por enésima vez el pestillo manual y comenzó a moverlo hasta que se escuchó el característico crujido metálico que anunciaba su apertura definitiva. La puerta se movió suavemente hacia ellos hasta que uno de los funcionarios tiró de ella para dejarla completamente abierta. Ahí estaba Vedella, plantado en mitad del vano exigiendo su habitual desayuno rico en azúcares y bollería industrial.

—¿Y tu compañero? —preguntó extrañado tras comprobar de nuevo que debían estar los dos— ¿No volvía ayer del agujero?

—Sí... —pronunció Vedella con voz ronca propia del recién levantado— Aquí está.

Volteó todo su voluminoso cuerpo hacia un lado hasta dejar ver a Nicolás Rodes que esperaba impasible de pie al fondo del habitáculo. Los guardias lo miraron durante varios segundos y él les devolvió una mirada desafiante. Nadie dijo nada y, tras marcar sus nombres en el listado, continuaron cumpliendo el protocolo con la celda contigua.

—¿Qué les has hecho para que te metan en el agujero? —preguntó Vedella— Son buenas personas, tío.

—¿Buenas personas? Me han metido no sé cuánto tiempo en el agujero de mierda ese que dicen, como si fuera un perro. Y todo por no hacer bien su trabajo, panda de inútiles... —comentó visiblemente enfadado— ¿Sabes que

pasa? Que todos estos son unos putos amargados que querían ser polis y mira dónde han acabado.
—¿Dónde han acabado? —repitió confuso.
—Pues en este sitio de mierda donde nadie quiere estar, rodeados de basura como nosotros. ¡Que no te enteras de nada!
Vedella lo miró con una mezcla de tristeza y decepción por aquellas palabras que golpearon sin piedad sobre su inocente alma. Ya no dijo nada, no mostró ni la más mínima intención de rebatirlas. Le dio la espalda y salió por la puerta para colocarse en la fila junto al resto de reclusos que ya habían sido contados y permanecían a la espera de dirigirse hacia al comedor. Nicolás cumplió el protocolo y siguió los pasos de su compañero de celda hasta situarse justo a su lado en mitad de aquel frío pasillo. Uno de los guardias dio la orden y todos comenzaron a desfilar rumbo al módulo principal donde se encontraba, entre otros lugares de uso común, el comedor.
—Ey... ¿no irás a decirme que te has mosqueado de verdad? —le preguntó desde su posición justo detrás en la cola— ¿Grandullón? —insistió tras no encontrar la más mínima respuesta.
—Creía que eras una buena persona —respondió al fin—, pero está claro que me equivoqué. No me gustan las malas personas, ¿sabes? No me gustan nada de nada —negó ostensiblemente con la cabeza.
—No soy una mala persona. Es la gente la que me hace serlo.
—¡No es verdad! —se detuvo y dio media vuelta dando un ostensible grito obligando al resto del grupo a detenerse— Las personas buenas siempre son buenas, aunque se rodeen de gente mala... ¡como tú! —le señaló directamente a escasos centímetros de su cara.
—¿Ah sí? ¿Y qué se supone que eres tú? ¿Una persona buena? —lo desafió levantando la voz frente a él— ¿Entonces dime qué haces aquí encerrado como un delincuente más? Entérate de una vez, eres la misma basura que todos los que estamos aquí dentro.
—¡Ya basta! —interrumpió uno de los oficiales— Venga, todos cagando hostias para el comedor. Creo que hoy más de uno se queda sin desayuno.
Vedella ya no volvió a girarse ni a hablar en todo el trayecto. No solo porque estaba en juego su anhelado almuerzo, sino porque simplemente ya no tenía nada más que decir. Nicolás estaba sentenciado. Vedella lo había sentenciado. O lo que era mucho peor: John Coffey lo había sentenciado.

Capítulo 39

—Tenemos el coche negro.

El subinspector recibió aquella escueta frase como quien recibe una potente descarga eléctrica. Salió corriendo de vuelta hacia Comisaría haciendo salta por los aires el vaso de cartón con los todavía restos de café.
—¿Los tenéis? ¿Dónde estáis? ¿Quiénes son? —comenzó a formula preguntas entre su agitada respiración.
—No, jefe. Tenemos el coche —contestó el agente—. Estaba en una finca abandonada, cerca de Es Mercadal. Aquí dentro hay herramientas y objeto que tienen toda la pinta de ser de ellos. Pensamos que este puede ser su escondite.
—¡Que nadie toque nada! —exclamó— Yo me encargo de avisar a los de la Científica. Envíame la ubicación que voy cagando hostias para allá.
El subinspector, sin ni siquiera entrar en la Comisaría, se subió a uno de lo patrulla aparcados en hilera en el Carrer de la República Argentina y salió disparado con la sirena a pleno rendimiento. Tomó las rotondas de la Ronda a gran velocidad y en apenas unos minutos ya se encontraba sorteando vehículos por la carretera principal. Por el camino realizó varias llamadas y en un momento diseñó y ejecutó el amplio dispositivo policial para lo que deseaba fuera un relevante hallazgo. Nada podía fallar. Necesitaba un golpe de fortuna y esta vez sí parecía serlo.
Dejó a un lado Ferreries y volvió a sacar su teléfono para seguir la indicaciones que le marcaba el GPS hasta el punto exacto donde estaban su compañeros. Pasó Es Mercadal y tomó la última salida a la izquierda, justo por delante del nuevo restaurante de Ulises. No vio si estaba allí, tampoco tenía ahora tiempo para eso. Continuó por Ses Costes hasta que su navegado le indicó que girara a la derecha en dirección al Monte Toro, por la Me-13 Dio un brusco volantazo y se incorporó a la carretera secundaria levantando una nube de polvo al invadir prácticamente todo el arcén. Pisó de nuevo e acelerador hasta aumentar ostensiblemente la velocidad por entre e serpenteante recorrido con considerable desnivel positivo. Tan solo do minutos para llegar al destino indicaba en la pantalla de su móvil. Salvó varia curvas dibujadas entre una densa vegetación hasta que finalmente pudo ver la

sirenas azules de sus compañeros y, tras ellas, se levantaba la finca abandonada que anteriormente le mencionaron.

—No puede ser. No es posible —se repitió en varias ocasiones justo antes de bajar del coche.

Ninguno de los primeros agentes que llegaron hasta allí pareció haber reconocido el escenario. Seguramente ninguno de ellos estuvo presente aquel día. El subinspector lo recordó al instante. Se quedó inmóvil justo delante de la inesperada instantánea que se revelaba ante sus ojos. No era solo una finca abandonada. Era mucho más. Hacía menos de un año que estuvo exactamente en este mismo lugar. Fue una visita fugaz, casi protocolaria. Formó parte del final de la investigación de un caso que creyó resuelto y enterrado. No le dieron demasiada importancia, simplemente calificaron aquella abandonada quesería como un improvisado y fortuito escondite con el que se topó aquel delincuente acorralado. Ahora sin duda tomaba mayor protagonismo. Nicolás Rodes no se refugió aquí por casualidad. Allí estaba, delante de sus ojos: la vieja quesería y el coche negro bajo un frondoso árbol justo a un lado. Ambos ahora conectados, al igual que uno y otro caso. El caso de Eva Moll estaba muy lejos de cerrarse. No había hecho nada más que empezar.

—Subinspector, ¿conoces «El juego del fuego»? —las últimas palabras de Rodes junto con su maléfico tono de voz se repetían una y otra vez en su cabeza.

Se negaba ni tan siquiera a considerar la hipótesis de que él estuviera saliendo de prisión a su antojo y saltando de una isla a la otra a su voluntad. Pero si no era él, ¿quién podría hacerlo? ¿Quién utilizaría su mismo escondite? ¿Con quién pudo estar aquí antes de ser detenido? No terminó de formularse la última pregunta cuando un nombre emergió con fuerza por encima de toda la telaraña de ideas que habitaba en su cabeza: Úrsula Font.

Se adentró en la vieja casona esquivando el recién instalado cordón policial. Era un espacio diáfano con unas ventanas horizontales rectangulares repartidas en lo más alto de la pared por las que penetraba vagamente la luz que sus ya traslúcidos cristales permitían. Por el deteriorado techo cruzaban varios conductos oxidados que viajaban en paralelo y lo cruzaban hasta perderse tras los robustos muros. El suelo estaba todo lleno de tierra y pequeñas piedras, aunque podía adivinarse el mosaico que dibujaban los azulejos originales que todavía se conservaban. El subinspector encendió su linterna y se adentró en la vieja fábrica de quesos. Tras unas todavía

funcionales estanterías de madera en las que en lugar de exquisitos queso artesanales descansaba abundante suciedad y polvo, encontró lo que parecía ser el despacho del propietario. Era una habitación que se conservaba en un aparente buen estado y que contrastaba radicalmente con el resto de dependencias. Tenía un mesa de madera no demasiado grande en el centro con una silla tapizada en piel sintética negra que sin duda no se correspondía con épocas antiguas. Apoyado sobre una pared descansaba un viejo sofá que también desentonaba con el resto de elementos *vintage* de la vieja quesería. Aquella estancia más bien recordaba al típico picadero de un pequeño piso de soltero.

Recordó de nuevo a quien fue su subordinada en el Cuerpo de la Nacional de Ciutadella hasta hacía unos meses. Seguro que conocía el lugar y había estado justo allí junto a Rodes haciendo todo lo que prefería no imaginar, alejados de miradas ajenas en una relación que por lo que fuere decidieron no revelar. Font debía estar implicada, no cabía otra posibilidad.

La Científica ya trabajaba sobre restos de cuerdas, cartuchos de escopeta y demás pruebas halladas tanto en el vehículo como en el interior del edificio. Rodes tenía este lugar como una especie de piso franco, su centro clandestino de operaciones. Y ahora ella había tomado su relevo, seguramente motivada por enormes dosis de venganza. ¿Aquí retuvieron a las víctimas antes de ser trasladadas a las diferentes ubicaciones de los teatrales asesinatos? Probablemente sí.

—Jefe, ¿algo interesante ahí adentro? —preguntó uno de los agentes al verlo salir de nuevo por la entrada principal.

—Creo que una antigua compañera tendrá que darnos muchas explicaciones.

—¿Quién? —preguntó descolocado.

—Estoy seguro que Font ha estado muchas veces aquí. ¿Se te ocurre alguien con más ganas de jodernos tanto a nosotros como a Ulises para poder vengar a su querido novio?

—¿Font? —acertó únicamente a pronunciar para evitar quedarse en silencio.

—¿Sabes dónde podemos encontrarla?

—Pues... sé que estaba trabajando en un restaurante de Fornells. Imagino que estará ahora allí en el turno de comidas.

—Perfecto, te vienes conmigo —ordenó ya iniciando el camino hacia su coche.

Ambos se montaron en el coche patrulla con el subinspector al volante y regresaron por la Me-13 hasta Es Mercadal, donde tomaron dirección norte por la carretera Me-15. Era un trayecto mayoritariamente recto sin apenas curvas, bien asfaltado y poco transitado; por lo que comenzaron a vislumbrar el pintoresco puerto de Fornells en escasos diez minutos.

—Es aquí —anunció el agente.

El subinspector estacionó justo en la puerta, entre dos pequeñas macetas urbanas que delimitaban la carretera de la zona peatonal y bajó del vehículo con celeridad. Tras él, su compañero hizo lo propio a la vez que recolocaba su chaleco antibalas y el resto del uniforme. El subinspector, como casi siempre hacía de manera rutinaria, dio un primer vistazo del lugar.

Era un restaurante familiar en primera línea del paseo marítimo como tantos otros que desde hacía años fueron instalándose hasta completar una poblada oferta gastronómica en la pequeña localidad pesquera, convirtiéndola prácticamente en la capital gastronómica de la isla de Menorca. Pasaban las dos del mediodía y desde su posición podía ver el trasiego propio de camareros moviéndose de manera coordinada por entre las mesas. A pesar de no estar en temporada alta sí servían a multitud de comensales, quizá aprovechando que otros negocios todavía permanecían cerrados temporalmente hasta el comienzo del período estival.

—¿La ves? —preguntó el subinspector cuando se aproximaban hacia el establecimiento.

—Negativo. Estará por dentro.

—¿Estás seguro de que trabaja aquí?

—Sí, sí. Hace poco vinieron unos amigos a comer y la vieron —afirmó con rotundidad.

—¿Has vuelto a hablar con ella?

—Qué va —negó con la cabeza—. Desde todo aquello creo que nos habremos cruzado un par de veces por la calle y es ella la que ni me saluda. Y así con todos.

—Tampoco es que antes fuera el alma de la fiesta, ¿no?

—No —sonrió—. Siempre ha sido un poco borde.

Entraron al local, no sin levantar numerosas miradas de los allí presentes, y caminaron hasta la barra; al final de la sala.

—Buenas tardes, ¿podría por favor hablar con el encargado? —indicó el subinspector a una joven trabajadora que se afanaba en servir las bebidas que

el resto de camareros le iban dejando anotadas en pequeños papeles sobre la barra.
—Hola, agentes. Claro, está en cocina. Voy a avisarla —atravesó una doble puerta lateral, dejando a la vista las entrañas del restaurante.
—No la veo... —dijo el subinspector con bastante inquietud.
—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarles? —secaba sus manos con un trapo que colgaba anudado a su delantal.
—Perdona que le molestemos en mitad de su trabajo, pero es importante —confesó el subinspector—. Tengo entendido que aquí trabaja Font Necesitamos hablar con ella, pero no la hemos visto por aquí. ¿Está dentro? —preguntó señalando hacia la cocina.
—¿Quién?
—Úrsula Font, una joven residente en Ciutadella.
—Ah, Úrsula... Sí, trabaja aquí. O bueno, trabajaba... —respondió con vaguedad.
—¿Cómo dice?
—Sí, que de la noche a la mañana dejó de venir. No era mala trabajadora ¿sabe? Un poco despistada, pero sacaba la faena adelante —aseguró gesticulando con la cabeza y manos—. Hoy en día nadie quiere trabajar. En nuestro gremio ya es algo normal, te dejan tirados a la primera de cambio. Así sin avisar.
—¿Cuándo fue la última vez que estuvo aquí?
—¿Trabajando? Pues le diría que en todo este mes de marzo ya no ha venido entró esta chica para sustituirla —señaló a la joven que ya había reanudado su faena tras la barra—. ¿Verdad, Laia? ¿Desde qué día entraste tú a trabajar?
—Desde el 28 de febrero, en el primer finde de marzo —detalló.
—Pues eso, lo que les decía. En todo este mes ya no ha trabajado aquí. Habrá encontrado algo mejor, donde no tenga que trabajar los fines de semana —comentó resignada—. Siento no poder ayudarles, pero si me disculpan debo dar de comer a toda esta gente.
—Sí, por supuesto. Gracias por su tiempo y que tenga un buen día.
Ambos regresaron al vehículo oficial con la total convicción de que no habían hecho más que perder el tiempo. Pronto se darían cuenta de que no había sido así. Estaban a punto de conocer toda la verdad, una verdad que jamás ninguno de ellos habría imaginado.

Capítulo 40

La noche del viernes fue una de esas veladas en las que el restaurante de Ulises, en la Plaça des Pins, se llenaba prácticamente al completo en cualquiera de los turnos. Los platos de hamburguesas repletos de patatas frita sobrevolaban entre las mesas portados por los ágiles camareros y las montaña de nachos con queso fundido humeaban por todas partes dejando una estela inconfundible. La terraza también se encontraba a pleno rendimiento aprovechando la agradable noche primaveral. Él supervisaba que todo fluyera sin incidencias y, de haberlas, se afanaba en resolver cada situación con maestría. Acostumbraba a llegar temprano, alrededor de las siete de la tarde para dejarlo todo preparado y poder salir una vez ya estuviera todo el servicio en marcha y bajo control. De esta manera, Valeria solía quedarse con su abuelo Carlos o su abuela Sofía cenando por Ciutadella o viendo alguna película de dibujos en el cine hasta que Ulises terminaba y la recogía para volver a casa. Hoy la tenía más cerca. Valeria decidió que quería su hamburguesa preferida de queso azul y una buena ración de patatas con mucha mayonesa. Ulises preparó una mesa para tres cerca de la barra con la intención de acompañarles, aunque después pasó más tiempo de pie que sentado con ellos.

La noche fue avanzando y, mientras Valeria jugaba entre bostezos con el teléfono móvil de su abuelo, la cena de Ulises todavía seguía fría y casi intacta sobre su plato.

—Oye, ¿quieres que me la lleve a mi casa y mañana la llevo a Morell? —preguntó Carlos en una de las veces que se cruzó fugazmente por delante de ellos.

—Un segundo, voy a ver si me puedo escapar ya —regresó por enésima vez a la cocina para volver a salir a los pocos segundos—. Sí, mejor. Iros a casa porque no sé cuándo voy a poder salir. Me ha fallado uno hoy y tampoco esperábamos tanta faena —aseguró estresado.

—No te preocupes. Mañana te la llevo y ya está.

—No hace falta. Tengo que ir al de Es Mercadal que hemos quedado con un proveedor nuevo. A la vuelta me paso yo por tu casa.

Valeria saltó sobre él para darle un fuerte abrazo y salieron por la puerta camino del coche que tenían aparcado en la calle contigua. Ulises continuó

bastante más tiempo del que deseaba hasta que finalmente regresó a casa d madrugada. Se dio una ducha y al instante cayó rendido sobre la cama.
A la mañana siguiente se levantó lo más tarde posible, se preparó un caf recién molido con leche y salió según lo previsto hacia Es Mercadal. Firmó e contrato con el nuevo proveedor de carne y desde el coche llamó a Carlos par avisarle de que en quince minutos estaría en su casa. Salió Valeria corriendo esperarlo junto a la puerta de madera que daba acceso a la parcela de l propiedad y Ulises comenzó a corresponderla con ráfagas de luz en cuanto l vio desde el final de la calle. Ambos intercambiaron sonrisas cómplices desd la distancia, paró a su lado, ella se subió al coche y reanudaron la march hacia Cala Morell tras despedirse de Carlos.
Calentaron unos macarrones con carne que sobraron del día anterior estuvieron comiendo en la terraza bañada parcialmente con el sol que a est hora incidía con fuerza sobre la playa, dejando prácticamente al descubierto e fondo del mar a través del agua cristalina. Después tomaron posiciones en su ya instaurados lados del sofá y ambos se durmieron viendo una película mal de sobremesa, seguramente la idónea para reposar sus colmados estómagos.
—Papá, ¿hoy también tienes que trabajar? —preguntó todavía desde el sofá.
—Hoy te prometo que solo un ratito.
—Siempre dices lo mismo... —respondió con tono triste.
—No, de verdad —se incorporó hasta quedarse sentado a su lado—. Mira si t parece después de merendar nos vamos al parque y así yo veo que todo está e orden en el restaurante y después nos vamos si quieres al cine. ¿Trato hecho?
—¿Seguro? Luego no vale que digas que no —le advirtió levantando el ded índice y sonriendo con picardía—. Vamos al Burger King y luego al cine.
—¿Al Burger King? ¿Después de la hamburguesa que te comiste ayer?
—A mí me gusta la del Burger —aseguró.
—¿Más que la mía? —mostró un impostado enfado.
—Son diferentes...
Continuaron bromeando hasta que Ulises zanjó el debate lanzando su habitua ataque de cosquillas con el que solían terminar la mayoría de sus inocente discusiones.
Sobre las seis y media de la tarde salieron de casa en dirección a Ciutadella. E sol comenzaba a ponerse y los acantilados de Cala Morell iban tomando u característico tono rojizo que se mezclaba con el verdoso de la dens vegetación, confiriéndole esa atmósfera salvaje y pura tan característica de

norte de la Isla. Hicieron el mismo recorrido que en infinidad de ocasione hasta su aparcamiento próximo a la Plaça des Pins. Llegaron hasta el parque justo enfrente del restaurante, y Valeria escogió rápidamente un columpio libr al que subirse. Ulises se quedó un rato con ella a la espera de que alguna d sus amigas de clase apareciera junto a sus padres como era habitual.

—Valeria, ¿hoy no venía ninguna al parque?

—No sé —respondió frunciendo el ceño sin dejar de darse impulso en e columpio.

—Bueno, no creo que tarden... —pronunció en voz alta para sí mismo— Escucha, entro un segundo y enseguida nos vamos, ¿vale? Si necesita cualquier cosa entras, pero ten muchísimo cuidado al cruzar. ¿Entendido?

—Sí, papá. No te preocupes, me quedo aquí.

Ulises cruzó la calle, dio media vuelta para volver a verla y entró a restaurante. Allí ya estaban varios empleados montando las mesas y adelantando preparativos en cocina para lo que esperaban sería otra intens noche en la que ya habían colgado el cartel de completo. Apoyó su portáti sobre la barra y comenzó a ojear las reservas para elaborar un esquema menta de todo el servicio.

En el parque Valeria seguía jugando como de costumbre. Miraba hacia s alrededor por si veía llegar a alguna de sus amigas, pero solo veía un grupo d niños más mayores que jugaban con un balón utilizando dos árboles com portería. Miró hacia el restaurante y no salía nadie, solo entraban personas qu ya había visto en más de una ocasión allí trabajando. Pasaron los minutos y empezó a aburrirse de estar allí sola, por lo que dejó de columpiarse y simplemente se quedó sentada sobre él esperando a que por fin saliera y cumpliera con su palabra. Continuó pasando el tiempo hasta que comenzó a perder toda esperanza y dejó de mirar la puerta para cambiar el foco al suel de tierra, donde comenzó a dibujar un corazón con sus pies. De pronto sinti cómo alguien se sentaba justo en el columpio de al lado.

—¡Hola! ¿Cómo estás? —pronunció con voz dulce.

—¡Hola! —respondió Valeria con una sonrisa— Bien, aquí esperando a qu salga mi papá de trabajar.

—Ya, ya lo sé. Me ha pedido si podía quedarme un ratito contigo porque se l ha complicado la faena.

—¿Otra vez? —contestó con la mirada triste.

—Sí, pero me ha dicho que enseguida que acabe me llama. ¿Te apetece un helado? Conozco un sitio donde tienen los mejores helados del mundo.
—¿Del mundo? —sonrió incrédula— ¿Te ha dicho si iremos al cine?
—Sí, ¡claro! —afirmó con convicción— Le queda un poquito y enseguida viene. Lo que tardemos en comernos el helado.
—Vale —le dio la mano y abandonaron la plaza hasta perderse por entre las ya oscuras calles.
Poco después Ulises abrió la puerta para salir a la Plaça des Pins. Levantó la mirada y tan solo vio un columpio vacío que todavía se mecía suavemente. Miró a un lado y a otro, pero no la vio.
—¡Valeria! ¡Valeria! —gritó cruzando la calle— ¡Valeriaaa, Valeriaaa! —los gritos fueron creciendo en desesperación.
Se acercó al columpio vacío y lo frenó en seco. Había algo sobre uno de los asientos metálicos. Se aproximó al mismo tiempo que una enorme angustia recorría todo su cuerpo. El amplio parque estaba vagamente iluminado por una luz tenue amarillenta que dejaba algunas zonas algo oscuras y esta era una de ellas, pero no tardó demasiado en descubrir lo que allí había. Un sobre. Otro maldito sobre exactamente igual como el que había recibido las tres veces anteriores, pero esta vez le dio infinitamente más terror por lo que podía significar. Lo cogió con violencia y lo abrió lo más rápido que pudo. Había un papel prácticamente en su totalidad en blanco, a excepción de un escueto pero contundente mensaje.

«El juego del fuego. 20/04/25».

Miró al suelo tratando de recomponerse y vio un pequeño corazón recién dibujado en la tierra. Era ella. Corrió por todas partes. Gritó. La llamó en incontables ocasiones. Paró a todo aquel con el que se encontró. Nadie había visto nada. Lloró. Volvió a gritar todavía más fuerte. Se paró justo en el centro del parque y sacó su teléfono lo más rápido que sus temblorosas manos le permitieron.
—Subinspector, ayúdame por favor—acertó a pronunciar entre sollozos y una agitada respiración—. Se la han llevado... ¡Se han llevado a Valeria!

Capítulo 41

—¡Ulises! ¿Dónde estás? ¿Dónde estás? —gritó— ¿Qué ha pasado?
—Se la han llevado... ¡Ellos se la han llevado! —respondió con voz desgarradora.
—¡Dime dónde! ¡Vamos, reacciona!
—En la Plaça des Pins —contestó al fin—. ¡Valeria, Valeriaaa! —se levantó de nuevo como un resorte y comenzó a correr de un lado para otro.
Al instante se fue formando un gran revuelo alrededor. Vecinos, viandantes y trabajadores de los comercios cercanos fueron aglomerándose por toda la plaza alertados por sus desesperados gritos. En menos de dos minutos una decena de policías de la Nacional accedieron al abarrotado parque que apenas estaba a doscientos metros de la Comisaría. Casi de forma sincronizada, un coche llegó a gran velocidad y se detuvo justo al otro extremo de la rectangular plaza. Era el subinspector. Hoy no estaba de servicio, pero acudió de inmediato dando la voz de alarma a todo su equipo. Se lanzó prácticamente del vehículo antes de que llegara a detenerse por completo y corrió hacia Ulises que deambulaba con el rostro totalmente desencajado. Allí confluyeron casi al mismo tiempo con el resto de agentes.
—¡Ulises! Ya estamos aquí —lo sujetó de la cabeza tratando de hacerlo despertar del tremendo *shock* que mantenía su mirada perdida y la cara empapada en una mezcla de lágrimas, sudor y tierra—. Dime qué ha pasado Ulises, dime qué ha pasado.
—Se la han llevado. Se la han llevado —sollozaba y repetía de manera monótona.
—¿Quién se la ha llevado? Cuéntame lo que ha pasado. Por favor, Ulises, si no no podemos ayudarte.
—Yo estaba en el restaurante y ella estaba aquí fuera jugando —comenzó a detallar con la voz entrecortada—. Salí a buscarla y había desaparecido. Han sido ellos, ¡los asesinos del juego! ¡Tengo que encontrarla!
Se levantó de un salto y salió corriendo por una de las calles que convergía directamente en la plaza. Los agentes permanecieron quietos con la mirada puesta en el subinspector, a la espera de recibir la orden para actuar. Este reaccionó al instante y ordenó que establecieran un perímetro alrededor de todo el casco urbano de Ciutadella y se diera la voz de alarma también a toda

las unidades disponibles de Policía Local y Guardia Civil. Ya era totalmente de noche en esa tarde de finales de marzo, pero era sábado y las principales arterias de la ciudad gozaban de buen ambiente. Alguien debía haber visto algo. El subinspector agarró del brazo a dos de sus agentes y les indicó que siguieran sus pasos tras Ulises. Recorrieron todo el Carrer de Mallorca hasta llegar a la rotonda de Platja Gran. El subinspector Román era capaz de ir analizando todas las variables de la situación al mismo tiempo que corría tras Ulises. Le pareció una buena idea tomar esa entre cualquiera de todas las posibles que tenía desde el centro de la plaza, desde donde se puede salir en todas direcciones. Seguramente la más rápida para abandonar la ciudad, poco transitada y, no menos importante, la opuesta a su Comisaría.

—Ulises —dijo el subinspector a la vez que miraba de un lado a otro sin dejar de moverse— ¿Sabes si se la han llevado en algún vehículo? ¿Alguien te ha dicho si ha visto algo?

—No, no, no, nada —contestó roto de dolor—. Salí y ya no estaba. Había desaparecido. Ella jamás se iría con un extraño. Se la han tenido que llevar por la fuerza —volvió a correr y gritar su nombre por todas partes.

—Es imposible que no llamara la atención de nadie, había gente por todas partes —comentó con sus compañeros—. Preguntad a todos los que estuvieran por la plaza, alguien tiene que haber visto algo —ordenó por su *walkie*— Quiero todas las salidas de la ciudad cerradas ya. Parad a todos los coches y registrarlos de arriba a abajo. Una niña de ocho años no se puede esconder así como así. ¡Vamos, en marcha! —arengó.

Bordearon toda la zona sur de la ciudad de lado a lado sin dejar de correr y gritar su nombre. No la encontraron ni tampoco nadie había visto a la niña que Ulises mostraba en su teléfono a cualquiera con que se topara. La angustia, el miedo y la desesperación crecía exponencialmente en todos ellos conforme iban pasando los minutos sin un resultado positivo. Sus radios tampoco emitían la noticia que todos estaban esperando. Decenas de vehículos con las sirenas en marcha se cruzaban por todas partes y el caos fue contagiándose hasta extenderse por toda la ciudad.

Regresaron hacia la plaza callejeando para peinar el mayor área posible. Alumbraban con sus linternas cualquier recoveco o zona en penumbra donde pudieran tenerla retenida. Nada. Era como si de repente hubiera desaparecido. Regresaron de nuevo visiblemente fatigados a la Plaça des Pins. Compañeros tanto de la Nacional como Local interrogaban a cualquiera de los posibles

testigos que pudiera haber visto algo. También buscaban aleatoriamente cualquier cámara que permitiera ver algo de lo sucedido. El subinspector vio el caos en el que ya se había convertido aquella emergencia que por un instante sintió que le sobrepasaba. Por primera vez en su carrera tuvo esa sensación de derrota, de un tremendo hundimiento que lo alejaba enormemente del puesto de mando que debía liderar; ahora más que nunca.

—¿Seguimos la búsqueda con los vehículos? —sugirió un agente.

—Sí, sí. Vamos —aprobó tratando de recomponerse.

Se montaron en los vehículos y reanudaron la búsqueda junto con el resto de efectivos que ya circulaban desde el primer minuto por todas partes. Ulises se quedó en mitad de la plaza, aturdido por las decenas de personas que lo rodeaban ofreciendo su ayuda entre sus propios trabajadores, conocidos o simplemente cualquiera que estuviera por allí y supiera qué había ocurrido. Él trataba débilmente de agradecer su apoyo, aunque apenas lograba escucharlos. Solo percibía un constante zumbido atronador que todavía agudizaba más la profunda conmoción que padecía. De repente una mano emergió entre la multitud y tiró con fuerza de él hasta arrastrarlo prácticamente inconsciente hasta una zona algo más tranquila.

—Ulises, mi vida, ya estoy aquí contigo —pronunció una voz repleta de amor

—Eva, mi amor... te he vuelto a fallar —deliró desconsolado con la mirada perdida y el alma rota.

—Cariño, soy yo, soy mamá. Te prometo que la vamos a encontrar. Te lo prometo, mi vida... —lo abrazó y lloró junto a él.

—Ulises —se escuchó una voz masculina—. ¿Qué ha pasado? ¡Por el amor de Dios!

—Papá... —reaccionó buscándolo con la mirada— Ayúdame a encontrarla.. Si le hacen algo te juro que los mato —aseguró con rabia.

—No va a pasarle nada porque no lo vamos a permitir. ¿Queda claro? — pronunció con decisión—. Vamos en mi coche a buscarla. No pararemos hasta encontrarla. Eugenia, tú quédate por aquí con los agentes y cualquier novedad me llamas enseguida.

—Por favor, tened mucho cuidado. Arnau, traed a la niña de vuelta —retomó con intensidad el llanto.

Él cogió a su hijo del brazo y lo alejó de todas las miradas curiosas que lo rodeaban. Corrieron algo más de cien metros hasta una calle aledaña donde había dejado su coche mal aparcado tras conocer la noticia por un agente

amigo de la familia con el que se toparon. Ulises se subió de copiloto mientra
que Arnau abrió antes el maletero en busca de algo que sabía que siempr
escondía allí.
—Guarda esto en la guantera. Vamos a tenerlo a mano, por si las moscas.
Ulises sabía perfectamente lo que había dentro de aquella bolsa negra co
cremallera. No necesitó abrirla, directamente aprobó la idea y obedeció. Desd
bien joven, cuando empezó a salir a faenar con su embarcación, se habituó
ver a su padre portar aquella misma bolsa con un afilado cuchillo de grande
dimensiones en su interior.
—Nunca sabes lo que te puedes encontrar ahí afuera —contestó el primer dí
que lo vio meter al barco esa extraña bolsa—. Este buen amigo me ha salvad
de más de una. Desde una simple red enganchada a las hélices del motor hast
un atún rojo de casi tres metros que no le sentó demasiado bien que l
sacáramos del agua —sonreía orgulloso recordando multitud de anécdota
vividas durante tantos años en el mar.
Era cerca de las nueve de la noche cuando circulaban sin un rumb
predefinido por todas las calles de la ciudad mientras subrayaban en un plan
mental los barrios por donde ya habían pasado. Hicieron hincapié en las zona
más alejadas del centro y de menor afluencia de gente. Revisaron una a un
las naves del Polígono Industrial en busca de algún vehículo extraño
cualquier señal que hiciera saltar la más mínima alarma. Nada. Las hora
pasaban y el resultado seguía siendo el mismo. Llamaron en múltiple
ocasiones al subinspector y a Eugenia, pero nadie la había encontrado
Prácticamente la totalidad de la Isla estaba ya tomada por los Cuerpos d
Seguridad del Estado, que no cesaron en su búsqueda durante toda la noch
hasta el amanecer. Ni rastro de la niña.

*

Mientras, en una habitación de adolescente a juzgar por la decoración, Valeri
dormía profundamente por el efecto de los sedantes que le habían
administrado. Ya tenían a su presa. La víctima perfecta para su perfecto
maquiavélico plan.

Capítulo 42

Antonio salió de casa alrededor de las nueve de la mañana, en el Carrer de sa Carnisseria frente a una bonita librería. Solía salir cada mañana a dar un pase por el centro hasta terminar tomando un café y ojeando el periódico local E diari en la cafetería del Casino. Pero hoy no era una mañana más. Estab notablemente más alterado e intranquilo, apenas pudo pegar ojo en toda la noche.

La noticia de una nueva desaparición, a manos de aquellos misterioso asesinos que llevaban desde febrero torturando la tranquilidad de la Isla, corri la noche anterior como la pólvora entre los vecinos. Además era una niña, una inocente niña que a su vez era la nieta del famosísimo Carlos Moll y que a su vez era la hija de Eva Moll; asesinada hacía menos de un año. Un caso qu conmocionó a la ciudad y del que todavía no se habían recuperado. Fue desd esa misma noche cuando comenzaron a aflorar las inevitables especulacione acerca de la familia Moll. Unos lo llamaron maldición, otros simplemente la consecuencia o los efectos colaterales de su desmesurado imperio.

Era domingo y la mayoría de calles permanecían tranquilas tras una noch sumamente frenética. Antonio decidió que hoy no era día de paseo, por lo qu tomó el camino más corto hasta la cafetería. En menos de una hora celebrarían una junta extraordinaria, convocada con urgencia dadas las circunstancias Eran siete miembros, todos hombres mayores de setenta años. Pertenecían a Casino desde hacía décadas, siendo unos chavales. Antonio formó parte de equipo gestor en 2010, como vocal, y pasó a ser el tesorero siete años después Desde entonces veló por mantener las cuentas de una sociedad que s financiaba en gran medida de las habitualmente tardías subvencione percibidas por parte de las Instituciones Públicas. Dedicó muchas horas, má de las que su mujer hubiera deseado, en nutrir su agenda cultural e impulsar la organización hasta cifras históricas de asociados. El Presidente era Joan e iba a cumplir ese verano cinco años en el mandato.

—Antonio, ¿le sirvo lo de siempre?

—Buenos días. Sí, por favor —asintió y tomó asiento cerca de la barra.

A los pocos minutos el joven camarero apareció con su habitual café solo sin azúcar y una generosa tostada con tomate. Antonio cogió el periódico que ya le habían dejado sobre su mesa y comenzó leerlo a la vez que alternab

pequeños sorbos con no tan pequeños bocados. La portada, con una instantánea en la que podía verse la Plaça des Pins repleta de policías anunciaba el titular que eclipsaba por completo cualquier otra noticia. Leyó minuciosamente cada una de las columnas en las que se describía lo sucedido la noche anterior. Revisó las detalladas descripciones de aquellos periodistas que cubrieron la noticia. Ni rastro de ningún sobre. Al parecer era un dato que no había trascendido fuera de la investigación policial. Al menos todavía.

—Buenos días, Antonio —saludaron al entrar un par más de miembros de la Junta.

—Buenos días.

—Cada vez está más loco este mundo. ¡Dónde vamos a parar! —protestó uno de ellos— Esa pobre niña... Por Dios, que no termine como las otras tres personas.

—Encima la nieta de Carlos, con todo lo que ha tenido que pasar el pobre hombre —añadió el otro.

—Pues sí. Si pudiéramos ayudarle con lo que sea... Él siempre ha sido muy generoso con nosotros —aseguró Antonio.

—¿Y por qué diablos tienen nuestros sobres?

—No tengo ni idea —respondió Antonio al instante—. Si esto trasciende tendrá consecuencias muy negativas para el Casino.

—Tan puntuales como siempre —anunció Joan su llegada junto con los otros tres miembros restantes—. ¿Vamos para arriba?

Antonio apuró su café y los siete subieron las escaleras hasta la sala de juntas. Tomaron sus respectivos asientos alrededor de la rectangular mesa y el Presidente, sin mayor rodeos, tomó la palabra.

—Como bien saben me he visto en la obligación de convocar con urgencia esta asamblea. Están ocurriendo hechos espantosos en nuestra ciudad, sin ir más lejos anoche —negó con la cabeza con rostro serio—. Esperemos que la Policía la encuentre antes de que le hagan algo a esa pobre criatura.

—Es horrible —pronunció uno de ellos.

—Lo que nos trae hoy aquí es la relación que nos une con toda esta barbarie. Ya hemos hablado entre todos y seguimos sin encontrar una explicación a cómo han podido utilizar nuestros sobres. Está claro que alguien nos los ha robado.

—Eso ya es lo de menos —interrumpió Antonio—. Lo que está claro es que nuestros sobres han estado ahí y eso será una mancha imborrable para el

Casino que conllevará cancelaciones de actos y, lo que es peor, que nos retiren subvenciones tanto públicas como privadas. Empezando por la importante aportación anual que nos venía otorgando el señor Moll. Ya investigaremos quién se los llevó.

—Lo que no logro entender todavía es por qué le contaste a esos policías que esos sobres eran nuestros —pronunció Joan con un claro tono acusador.

—¿De veras me estás diciendo esto? —preguntó levantando la voz— ¿Y que pretendías que hiciera? ¿Quedarme callado sin hacer nada como llevas tú desde que ocupas ese sillón?

—Antonio, tranquilízate. Estamos todos nerviosos y preocupados con esta situación —trató de apaciguar otro miembro la discusión.

—¿Cómo quieres que me tranquilice? Este señor es el máximo responsable del Casino y como tal debería asumir sus errores. Los investigadores no habrían tardado nada en descubrir la procedencia de esos sobres y entonces hubiéramos tenido un problema mucho más gordo. Solo faltaría que ahora me investigaran por cometer esos asesinatos. Vamos, hasta ahí podíamos llegar...

—¿Y qué propones? —preguntó el Presidente contrariado.

—Que dimitas —contestó Antonio al instante— y pongas tu cargo a disposición de esta Junta.

—Cargo que llevas tantos años deseando ocupar.

—Sin ninguna duda optaré a él si el resto de integrantes lo considera oportuno y sin ninguna duda dedicaré el tiempo y esfuerzo que requiere.

Antonio tenía lo que quería. Al fin apareció la oportunidad que estaba deseando para hacer tambalear el organigrama de la asociación y ocupar ese mandato que prácticamente se había convertido en una obsesión para él. No dudó ni un instante en cuanto vio uno de sus sobres en aquella fotografía. Quizás los investigadores nunca hubieran descubierto su origen y no habrían puesto el foco en el Casino. De hecho, desde el primer instante se centraron más en el contenido del mensaje que en su propio continente.

No pondrían el foco por estos sobres, pero no tardarían demasiado en ponerlo por algo mucho mayor. Uno de los asesinos se encontraba justo allí, entre aquellos siete hombres que ahora discutían sobre el futuro más inmediato del Casino. Apenas había tenido tiempo de dormir aquella noche, fue demasiado intensa.

Capítulo 43

Ulises todavía andaba buscando por todas partes a la pequeña Valeria Llevaban toda la noche dando vueltas sin descanso en el ya veterano Golf d su padre, a quien insistió que regresara a descansar, pero Arnau declinó e varias ocasiones su oferta. No pensaba dejarlo solo en esto. El tiempo corrí en su contra y eran totalmente conscientes de que esas primeras horas podría resultar decisivas. Seguían sin encontrarla. Únicamente se toparon con lo numerosos controles policiales donde se amontonaban los vehículos a l espera del pertinente registro. Ellos los esquivaban lo más rápido posible tra identificarse frente a los agentes.

Hicieron una parada obligatoria en una gasolinera de la carretera principal y compraron un par de cafés y varias chocolatinas que los mantuviera activos.

—Disculpa, ¿llevas trabajando toda la noche? —preguntó Ulises a la jove que le atendía detrás del mostrador.

—Sí... y menuda noche movidita.

—¿Has visto a esta niña? —comenzó a interrogarla como a todo aquel con e que se cruzó.

—No... he visto su foto por internet. Sale por todas partes.

—¿Y alguien que haya venido esta noche con una actitud extraña?

—Por las noches siempre nos toca algún rarito, pero hoy no han dejado d venir polis.

—Gracias —Ulises pagó acercando su móvil al lector y regresó al coch donde su padre ya terminaba de repostar.

Arrancaron y reanudaron la marcha de nuevo hacia Ciutadella. Vario helicópteros sobrevolaron por encima de ellos a no demasiada altura, dejand un potente estruendo a su paso. Se movían en todas direcciones dirigiendo u intenso haz de luz hacia las parcelas rústicas que se extendían a ambos lado de la carretera. En el retrovisor empezaban a reflejarse los primeros rayos d sol que comenzaban a iluminar la costa este dando paso al inicio de un nuev día.

De pronto un vehículo se situó a su cola y empezó a hacer señales mediant ráfagas de luz. Arnau levantó la mano que descansaba sobre el cambio d marchas y movió el espejo retrovisor para ver quién era. Aminoró la march hasta detenerse por completo a un lado en el arcén.

—¿Por qué no vais a casa a descansar un rato? —preguntó el subinspector tra
bajar la ventanilla del copiloto— Tenemos ya en marcha un dispositivo
enorme. No tardaremos en encontrarla y en cuanto lo hagamos te llamaré.
—Déjame ir con vosotros —sugirió Ulises casi en tono imperativo—. Así qu
mi padre se vaya a descansar.
—Yo no me voy hasta que aparezca la niña —protestó.
—Papá... ¿desde cuándo llevas en pie? ¿Las cuatro de la mañana? Descansa
un rato y después me llamas, ¿vale?
—Ulises, os vais los dos a casa. Déjanos que nos encarguemos nosotros —
ordenó.
—Pero, ¿cómo quieres que me vaya a casa cuando está mi niña por ah
perdida con esos hijos de puta? ¡Me necesita más que nunca! —derram
lágrimas de nuevo por unos ojos totalmente congestionados— Te pido po
favor que me dejes ir contigo. Te lo suplico...
—Mmm... ¡Está bien! Vamos, sube...
Ulises fue directo a salir del coche cuando su padre lo sujetó de la mano. L
miró con lágrimas en los ojos y lo acercó hacia sí.
—Ten mucho cuidado, ¿vale? —susurró— Te quiero mucho, Uli. Cuando tod
esto pase nos vamos a ir de viaje muy lejos de aquí con la mamá y la niña.
—Ella querrá ir a Disneyland... —sonrió levemente ante la propuesta qu
ahora mismo era su sueño más deseado.
—Pues a Disney —aprobó devolviéndole la sonrisa.
Abrió la puerta y se bajó con celeridad para montarse en las plazas traseras de
coche patrulla. Reanudaron la marcha y continuaron por la carretera principa
en dirección a Ciutadella. Conducía un agente mientras el subinspector n
dejaba de atender llamadas desde el asiento del copiloto. Ulises permanecía
callado, pegado en la ventanilla con la esperanza de que un milagro l
devolviera a Valeria y por fin terminara esta cruel pesadilla. Escuchaba atent
las conversaciones telefónicas del subinspector a la espera de adivinar en
alguna de ellas que la niña había aparecido sana y salva. Hablaban de cierre
aeroportuarios y de intensificar la vigilancia marítima. ¿Habrían conseguid
escapar de la Isla? ¿Estaba Valeria lejos de aquí? Esta hipótesis agudizó
todavía más si cabe, la terrible angustia que llevaba horas instaurada en su
cuerpo.
El agente, siguiendo las instrucciones del subinspector, tomó la salida haci
Cala Galdana en la rotonda de Ferreries. Recorrieron el corto trayecto lo má

rápido posible y en pocos minutos cruzaron el canal por el puente de entrada a la Cala. La urbanización permanecía tranquila con apenas una decena de vehículos estacionados en los numerosos aparcamientos públicos del margen derecho.

—Es por aquí. Sube por esta calle... —continuó guiándole siguiendo las indicaciones del navegador de su teléfono móvil.

—¿Dónde vamos? —interrumpió Ulises.

—Ulises, verás... —se giró para mirarlo de frente— Estoy seguro que entiendes que no podemos dar toda la información con la que trabajamos porque pondríamos en peligro la propia investigación. Nos conocemos desde hace casi un año que, por desgracia, ha sido demasiado intenso y cruel para todos; sin duda para ti muchísimo más.

—¿Qué sabes? —interrumpió con un miedo que se reflejaba a la perfección en sus hinchados ojos.

—Ulises —hizo una breve pausa— Nicolás Rodes está implicado en esto.

—¿Qué? ¿Pero no está encerrado en prisión?

—Sí, pero de alguna manera está orquestando todo esto que llama «El juego del fuego».

—¿Él te lo ha dicho? —incrementó su asombro al obtener un silencio que gritaba la respuesta afirmativa— ¿Pero cómo? ¿Cómo puede ser? —exclamó— ¡Su novia! ¡Font está detrás de todo esto! —aseguró.

—Ahí es donde vamos —volvió a girarse para continuar con las indicaciones—. Llevamos una semana buscándola. Ha desaparecido. Hemos entrado incluso en su casa y ni rastro de ella. Acaban de pasarme la información de que tiene un pequeño apartamento aquí en La Serpentona. No figura a su nombre en el Registro. Al parecer es de sus abuelos, pero desde que los metieron en una residencia ella lo alquila a turistas sin ningún tipo de licencia.

—Ella tiene a Valeria... ¡seguro! Aquel día en el aparcamiento del supermercado pude ver sus tremendas ganas de venganza. Me odia con toda su alma, me odian con toda su alma —rectificó— y han ido a darme donde más podría dolerme. Por eso las cartas a mí y por eso toda esta locura de las muertes. ¡Querían que viera de lo que son capaces! ¿Cuánto falta para llegar? —se abalanzó entre los dos asientos delanteros.

—Ulises, ¡calma! —ordenó el subinspector. Comparto totalmente tu teoría y es la misma hipótesis que estamos siguiendo nosotros, pero te pido que no dejes hacer nuestro trabajo o tendré que apartarte. Lo más urgente ahora es

encontrar a Valeria cuanto antes y pensamos que Font puede tener algo qu
ver. Por eso estamos aquí. Este es el apartamento —anunció.
Bajaron los tres del coche y Ulises se quedó, por mandato expreso de
subinspector, de pie apoyado en el vehículo mientras ambos policía
empuñaron sus armas y se aproximaron sigilosamente hacia el inmueble. Er
un edificio blanco de tres alturas repleto de pequeñas ventanas rectangulares
unas poco estéticas escaleras por la parte exterior de la fachada que gritaban e
carácter modesto de los apartamentos. El subinspector hizo una seña
indicando hacia arriba y ambos comenzaron a subir hasta llegar a la plant
más alta. Ulises seguía allí abajo, observando obediente cada uno de sus paso
sin dejar de agitar su nerviosa pierna contra el suelo. Apretaba los puños co
fuerza, recordando cada una de las palabras que el subinspector acababa d
confesarle. Otra vez él. Otra vez regresaba para volver a arrebatarle lo que má
quería. Se llevó al amor de su vida para siempre y ahora pretendía hacer l
mismo con el segundo amor que le quedaba. No podía permitirlo porque, d
ser así, su vida terminaría por completo.
El subinspector se aproximó hasta una ventana tras la que parecía verse un
cortina blanca que no la cubría por completo. Era allí y así se lo hizo saber
su compañero que se aproximó con cautela por el otro lado.
—¿Ves algo?
—No hay luz. Tampoco parece que haya movimiento. Salón y cocin
despejados —susurró el subinspector—. Vamos a entrar.
—¿Sin una orden?
—A la mierda eso, no tenemos tiempo.
Sin apenas terminar sus palabras golpeó la ventana con la culata de su pistol
en varias ocasiones hasta romper por completo el cristal y se colaro
rápidamente en la vivienda al grito de «Policía». No recibieron respuesta. A
instante comprobaron que el minúsculo apartamento estaba vacío. Apena
unos sencillos muebles viejos, pero ni rastro de Úrsula Font en su interio
Tampoco parecía que nadie hubiera estado allí escondido en los últimos días
Ni rastro de comida y la nevera totalmente vacía salvo por una pequeñ
botella de agua que alguien tuvo que dejar allí abandonada.
—¿Dónde cojones te has metido, Font? —protestó en voz alta el subinspector.
—¿Y si ha salido de la Isla? —sugirió el agente.
—Si se llevó anoche a la niña... En avión imposible y por mar establecimos e
perímetro de seguridad prácticamente desde que Ulises nos dio el aviso

Tienen que estar aquí. Las dos.
Tras registrar el pequeño inmueble y no encontrar nada interesante, salieron por la siniestrada ventana y bajaron por la serpenteante escalera exterior. Ulises se movía de lado a lado sin parar hasta que los vio venir y corrió hacia ellos.
—¿Dónde está? ¿La habéis visto? —preguntó impaciente.
—No está —negó el subinspector con la cabeza—. No hay nadie en el apartamento ni tampoco parece que lo haya habido desde hace tiempo.
—Dios mío... ¡Se la ha llevado, se la ha llevado! —gritó muy agitado.
—Tranquilízate, Ulises. Vamos a seguir buscándola sin descanso hasta que la encontremos.
—Como le hagan algo me muero, me muero... —cayó de rodillas al suelo con las manos cubriendo su cara.
—Te prometo que la encontraremos antes y encerraremos a esos cabrones —se agachó el subinspector y le cogió con firmeza por los hombros—. Ulises, escúchame bien. Aunque sea lo último que haga te juro que voy a encontrar a Valeria y a atrapar a quien esté detrás de todo esto.
—No dejes que le hagan daño... Es solo una niña —le suplicó con los ojos repletos de lágrimas.
Subieron de nuevo al vehículo para continuar con la urgente búsqueda que comenzaba ya a demorarse más de lo deseado, mermando toda esperanza de resolverla con un resultado satisfactorio.

*

En ese mismo instante Valeria despertaba del profundo y duradero sueño en una cómoda, pero extraña cama. No recordaba nada y sentía un intenso zumbido en su cabeza que todavía la mantenía aturdida. Consiguió sentarse en el borde y apoyó sus pies descalzos sobre el frío suelo de madera. Miró hacia ambos lados. Estaba algo oscuro, pero distinguió una pequeña mesa de escritorio con una lámpara verde de cristal. De las paredes colgaban varios pósters como los que hay en el cine, aunque no conocía ninguna de esas películas que allí parecían anunciarse. Se levantó y caminó hacia una ventana por la que se colaba una tenue luz a través de las rendijas de la contraventana. Intentó abrirla, pero estaba cerrada. Recorrió con torpeza el resto de la habitación hasta que se topó con una puerta de madera blanca envejecida. Giró

suavemente el pomo para tratar de abrirla. Justo en ese instante sintió cómo una llave se introducía desde el otro lado y comenzaba a girar emitiendo un sonoro crujido. La puerta se abrió y alguien apareció. La miró y sonrió. Valeria no comprendía todavía qué hacía allí, pero le devolvió una inocente sonrisa. No era alguien extraño, sino todo lo contrario.

Capítulo 44

—Buenos días, subinspector —le saludó una agente con la que se cruzó nada más atravesar la puerta principal de la Comisaría—. ¿Has podido descansar algo?

—Qué va... No recuerdo ni cuándo llegué a casa ni en qué momento me dormí —contestó con voz ronca—. Lo que sí que me acuerdo es del dolor de cabeza que llevo desde entonces.

—Deberías descansar. Hay un equipo enorme trabajando en esto.

—Si me duermo no dejo de tener pesadillas con la niña... La veo ahí ardiendo como al resto de las otras tres víctimas de estos psicópatas —negó con la cabeza dando fuertes golpes como tratando de ahuyentar esos macabros pensamientos que intoxicaban por completo su mente.

—Esta mañana han llegado las últimas grabaciones que nos faltaban de la cámara de seguridad del cajero del Sabadell.

—¿Y bien? —preguntó precipitadamente— Están justo en la esquina por donde creemos que pudieron huir en un vehículo.

—Las tienes arriba preparadas para verlas. Hay varios compañeros con ellas pero parece que no hay demasiado. Caminando no pasa ninguna niña, pero coches y motos pasan unos cuantos. Lo habitual por esa salida —aseguró acompañándole con dificultad para seguir su estela escaleras arriba.

—¿Qué tenemos en las cámaras? —levantó la voz al entrar en la sala.

—Justo antes de que aparezcáis vosotros corriendo hemos contabilizado cerca de cuarenta vehículos entre coches, furgonetas y motos —enumeró uno de los agentes que asomó tras el monitor de su ordenador que prácticamente lo dejaba oculto.

—Quiero una captura de cada uno de esos vehículos y me los plantáis aquí —dio una sonora palmada contra la pared y la comenzó a despejar arrancando un calendario, varias recomendaciones higiénicas todavía de la pandemia y demás panfletos ahora inservibles.

El agente asintió y comenzó a hacer sonar de manera regular la impresora por la que salían imágenes de poca calidad de cada uno de aquellos vehículos que se cruzaron por delante de la cámara de seguridad en el período marcado. El subinspector se encerró en su despacho con una copia del vídeo y comenzó a visualizarlo detalladamente, maldiciendo en bucle la escasa nitidez de la

imágenes. Levantó por enésima vez su móvil para ver si alguien le daba algú aviso, pero seguía sin recibir nada. Buscó en las últimas llamadas par verificar que no tenía ninguna que hubiera dejado pendiente de devolver entr todo el caos. Vio entonces un número que indicaba que era de Palma y record de nuevo su último encuentro con Rodes. Su mirada, su actitud, sus palabras Sobre todo sus palabras. Aquella frase en la que directamente se atribuyó s participación en «El juego del fuego». ¿Cómo era posible? ¿Sería cierto qu estaba saliendo y entrando cuando le diera la gana? De ser así estaría entonce implicado necesariamente alguno de aquellos funcionarios con los que n intercambió demasiadas palabras, pero que sí lo acompañaron por lo diferentes módulos del recinto. Hizo un recorrido mental por cada una de la difusas fotografías que conservaba en sus recuerdos sin sacar nada en claro Cualquiera de ellos podría de la misma manera haberlo hecho como no. Si pensarlo marcó el número y casi al instante respondió un hombre desde el otr lado de la línea.

—¿Sí? —contestó a la llamada con cierta desgana.

—Buenos días, soy el subinspector Román de Ciutadella en Menorca — detalló con un tono que trataba de esconder su fatigada voz.

—Ah, hola. Sé quién es, últimamente lo hemos visto bastante por aquí... ¿E qué puedo ayudarle esta vez?

—Necesito hablar con uno de sus presos.

—¿Con Nicolás? —preguntó de manera retórica.

—Exacto. Es urgente.

—Me temo que eso no va a ser posible.

—¿Cómo dice? Ya le he dicho que es urgente. Imagino que habrá visto en la noticias lo que está pasando aquí —replicó con tono serio.

—Sí, algo hemos escuchado. Lamento no poder ayudarle en esta ocasión, per el preso se encuentra en aislamiento y no puede recibir llamadas ni visitas.

—¿En aislamiento? ¿Todavía sigue allí?

—No, señor. Salió, pero por problemas de conducta ha regresado al agujero.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha hecho? —preguntó extrañado.

—Lo siento, pero no podemos dar más información. Forma parte del régime interno de prisión —aseguró con intención de zanjar la conversación.

—¿Puedo preguntarle desde cuándo?

—Puede hacerlo, pero yo no puedo responderle —contestó de maner sarcástica.

—Necesito saber si lleva al menos dos días aislado. Escúcheme bien, necesito saberlo. Es cuestión de vida o muerte —levantó la voz.
—Sí, lleva más de dos días ahí metido... Y ahora si me disculpa tengo que dejarle.
El funcionario zanjó la conversación sin mediar más palabras provocando en el subinspector un enfado que le llevó a lanzar su teléfono hasta un montón de papeles que se amontonaban al otro extremo de la mesa. Se reclinó sobre su mullido sillón de piel sintética y comenzó a girar de lado a lado con las manos rodeando su cabeza.
—Es imposible que Nicolás sea el autor material —pensó en voz alta— Alguien tiene que estar haciéndole el trabajo sucio. Alguien de su confianza.
Recuperó su móvil y comenzó a pasar fotos a golpe de pulgar por su galería hasta detenerse en una reciente de la agente Font, todavía ataviada con el uniforme de la Nacional. Se quedó un rato mirándola, asimilando cómo alguien de su total confianza ahora había puesto en jaque su ciudad. Otra vez un agente que había pertenecido a su equipo y con quien había trabajado durante años a su lado pasaba a ser el criminal más buscado de la Isla. Él era el máximo responsable de la Unidad y estaba completamente seguro que desde arriba pedirían su cabeza una vez se resuelva el caso independientemente del resultado final. Le daba completamente igual. Es más tenía totalmente asumido que este sería el último.
Continuó pasando instantáneas en su carrete hasta que se topó de nuevo con aquel retrato festivo del grupo de hombres que conformaban la Junta de Casino. Amplió uno a uno sus caras al mismo tiempo que recordaba la breve conversación casi distendida que hacía algo más de una semana tuvo con cada uno de ellos. ¿Qué relación podían tener aquellos malditos sobres con Font y Rodes? Según le contó Antonio nadie podía acceder a ellos, salvo los miembros de la Junta. ¿Y por qué tomarse tantas molestias en convertir lo que *a priori* apuntaba a una cruel venganza en todo este montaje tradicional y perfectamente medido que ellos mismos bautizaron como «El juego de fuego»? Les hubiera resultado mucho más sencillo y con menor riesgo comenzar por el final atacando a la niña y con ello a su objetivo principal Ulises.
Se levantó y salió de su despacho para regresar a la planta baja de la Comisaría. Sacó de la máquina su segundo café del día y abandonó el edificio dando los primeros sorbos. Era un lunes, 31 de marzo, y las calle

comenzaban a adquirir el habitual trasiego matutino. Coches en varias fila parados en la Plaça des Born descargando a decenas de niños y niñas repleto de energía que corrían hacia la puerta del Joan Benejam. Recordó entonces d nuevo a Valeria, la alumna del Centro que hoy no iría a clase. Tampoco Ulise sería hoy uno más de aquellos padres estresados que otra mañana más hacía malabarismos para encajar horarios con su trabajo. Hubiera dado lo que fuer por no haber sido expulsado de esa rutina semanal. Miró entonces su móvi para ver si le había llamado desde que lo dejaron en casa después de la etern y agotadora jornada anterior. No había nada, debía seguir durmiendo o a menos tratando de hacerlo. Continuó a paso ligero, café en mano, por Jaume en dirección al Casino. Ya tenía a una gran cantidad de efectivos con la únic misión de encontrar a la niña y a la principal sospechosa de hacerl desaparecer, pero aquellos sobres formaban parte de la pieza de rompecabezas que no terminaba de encajar.

No tardó mucho más de cinco minutos en llegar a la puerta donde alguno vecinos ocupaban las mesas exteriores alternando su café con el cigarro qu sostenían en su otra mano. El subinspector entró a la cafetería con la intenció de encontrar a Antonio sin previo aviso. Y así fue. El anciano estaba sentad en una de las pequeñas mesas cuadradas situadas junto a una pared repleta d fotografías en blanco y negro. Tras percatarse de su presencia levantó l mirada del periódico y le regaló un cortés gesto retirando su grisácea boin para volver a recolocarla después. No parecía estar sorprendido de s presencia, más bien todo lo contrario. Desprendía calma, una incómod serenidad que contrastaba con el nerviosismo casi crónico que arrastraba e subinspector. Le sonrió levemente, sin demasiadas estridencias.

—¿Me permite un momento? —se acercó hasta su posición e hizo ademán d sentarse.

—Por supuesto, me vendrá bien un poco de compañía. Aquí no cuentan má que lo que quieren que leamos —protestó cerrando con desprecio el periódic —. ¿Qué le trae de nuevo por aquí, subinspector? ¿Sigue sin aparecer es pobre criatura?

—Estamos en ello, pero... lamentablemente sigue desaparecida —confesó.

—Pobre niña, no sé qué haría si me ocurre lo mismo con uno de mis nietos Por lo que debe estar pasando Don Carlos... —negó con la cabeza.

—¿Conoce a Carlos Moll?

—Claro, ¿quién en esta ciudad no lo conoce? Los Moll siempre han apoyad este Casino. Recuerdo a sus padres perfectamente —comentó mirando haci aquellas fotografías antiguas que colgaban a su lado—. Todos los admiraban Paseaban por el centro tan elegantes y educados siempre. Yo trabajé un tiemp para ellos.
—¿De verdad? —fingió interés en algo que realmente ahora mismo l importaba bien poco.
—Pues claro, a cualquiera de aquí que le preguntes te dirá que ellos mismos algún familiar ha trabajado en su empresa —señaló a los allí presentes con l punta de su bastón que descansaba de pie contra la mesa.
—Antonio, ¿quién ha podido robar los sobres? —interrumpió para dirigir l conversación hacia lo realmente importante.
—No lo sabemos. Lo que está claro es que ha debido ser uno de nosotros.
—¿No pudo nadie colarse y abrir el archivo?
—No, no. Imposible —negó exageradamente con toda su cabeza—. Sol tenemos llaves los miembros de la Junta y si alguno las pierde o se las roba debe dar aviso inmediatamente. Ahí guardamos cosas de mucho valor, no sol los sobres, subinspector.
—¿Dinero?
—Entre otras cosas. Hay gente importante que colabora con nosotros y no entrega grandes cantidades de dinero en efectivo.
—¿Ha notado si ha faltado algo en las últimas semanas?
—¿De qué? ¿De dinero? —soltó una carcajada— Ni un céntimo ha falta desde que yo soy el tesorero de este Casino... ¡y llevo ya ocho años en e cargo!
—Quien se llevó los sobres pudo ver entonces el dinero.
—¡Pues claro! No tenía más que cogerlo.
—¿Qué me puede decir del resto de integrantes de la Junta? —pregunt mientras buscaba en su teléfono la instantánea de todos ellos que all guardaba.
—Usted ya ha hablado con todos, ¿no? Usted es el policía y el que tiene e olfato para encontrar al asesino —bromeó sin éxito a juzgar por el rostro seri del subinspector—. Los conozco a todos desde hace muchísimos años y l aseguro que ninguno sería capaz de estar metido en una cosa así.
El subinspector escuchaba sus palabras a la vez que iba ampliando cada un de aquellos individuos que posaban alegres frente a la cámara. Algunos no lo

había visto jamás, otros simplemente de vista por la ciudad como en el caso d
Antonio. Se detuvo entonces en uno de ellos con el que apenas habló uno
minutos en Comisaría antes de que el aviso sobre el atraco en una farmaci
interrumpiera la vacua entrevista que posteriormente olvidó retomar.
—¿Y este? ¿Quién es este?
—¿El del bigote? —sonrió— Es Juanito, uno de los vocales. Lleva aqu
metido casi tanto como yo.
—Me resulta familiar... Igual ha trabajado en algún comercio de la ciudad
pero estoy seguro que lo he visto varias veces en algún sitio —coment
ampliando todavía más su fotografía.
—No creo, a él lo jubilaron bastante joven cuando cambió de dueños l
empresa donde trabajaba —explicó.
—Pues no lo sé... ¿Juanito qué más?
—¿Apellidos? Ni idea, todo el mundo lo llama Juanito —protestó—. En e
fichero estará su nombre completo, como el de todos.
—¿Podemos verlo? —insistió— Bueno, cuando termine de desayunar.
—No se preocupe. Además este café cada vez es más caro y sabe menos a caf
—metió con desprecio la cucharilla dentro de la taza—. Vamos para arriba.
Antonio se levantó con ayuda de su bastón y enfiló con ligereza las escalera
empujado por la motivación de sentirse importante para el subinspecto
Llegaron hasta el piso superior y ambos entraron en aquella sala por segund
vez para el subinspector. Antonio accionó el interruptor que tenía justo a man
derecha de la puerta y fue directo hasta el mueble archivador. Buscó en e
bolsillo de su pantalón de tela que caía con holgura formando varias bolsas
sacó unas llaves. Las fue pasando una a una a escasos centímetros de su car
hasta que escogió la que andaba buscando. Sacó una carpeta azul de cartó
algo deteriorada y retiró las gomas con sus manos temblorosas para abrirla
Comenzó entonces a buscar entre unos folios que allí guardaba mientra
presumía una y otra vez de la minuciosa organización con la que ello
trabajaban siempre.
—Aquí están todos los datos no solo de los miembros de la Junta, sino d
todos los socios que pertenecemos al Casino —continuó pasando hoja
recreándose a escasa velocidad—. En esta estamos nosotros junto con el carg
que ocupamos. Aquí estoy yo... y mira, aquí está Juanito —deslizaba su ded
por encima de cada una de las palabras que iba leyendo—. Se llama Jua
Rodes Camps.

Capítulo 45

Esa misma mañana comenzaba otra monótona semana más en el Centro Penitenciario de Palma de Mallorca. Nicolás Rodes había pasado más de la mitad de la anterior encerrado en el agujero por una fuerte discusión con otro de los reclusos del módulo. Al parecer no le sentó nada bien la fortuita patada que recibió en el habitual partido de fútbol de los martes y la emprendió directamente a puñetazos con él. Uno acabó en la enfermería con el tabique nasal hecho añicos y el otro, Nicolás, de vuelta al agujero. Su actitud había cambiado drásticamente en las últimas semanas, volviéndose mucho más irascible y violento en contraposición de lo dócil y asustado de su entrada.

Dos de los funcionarios fueron hasta el módulo de aislamiento para traerlo de vuelta con el resto. Recorrieron el lóbrego pasillo hasta llegar a la puerta situada en el final, al fondo del agujero. Uno de ellos abrió con una de las numerosas llaves que colgaban de su cinturón, dejando que por fin el aire fluyera a través de la diminuta ventana que aportaba una mínima iluminación artificial que llegaba desde la sala contigua. Allí estaba Rodes, sentado en el suelo con la espalda apoyada contra la pared con un aspecto bastante desaliñado mirándolos con desprecio.

—Nicolás, hora de volver —anunció dando unos golpes con la porra en la puerta metálica—. A ver si ya se te han quitado las ganas de hacer tonterías.

Se levantó sin mediar palabra y abandonó el agujero acompañado de los guardias que lo escoltaban. Subieron por unas escaleras iluminadas vagamente por unas viejas bombillas enroscadas directamente al techo hasta llegar al nivel que daba acceso al conglomerado de celdas. El resto de presos ya estaban en el comedor y todas las puertas permanecían abiertas y vacías. Nicolás, observado continuamente por los guardias, caminó parsimoniosamente hasta llegar a la puerta de la suya. Apenas había podido descansar en las últimas seis noches que había estado allí abajo encerrado. El agujero era un lugar tremendamente frío y húmedo en el que se perdía la noción del tiempo e incluso la cordura. Cogió la toalla que todavía seguía encima de su cama en la litera superior y se quitó la pestilente ropa que vestía. Se metió en la ducha y la saboreó como si estuviera en el hotel más lujoso del mundo en lugar de en el diminuto baño de su celda, pero que comparado con las nulas comodidades que ofrecía el agujero esta le parecía de lo más placentera. Se puso la ropa

limpia que guardaba en su lado del armario y salió de la celda ahora con un semblante mucho más pulcro y relajado.

Los funcionarios advirtieron que ya estaba listo y se acercaron para acompañarlo hasta el comedor junto con el resto de reclusos que ya apuraban sus desayunos. Vedella estaba sentado en una de las mesas más próximas a la barra desde donde se servían las comidas para facilitar la siempre buena idea de aumentar su menú con algún excedente del día. En cuanto lo vio entrar levantó la cabeza y se quedó unos segundos mirándolo sin ningún entusiasmo conocedor que debía compartir de nuevo su diminuta habitación. Tras esto puso de nuevo el foco en la misión de empapar otra magdalena en la escasa leche que quedaba al fondo de su taza.

Nicolás Rodes reclamó a la cocinera un buen surtido de dulce y salado con el que contentar un estómago que estaba exhausto del insípido arroz con cosa que se servía a cualquier hora en el agujero. Llenó la bandeja y pasó por delante de su compañero de celda que, al ignorar por completo su presencia, dejó a un lado y fue en busca de otro sitio donde desayunar tranquilo.

Pasaron aproximadamente quince minutos cuando uno de los funcionarios entró en el comedor y fue directo hasta su mesa.

—Nicolás —dio unos golpes sobre la mesa para reclamar su atención—, ve terminando que tienes visita.

—¿Ya? ¿Quién es? ¿Úrsula? —preguntó con la boca llena y sin dejar de dar nuevos bocados.

—No, me temo que hoy no toca visita de tu chica —sonrió dándole unas palmadas en la pierna.

—¡Qué pena! Con lo guapo y bien que huelo hoy —respondió acariciándose la cara—. Si es el pesado del subinspector dile que ya se puede volver para Menorca.

—No es él —negó repetidas veces con la cabeza—. Es tu padre.

Nicolás Rodes cambió rápidamente su gesto de desprecio al recordar al subinspector por una notoria sonrisa al relacionar al instante lo que significaba aquella visita. Dejó los cubiertos de plástico dentro de la bandeja y se levantó enérgicamente para devolverlos a su sitio y regresar al instante con el guardia. Este mostró cierta sorpresa al ver el interés que había despertado en él la visita y lo acompañó hasta la sala de encuentros donde coincidían familiares y abogados en distintas mesas junto a los reos.

—¿Qué tal, hijo? —le regaló un fuerte abrazo que se prolongó durante vario segundos.
—¿La tenéis? —le susurró al oído—. Dime que la tenéis, papá —se separ para tratar de adivinar en su rostro la respuesta antes de darle tiempo contestar a su pregunta.
—La tenemos —afirmó con una malvada sonrisa que al instante la vi reflejada en su hijo.
—¡Sois los mejores! Siéntate que tenemos un ratito, pero no levantes much la voz —miró a los guardias que custodiaban las visitas desde los extremos d la sala.
—¿Tú cómo estás? —preguntó Juanito visiblemente emocionado como e cada reencuentro en aquel terrorífico escenario con su hijo.
—Estoy mejor, papá. Al final te terminas acostumbrando...
—El abogado nos ha dicho que es probable que consiga un buen acuerdo par que salgas cuanto antes. Dice que pronto saldrá la fecha del juicio.
—Eso ahora me da igual —se acercó cogiendo sus manos para continua susurrándole—. Los dos sabemos que la justicia es para los ricos y yo esto aquí metido por culpa de los Moll y de ese maldito desgraciado.
—Lo sé, hijo, lo sé... —negó rotundamente— Tu madre está convencida d que Carlos tiene comprados desde hace años a los jueces y fiscales.
—¡Pues claro, papá! —respondió con convicción— El plan está saliend incluso mejor de lo que imaginé. Ya no queda nada para el gran día — pronunció con orgullo—. Me encantaría haber visto la cara de Ulises cuand vio que la niña había desaparecido... ¿Lo visteis?
—Fue espectacular —aseguró después de unos segundos en los que asinti mientras sonreía—. La mamá y yo estuvimos en la plaza junto a un montón d gente que acudió para enterarse de qué pasaba.
—¡Bien! ¿Y el subinspector? ¿Ha vuelto a verte?
—No, nada. Desde ese día que fui a Comisaría ya no ha venido a verme. H hablado con todos los de la Junta, pero tampoco te creas que más de cinc minutos... Igual que a mí —relató con una sonrisa.
—No sabe entonces que eres mi padre. El ego lo tiene totalmente cegado «Dos antiguos agentes del subinspector ponen patas arriba la ciudad» —dibuj la frase en el aire con sus dedos remarcando cada una de sus palabras—. Y puedo leer el titular en todos los medios de comunicación. ¿Encontraron e escondite con el coche?

—Sí, hace un par de días aquello se llenó de policías —afirmó.
—¡Excelente! El plan está saliendo a la perfección —acarició sus dedos—. Ya falta muy poco para terminar, papá. Seguid haciendo vida normal como hasta ahora.
—Haremos justicia, hijo. Haremos justicia.

*

Valeria no dejaba de hacer preguntas que comenzaban a tener respuestas de dudosa credibilidad. Llevaba ya dos noches durmiendo fuera de casa y ya parecía extraño que su padre o sus abuelos no hubieran ido a recogerla, o a menos quisieran hablar con ella por teléfono. ¿Tan grave era el problema que había surgido en su trabajo como para no tener nada de tiempo para ella? Recordó entonces a su mamá cuando la escuchaba hablar enfadada por ese teléfono del trabajo, pero que inmediatamente después de colgar iba corriendo a jugar con ella con una enorme y preciosa sonrisa.
—¿Sabes qué? ¡Que les den a esos pesados! ¡Peeeesados! —repetía gesticulando con una cara que a Valeria le parecía de lo más graciosa— ¿No vamos a la playa?
Valeria siempre aprobaba cualquiera que fuera el plan: la playa, un helado, ver una peli de dibujos juntas, salir con las bicis... Cualquier plan con su mamá era sencillamente el mejor plan del mundo porque sencillamente era la mejor mamá del mundo. La echaba tanto de menos que volvió a llorar al recordarla de nuevo. Se sentía sola y triste, a pesar de que aquella mujer se esforzaba por complacerla con continuos regalos y juegos. Era muy simpática y cariñosa con ella, pero no era su mamá.

Capítulo 46

—¡Juan Rodes Camps! —gritó el subinspector nada más entrar en la sala donde el resto de compañeros continuaba trabajando en el caso— ¡Escuchadme todos! —aprovechó unos pocos segundos para recuperar el aliento tras la tremenda carrera que acababa de completar desde el Casino— Es él, ¡es el padre de Nicolás! Él consiguió los sobres y es el autor material de los asesinatos, o al menos uno de ellos... —continuó respirando con dificultad— Es muy probable que tenga retenida a la niña.

—Creo que vive a las afueras de Ciutadella —interrumpió con urgencia un agente que rápidamente se puso a buscar en su ordenador.

—Quiero ya la ubicación y nos vamos para allá cagando hostias. ¿Alguien sabe algo de su madre? ¿Vive con él? Joder, no recuerdo ahora si alguna vez me habló de ellos... —trataba de calmar un inoportuno picor nervioso frotando con fuerza su barba.

—Sí, sí. Yo hablé con ella un par de veces que vino hace años por aquí con Nico —aseguró una de las agentes.

—¡La tengo! —anunció otro agente— Su residencia aparece en Sant Joan de Missa, de camino a las playas del sur. Parece que un poco antes del desvío de la carretera a Macarella.

—Estuvimos por allí en uno de los asesinatos, ¿no? —comentó extrañada la agente.

—Así es —confirmó el subinspector—. Es muy probable que la niña esté allí prioridad absoluta su seguridad. Nada de sirenas, no quiero el más mínimo ruido desde que tomemos el camino —comentaba con una mirada intensa que repartía por cada uno de los atentos agentes—. Dejaremos los vehículos antes de que puedan vernos desde la vivienda y continuaremos a pie. Todos muy atentos a todas y cada una de mis señales, ¿entendido?

—¡Entendido! —sonó al unísono.

—¡Venga, nos vamos! —gritó el subinspector que salió corriendo y tras él el resto del grupo.

Se repartieron en varios furgones y salieron a toda velocidad para tomar la Ronda que conectaba con la carretera de acceso a las famosas calas de Macarella, Turqueta o Son Saura. El subinspector iba en los asientos delanteros del vehículo que encabezaba la expedición. Permanecía en silencio

Sabía que esta vez sí tenía algo realmente importante y que se encontraba ant
una oportunidad única para resolver el caso y, sobre todo, de salvar a la niña.
Uno a uno se fueron colando los furgones de la Nacional por la estrech
carretera que se comenzaba a dibujar desde la rotonda. Eran poco más de la
once de la mañana y un cada vez más intenso viento agitaba con fuerza lo
árboles que se agolpaban a ambos lados del camino y que acariciaban con su
ramas cada uno de los vehículos a su paso. Apenas había tráfico, salvo algú
vehículo que rápidamente se apartaba al toparse de frente con la comitiva. E
subinspector no dejaba de mirar el navegador de su móvil para comproba
cómo disminuía la distancia con el punto de llegada.
—¡Más despacio! —ordenó levantando la palma de su mano— Ya estamo
cerca... ¡Para! —exclamó— Es aquella casa que se ve delante de la Ermita
Nos quedamos aquí.
El subinspector bajó de un salto del vehículo e hizo rápidamente indicacione
al resto de furgones que les precedía para que estacionaran en fila justo detrá
de ellos ocupando uno de los carriles del camino. Una curva con cambio d
rasante era el lugar perfecto para ocultarse antes de iniciar el asalto. Apagaro
los motores y a los pocos segundos ya estaban todos los agentes formados y
prevenidos esperando instrucciones.
—El objetivo lo tenemos a cuatrocientos metros en el margen izquierdo
Hacemos una aproximación lo más rápida posible, pero en silencio y pegado
al muro. ¿Entendido?
—¡Entendido! —respondieron al unísono.
—Preparad las armas. Absoluta prioridad la seguridad de la niña. Si la vemo
en peligro no dudéis ni un instante en reducirlos, ¿de acuerdo?
Todos asintieron con rostros de concentración y se pusieron en marcha haci
la residencia habitual de los padres de Nicolás Rodes. Marcharon a trote e
fila de a uno ligeramente flexionados para esconderse tras el mediano muret
de piedra. El subinspector ocupaba la primera posición. Repetía profunda
inhalaciones que acompasaba con sus pasos tratando de calmar un acelerad
corazón saturado de adrenalina. Finalmente llegaron hasta la puerta exterio
que daba acceso a la parcela. Era una valla metálica de considerable anchura y
algo más de metro y medio de altura. Se aproximó con cautela y se asom
ligeramente por arriba. Vio entonces la casa al fondo, a unos treinta metros d
allí. Era un inmueble aislado, de fachada blanca impoluta y ventanas co
persianas verdes de madera que permanecían cerradas. Reinaba un silenci

solo interrumpido por el silbido del viento y del azote de las ramas de lo árboles que rodeaban la casa. No vio a nadie por el exterior ni tampoco era posible ver si había movimiento en su interior. Tomó unos segundos en elaborar un plano mental de la propiedad y al instante visualizó la vía de acceso. Repartió a los agentes en dos grupos e indicó el recorrido que debían seguir simplemente con gestos que iba tejiendo en el aire con sus dedos. La parcela estaba toda rodeada de extensos campos de cereal que se fundían en ella con la única leve separación que formaba una hilera de arbustos mediano que en ningún caso se antojaban difíciles de atravesar. Salvaron el muro de piedra que acompañaba a la carretera a ambos lados y fueron avanzando hasta rodear la casa desde los dos extremos. Se colaron entre la vegetación que la cercaba y caminaron sigilosamente hacia los diferentes puntos marcados con las armas empuñadas. En la parte posterior había lo que parecía ser un cobertizo de madera con una puerta que se abría y cerraba continuamente empujada por el viento. Varios de los agentes se percataron que allí dentro se escuchaba un ruido compatible con la presencia de alguien moviéndose por su interior. Apuntaron con sus armas hacia allí y entraron con decisión. Falsa alarma. Un asno comía tranquilamente de un montón de cebada y que, al ver a aquellos intrusos irrumpir de repente en su morada, se limitó a levantar su inocente mirada y agitar suavemente las orejas. Regresaron entonces hacia la vivienda y avanzaron pegados a la fachada hasta confluir ambos grupos en la puerta principal. El subinspector aprovechaba para detenerse unos segundos en cada una de las ventanas por las que pasaba tratando de detectar el más mínimo ruido proveniente de su interior. No se escuchaba nada, solo el continuo aullido del viento que provocaba al deslizarse entre ellos. Testaron la puerta con suavidad para cerciorarse que estaba cerrada y fue entonces cuando un par de agentes se posicionaron justo delante con el ariete. El resto tomaron posiciones y, cuando el subinspector dio la orden con un gesto de aprobación con su cara, derribaron la puerta con un par de golpes contundentes.

—¡Policía Nacional! ¡Policía Nacional! ¡Salgan con las manos en alto! —gritaron al mismo tiempo que se desplegaban rápidamente por toda la vivienda.

Estaba vacía. Ni rastro de la niña ni de los sospechosos. El subinspector no podía creerlo. Cogió una de las fotografías que exhibían en una vieja estantería del mueble del salón. Era un retrato que plasmaba un recuerdo que todavía conservaba con nitidez. Dentro de aquel marco de metal rojizo había

una fotografía de Nicolás Rodes junto a sus padres tomada hacía quince años
No necesitaba que nadie se lo contara. Él estuvo allí. Fue la primera vez que l
vio, en aquel acto de jura del cargo donde el subinspector Román asistía entr
las autoridades y Nicolás entre los nuevos agentes de la promoción. Jamá
imaginó que aquel ingenuo y ambicioso chico pasaría a ser el mayo
delincuente con el que jamás se había topado.

*

—¿Dónde está mi papá? —insistió con voz triste.
—Pronto vendrá a buscarte...
—Ya, pero es que eso es lo que decís todo el rato... —protestó— Además, a t
no te conozco. ¿Quién eres?
—Valeria, ella es mi amiga —interrumpió con tono dulce.
—Pero... ¿cómo va a ser tu amiga si es mucho más mayor que tú?
—¿Y eso qué tiene que ver? —soltó una carcajada— ¿Tú y yo no somo
amigas y yo soy mucho más mayor?
—Sí, supongo... —se encogió de hombros sin dejar aquella mirada triste qu
ya no la abandonaría.

Capítulo 47

Se cumplían exactamente setenta horas desde su desaparición, casi tres día
desde aquel desgraciado instante en el que secuestraron a la pequeña Valeria
Ulises acumulaba un terrible sufrimiento que no había hecho más que crecer a
medida que su reloj avanzaba implacable sin la menor compasión. Estaba
desorientado, extenuado, abatido. Comenzaba a disociar la realidad y
paradójicamente su mente parecía estar más despierta en los intermitente
períodos en los que dormía. Soñaba intensamente con escenarios y situacione
en las que perseguía pistas que emergían de sus propios recuerdos. La buscaba
incansablemente buceando entre toda la desordenada información que
amontonaba en su cerebro. Se despertaba sobresaltado, con el cuerpo
empapado de sudor y el pulso acelerado.

Miró su móvil. Había dormido poco más de media hora en aquel sofá en e
que hacía unos días estaba con Valeria y no hacía tanto también con Eva
Lloró de nuevo. La vida no podía ser tan injusta con él, arrancándole lo que
más quería en tan poco tiempo. Estaba solo, sus padres hacía un rato que
habían regresado a su casa para dejarlo descansar tras insistir que se fuera con
ellos a vivir hasta que todo esto terminara. Fue en vano, siempre lo fue. No
quería irse, debía estar en Cala Morell por si ella lograba escapar y regresaba
Era una posibilidad tan remota como deseada.

Entonces sonó el móvil y Ulises rápidamente descolgó al ver el nombre de su
interlocutor.

—Subinspector, dime. ¿Tenéis algo? —contestó a la llamada con nerviosismo.

—Ulises, ¿qué tal estás? —respondió con una notoria voz fatigada— Te
llamaba para ver cómo estabas.

—Estoy —pronunció resignado—. Dime qué tenéis.

—Seguimos buscándola sin descanso.

—¡Joder! ¡No tenéis una mierda! —exclamó muy enfadado.

—Ulises, estamos cerca, pero podemos perderlo todo si no hacemos bien la
cosas —trató de calmarlo.

—Yo ya lo he perdido todo, subinspector —aseguró llorando—. Voy a
encontrarla con o sin vuestra ayuda y te juro por Dios que me cargaré a quien
pille por delante.

—Ulises, ¡escúchame bien! —interrumpió ahora con un tono mucho má imperativo— Necesito que confíes en nosotros. Estamos entrenados para resolver todo tipo de situaciones límite.
—Lleva ya tres noches fuera de casa, subinspector... ¿Y si la han matado?
—¡No! No pienses eso. Además, sabemos lo que pretenden, ¿no? No le harán nada hasta entonces. Les habremos dado caza antes de que terminen estas dos semanas.
—¿Dos semanas? Llevamos más de dos meses desde que todo esto empezó y ni siquiera tenéis un sospechoso al que buscar.
—Ulises, confía en nosotros. Estamos muy cerca.
—Joder, ella la tiene. ¿Todavía no la habéis localizado?
—Me temo que no. Pensamos que debe estar escondida en alguna parte de la Isla. Es imposible que haya podido escapar.
—Os juro que la encontraré.
—Ulises, hay algo más —dejó un breve silencio—. No está sola, lo supimos desde el primer asesinato. Debía haber más de una persona en cada uno de los escenarios de los crímenes.
—Sí, eso ya me lo dijiste.
—Lo sé, pero ahora sabemos que son dos sospechosos más que ya tenemos identificados.
—¿De verdad? ¿Quién? Dímelo, ¡te lo suplico!
—Te dije que todo giraba en torno a Rodes...
—¡¿Quién?! —insistió alzando la voz.
—Sus padres también están metidos en esto. Han desaparecido y lo último que sabemos de ellos es que su padre estuvo ayer visitando a Nicolás en prisión.
—¡¿Sus padres?! ¿Quiénes son? —preguntaba mientras se movía sin parar por toda la casa con una mano en el móvil y la otra en la cabeza.
—No creo que los conozcas... No parece que hicieran demasiada vida social y todavía menos después de la mediática detención de su hijo.
—Envíame una foto de ellos, quiero saber quiénes son.
—Está bien, de todas formas tenemos pensado difundirla con el argumento de personas desaparecidas. Al igual que con Font.
—¿Dónde viven? —interrumpió con seriedad.
—En una casa a las afueras, pero no pierdas el tiempo en buscarla. Nosotros estuvimos ayer allí y ya se habían ido. Mantendremos un equipo de vigilancia por si regresan.

—No lo harán —pronosticó—. Sabrán que estáis allí.
—No importa. También sabrán que ya les hemos puesto cara. Ulises, ningun de los tres son profesionales. Únicamente se mueven por venganza y créem que en estos casos tarde o temprano siempre cometen errores. Lo encontraremos —aseguró con voz firme—. Ahora descansa todo lo qu puedas y tranquilo que yo te llamaré en cuanto tengamos novedades.
—Buenas noches, subinspector —zanjó la conversación con una escuet despedida.
Los padres de Nicolás Rodes, aquel matrimonio que posaba con una forzad sonrisa en la fotografía que acababa de recibir del subinspector y que no podí dejar de mirar. Es verdad que parecían algo introvertidos, humildes y alejado de toda estridencia. ¿De verdad eran capaces de secuestrar y asesinar personas inocentes por venganza? Seguramente no solo era eso. Sus alma habían sucumbido además a la tristeza, el dolor y el abismo a los que ni e destino más cruel habría nunca imaginado escribir. ¿Qué sería ahora él capa de hacer por recuperar a Valeria?
Memorizó aquellos rostros, guardó su móvil en el bolsillo y, sin pensarlo do veces, cogió la chaqueta y salió de casa. La calle estaba tranquila, la mayorí cenaba sosegadamente en sus casas y no tardarían demasiado en ir a la cam llevándose consigo las inseguridades y preocupaciones arrastradas a lo larg del día. Benditas preocupaciones, a menudo tan banales, diminutas insignificantes. Ulises recordó esa reiterativa rutina diaria de la que e ocasiones protestaba, pero que ahora anhelaba recuperar.
Se subió al coche y abandonó la urbanización en dirección a Ciutadella. N tenía ni la más mínima idea de dónde ir, simplemente conducía por aquell oscura carretera que se dibujaba entre granjas, queserías y algún hotel rura que se anunciaba a ambos lados. ¿Tendrían a Valeria en alguna de aquella aisladas propiedades? Podría ser un buen sitio para mantener secuestrada una niña, alejada de cualquier contacto con el exterior. Ulises aminoraba l marcha siempre que pasaba cerca de alguna de estas para tratar de detectar l más mínima señal que encendiera todas las alarmas. Nada. Ni el más mínim movimiento o luz en su interior. Todo estaba siniestramente tranquilo, quizá siempre lo estuvo, pero ahora esa serenidad contrastaba drásticamente con s permanente inquietud.
Llegó hasta la rotonda y se encontró con el enésimo control policial por el qu atravesó después de varios minutos tras identificarse ante unos agentes de l

Nacional. Tomó la carretera principal en dirección a Mahón sin dejar de buscar a ambos lados cualquier lugar que debiera ser inspeccionado tra levantar alguna sospecha. El subinspector estaba convencido de que tenían que estar en la Isla, por lo que no podían estar muy lejos de cualquiera de todas las personas que trabajaban sin descanso en darles caza. ¿Cuál sería e escondite perfecto para que no lograran encontrarlos durante estas do semanas restantes? Ulises hacía continuamente el esfuerzo de ponerse en la piel de aquellos asesinos. Conocía la Isla casi a la perfección y no dejaba de recorrerla sobrevolándola con su mente. Antiguas construccione abandonadas, los agroturismos que todavía permanecían cerrados a la espera de iniciar su actividad en la temporada estival o cualquier inhóspito refugio reconvertido en un aterrador zulo. Ya sobrepasaban las setenta y dos hora desde su desaparición y le horrorizaba imaginar en las deplorables condicione en las que probablemente la tenían. ¿Le darían de comer? ¿Dormiría a la intemperie o en el suelo de algún mugriento establo? Debería estar muerta de hambre, de frío, de miedo.

*

La puerta se cerró. De nuevo aquel sonido tan peculiar que hacía la llave a girar desde el otro lado de la habitación. Había cenado otra vez pizza y era hora de dormir, aunque mañana tampoco iría al colegio. Estaba en una vacaciones en las que podía ver dibujos todo el tiempo que quisiera o elegi comer pizza y helados en lugar de esas verduras que hacía su papá y que dejaban ese olor apestoso que inundaba su casa. Echaba de menos con toda sus fuerzas aquel pestilente aroma que emanaba el brócoli en cuanto comenzaba a dar vueltas en el microondas. Echaba de menos su casa. Echaba de menos a su papá. A su mamá. Se refugió dentro de aquel mullido nórdico hasta cubrir su cabeza por completo. Volvió a llorar, en silencio. No necesitaba de nuevo la impostada ternura de aquellas personas que la tenían all encerrada.

Capítulo 48

Carlos, desde que se cerró el caso de Eva con su inesperado asesino entre rejas, apenas se relacionaba con el mundo exterior. Agotó todas sus energía en la desesperada misión de hacer justicia por su hija para después sucumbi en el profundo y más absoluto vacío del que ya no logró escapar. Valeria era esa pequeña luz que lo empujaba de manera intermitente a salir a flote de aquella oscuridad que le cubría por completo. Ahora ella tampoco estaba también se la habían arrebatado. Descuidó familia, trabajo, amigos. Apena salía de su ostentosa villa a las afueras de Ferreries para ir a la sede de su empresa, a un par de kilómetros de allí, para pasar horas y horas encerrado en su despacho de la planta superior.

—Carlos, por lo que más quieras, tienes que encontrar a nuestra niña —le suplicó su exmujer Sofía al encontrarlo totalmente ausente sentado sobre su sillón con la mirada perdida sobre las fotografías que presidían su mesa de trabajo.

—Teníamos una familia maravillosa, Sofía... —se lamentó sin levantar la mirada— Ahora ya no tenemos nada.

—Tenemos que luchar por recuperarla, ¡antes de que sea demasiado tarde! Por favor haz las llamadas que tengas que hacer, pero no dejes que le hagan daño —comenzó a llorar.

—Sofía... ya no soy el que era. Se acabó.

—¡No! ¡Hazlo por Eva! La niña lo era todo para ella... —incrementó la intensidad del sollozo— Eva nos suplicaría que hiciéramos lo que fuera necesario por protegerla.

—¿Crees que no lo sé? —respondió enfadado— Cada día me siento más culpable de no haber sido capaz de proteger a mi propia familia de todas esas personas que no nos convenían, empezando por Ulises.

—¿Por qué dices eso ahora? Él quería a tu hija con locura y ha cuidado a la niña como el que más.

—¿De verdad? —continuó levantando la voz— Pues mi hija está muerta y a mi nieta la han secuestrado esa banda de tarados que se dedican a quemar a la gente como si fueran *bujots*. ¿Eso es cuidarlas para ti? Ese chico ha traído la maldición a nuestra familia.

—¿Pero tú te estás escuchando? Estás siendo tremendamente injusto con é cuando no ha dejado ni un solo segundo de mover cielo y tierra desde que s llevaron a Valeria. ¿Qué has hecho tú en todos estos días? —cambi drásticamente el tono triste por uno mucho más irritado— Este sábado hiz una semana desde que desapareció y únicamente te has limitado a i lamentándote por las esquinas. ¿Crees que el resto no estamos hundidos desd que apareció mi hija flotando en el puerto? No sé ni para qué me molesto e venir a verte, está claro que es una pérdida total de tiempo.
—Sofía, por favor... —rompió a llorar con fuerza— Lo siento muchísimo créeme que lo siento. Te prometo que haré todo lo posible por recuperarla — acertó a pronunciar en medio de un desgarrador llanto.
Ambos terminaron fundiéndose en un abrazo carente de energía y de afecto únicamente envueltos por el espeso dolor que los envolvía y que los mantení todavía unidos. Ella abandonó su despacho y Carlos volvió a sentarse par tratar de encajar cada uno de los duros golpes que acababa de recibir gestionar en la medida de lo posible su angustia en soledad. No dur demasiado.
—Señor Carlos, discúlpeme —irrumpió una de sus trabajadoras—. Han traíd esto para usted, parecía urgente.
—Gracias, puede marcharse.
Carlos se inclinó hacia aquella carta que la recepcionista acababa de deposita sobre su mesa en la que con letras mayúsculas de considerable grosor s indicaba que él era el destinatario. No aparecía ningún remitente, ni ta siquiera portaba sello postal. Desplegó con cuidado la solapa y extrajo u papel minuciosamente plegado que aguardaba en su interior. Al instant comenzó a leer el mensaje que aparecía manuscrito en letras mayúsculas en s interior:

«QUERIDO CARLOS MOLL,

LE DAMOS LA OPORTUNIDAD DE SALVAR A SU NIETA A CAMBI DE DOS MILLONES DE EUROS EN EFECTIVO. EN LOS PRÓXIMO DÍAS RECIBIRÁ LAS INSTRUCCIONES PARA REALIZAR EL PAGO. S HABLA CON ALGUIEN DE NUESTRO TRATO, ESTE AUTOMÁTICAMENTE SE CANCELARÁ. ENTENDEMOS QUE E

CONSCIENTE DE LO QUE ELLO SUPONDRÍA. RECUERDE, TENDRÁ UNA ÚNICA OPORTUNIDAD».

Releyó una y otra vez aquel inesperado mensaje. ¿Dos millones a cambio de la vida de Valeria? En cuanto terminó de formular esa pregunta ya estaba inconscientemente revisando mentalmente sus diferentes cuentas más la disposición de efectivo que acumulaba en varias cajas fuertes repartidas entre su domicilio y el propio despacho en el que ahora se encontraba. Tanto los secuestradores como él mismo sabían que podía disponer de ese dinero en efectivo en no demasiado tiempo y parecía un trato prácticamente hecho incluso antes de ser formulado. El dinero había dejado de ser totalmente una prioridad en su vida e incluso estaba prácticamente convencido de vender la empresa a cualquiera de aquellos inversores que en los últimos meses parecían haber olfateado la decadencia personal de los Moll. Dobló con delicadeza la hoja que contenía aquel mensaje y la devolvió al interior del impoluto sobre blanco. Cogió su abrigo, guardó la carta en uno de los bolsillos interiores y abandonó el edificio. El plan era claro, incluso sencillo para alguien con un poder adquisitivo que incluso sobrepasaba cualquier apariencia externa. Visitaría a un viejo amigo, que además era el director del banco, y posteriormente esperaría a recibir las instrucciones para el depósito del dinero del rescate. Solo había un problema. En realidad no era un trato, sino una trampa.

Capítulo 49

Se agotaba el tiempo. El próximo sábado se cumplirían las tres semanas de secuestro que coincidían con la fecha límite que todos tenían en mente y a la que nadie jamás quiso llegar sin resolver esta dramática situación: el Domingo de Pascua. Ulises estaba ya totalmente extenuado. Acumulaba tantas jornadas consecutivas luchando con todas sus fuerzas para encontrar a Valeria que su cuerpo y mente comenzaban a asimilar la derrota. Una derrota tan dolorosa y cruel de la que jamás podría recuperarse.

Por su parte, el subinspector y los suyos trabajaban sin descanso y casi de manera extraoficial debido al relato cada vez más presente en sus superiores de que la niña no debía estar en la Isla y por tanto debía suspenderse el operativo. Acumulaban tantas horas de infructuosa búsqueda, con todos los efectivos y recursos disponibles, que esa hipótesis tomaba cada vez más fuerza. Pero al subinspector le daba completamente igual lo que otra persona con más condecoraciones que él opinara desde el cómodo asiento de su despacho a tantos kilómetros de allí. Estaba convencido de cuál era el plan de los asesinos y tenía claro que resultaba mucho más sencillo esconderla en el mismo lugar donde pretendían culminar unos días después aquello que bautizaron como «El juego del fuego».

Prácticamente conocía de memoria cada una de las anotaciones y perímetros dibujados sobre el enorme mapa de la Isla que presidía la sala de reuniones de la planta superior de la Comisaría de Ciutadella. Ya había registrado minuciosamente cada uno de los lugares marcados que pudieran servir como escondite, empezando desde la propia ciudad y barriendo de norte a sur por todo el territorio hasta llegar a Mahón. Nada, ni rastro de la niña ni de sus secuestradores. Los tres sospechosos continuaban desaparecidos. También se aseguró de estar al tanto de cualquier visita que recibiera Rodes en prisión a lo largo de estos días. Nadie en estas casi tres semanas, su padre fue el último en hacerlo justo antes de esfumarse. ¿Y si se escondían en cualquiera de las miles de viviendas que se encontraban repartidas por toda la Isla? Resultaba imposible registrarlas una a una en los cinco días restantes al temido Domingo de Pascua. Ya habían entrado en una decena de viviendas de aquel listado de propiedades que el Registro señaló por presentar cualquier tipo de relación

con alguno de los sospechosos. El resultado fue igual de negativo en toda ellas. No pensaba darse por vencido hasta el último segundo.

Carlos había sacado toda la ropa de su armario para sustituirla por montone de bolsas negras de basura repletas de billetes de cincuenta y cien euros. Habí seguido al pie de la letra las instrucciones de los secuestradores: dos millone de euros en efectivo preparados para pagar el rescate y ni una palabra de dich trato a nadie. Sería el mejor acuerdo que jamás habría firmado y por fi salvaría a su familia. Esta vez sí. Fue entonces cuando sonó su móvil.

—¿Dígame? —descolgó la llamada de un número oculto.

—Nos alegra saber que ha aceptado el trato —respondió directamente con vo distorsionada—. Seguro que su nieta vale mucho más que eso para usted.

—Por lo que más quieran, no le hagan daño. Tengo el dinero preparado.

—Lo sabemos. Por cierto, llevaba un bonito traje en su visita al banco. E usted muy elegante.

—¿Estaban allí? —preguntó sorprendido.

—Recuerde que estamos en todas partes. No intente ninguna tontería si quier que la niña sobreviva, ¿entendido?

—No he hablado con nadie, se lo aseguro. Yo les entrego los dos millones y ustedes me devuelven a Valeria. Ese era el trato, ¿verdad?

—Correcto —afirmó con un tono sereno y preciso que agudizó todavía más e miedo que sentía Carlos—. Escúcheme bien. El próximo sábado deber hacernos entrega del dinero. Ese mismo día recibirá otra llamada con la instrucciones precisas que deberá seguir. Recuerde que le estamos vigilando y al más mínimo error daremos por cancelado el trato. Carlos, de usted depend que su nieta se convierta o no en nuestro *bujot* el próximo domingo.

—Quiero hablar con ella —cambió el tono por uno mucho más serio recordando al verdadero Carlos Moll.

—Me temo que eso no es posible.

—Les exijo una prueba de vida. Es lo mínimo que deben darme si quieren qu yo también confíe en ustedes.

—Está bien —aceptó tras unos segundos en los que por primera vez parecí dudar.

Carlos permaneció a la espera pegado al teléfono en completo silenci encerrado en su habitación. Trataba de esforzarse en escuchar cualquier ruid o voz que les delatara. Solo percibía algún ligero sonido aislado que s enturbiaba con el distorsionador que permanecía conectado.

—Valeria, ¿qué te apetece cenar hoy? —escuchó de repente seguido por un crujido que posteriormente identificó que se debía a la desconexión de modulador de voz.
—Me da igual... ¿Pizza? —contestó resignada desde el otro lado de la habitación.
—Suficiente —sonó el ruido de una puerta al cerrarse—. La niña está bien Volveremos a llamarle.
—¡Un momento! ¡Quiero hablar con ella! ¡Valeria! ¡Valeria! —gritó.
—Buenas noches.
Había colgado. Carlos comenzó a moverse de lado a lado por toda su espaciosa habitación. Tenía el pulso tremendamente acelerado y le temblaban las manos. Marta no estaba en casa, llevaba semanas fuera. Desde la muerte de Eva la relación se fue enfriando y ambos decidieron darse un tiempo hasta que Carlos recuperara la afectividad que parecía haber perdido con todo aquel que lo rodeaba. No parecía que esto fuera a suceder a corto plazo, y todavía menos ahora. Había escuchado la voz de Valeria. Estaba completamente seguro de que era ella. Sonrió. ¿Debía contárselo a Sofía? ¿A Ulises? Ni hablar. Estaba ante una oportunidad única de salvarla y no podía cometer el más mínimo error. Sabía de lo que eran capaces aquellos tipos.
Los siguientes días transcurrieron con tensa normalidad. Continuamente miraba a su alrededor por si alguien lo vigilaba. Sospechaba de cualquiera que se cruzara en su camino o que simplemente paseara por el otro lado de la calle Quizás era alguno de ellos. O no. Quizás alguien conocido, incluso de su entorno más próximo. O no. Se le antojaron eternas aquellas jornadas, pero por fin llegó el sábado.
Se despertó temprano en aquella mañana del 19 de abril de 2025 sin necesidad de ningún despertador. Pasó la noche entre intensas pesadillas en las que su mente jugaba a adivinar lo que estaría por venir. Aquella voz distorsionada retumbaba en su cabeza regularmente desde que la escuchó por primera vez hacía cuatro días. Se dio una ducha rápida y bajó a la cocina para prepararse un café. No dejaba ni un solo segundo el móvil fuera de su vista. El dinero aguardaba tan impaciente como él dentro de tupidas bolsas de basura que se amontonaban en el vestidor.
Pasaron las horas y aquella llamada continuaba sin producirse. ¿Qué había podido suceder para que ahora no cumplieran con su palabra? Tenía constancia de que la niña continuaba desaparecida y la esperanza de que no

hubiera surgido ningún contratiempo que pudiera afectar directamente a su integridad. Los nervios afloraban y la paciencia se agotaba. Empezaba a caer la tarde. Carlos miraba fijamente la oscura pantalla de su teléfono mientras su mente repetía una y otra vez las palabras del secuestrador. Fue entonces cuando de repente se encendió y el teléfono comenzó a sonar con estridencia. Número desconocido. Eran ellos.

—¿Sí? —descolgó tan nervioso como atemorizado.

—Ha llegado el momento —volvió a sonar la misma voz distorsionada que tantas emociones le suscitaba.

—Estoy preparado. Dime qué tengo que hacer.

—Escuche con atención, estamos seguros de que lo hará muy bien. Tómese esto como un negocio más. Puede que el más importante de su vida —prosiguió tras una breve pausa—. Meta todo el dinero en el maletero de su furgoneta y diríjase al Auditorio de Ferreries. Una vez allí aparque, cierre el vehículo y esconda las llaves en la rueda trasera derecha. Después regresa a su casa andando, simplemente será un paseo de quince minutos. Hace buena noche, le vendrá bien tomar un poco de aire.

—¿En mi furgoneta? Pero un momento... ¿y la niña? —preguntó contrariado.

—Exacto. Nos gusta más su Mercedes, pero sabemos que incorpora un sistema de geolocalización. No intente esconder ningún dispositivo porque lo detectaremos y entonces se acabó. Liberaremos a la niña una vez nos aseguremos que está todo el dinero.

—¿Y cómo puedo saber que cumplirán con su palabra?

—No puede —replicó tajante—. Usted bien sabe que cuanto mayor es el riesgo de un negocio mayor puede ser su beneficio. Carlos, es usted un hombre inteligente y sabe que esta es la única oportunidad para volver a ver a su nieta con vida —aseguró—. La Policía lleva meses detrás de nosotros y sabe perfectamente que no la salvarán. Haga lo que le decimos y todo saldrá bien. Le vuelvo a aconsejar que no caiga en la tentación de cometer ningún error que condene a la niña.

—¿Cuándo la soltarán? ¿Dónde? —preguntó con urgencia.

—Si hace exactamente lo que le decimos mañana volverá a verla. Puede descansar tranquilo si cumple con su parte. Buenas noches, Carlos —colgó sin dar ninguna opción a réplica.

Lanzó el teléfono directamente al sofá y con las manos en la cabeza comenzó a dar pasos de lado a lado a la vez que resoplaba. ¿En el Auditorio? ¿Por qué?

¿Y si esperaba allí hasta que fueran a recogerlo? ¿Podía confiar en qu soltarían a la niña una vez ya tuvieran todo el dinero? Tenían razón en qu tampoco le quedaba otra opción. Si no les daba el dinero la niña moriría d una forma tan cruel que no quería ni imaginarlo. No había nada más qu pensar, cumpliría a rajatabla su parte del trato y suplicaría para que ello hicieran lo propio con la suya.

Subió las escaleras hasta llegar a su habitación, abrió el armario y se qued unos segundos observando todas aquellas bolsas repletas de dinero. Suspiró y comenzó a sacarlas hasta dejarlas todas sobre la alfombra que se extendía a lo pies de la cama. Cargó una de ellas al hombro y la llevó hasta el vestíbulo Volvió a subir y repitió el mismo recorrido hasta dejarlas todas tras la puert de entrada a la vivienda. Buscó las llaves de la furgoneta en uno de los cajone del mueble recibidor y salió para acercarla hasta la puerta. Fue metiendo una a una las bolsas en el amplio maletero hasta prácticamente llenarlo. Arrancó y salió de su finca en dirección al Auditorio, a unos dos kilómetros de allí. Er un recorrido de apenas cinco minutos, pero notaba como le temblaban los pie cada vez que pisaba uno de los pedales. ¿Y si le paraba la Policía? Toda la Isl estaba llena de controles y aunque se identificara podrían percibir sus nervio simplemente con mirarle. No fue necesario ponerse a prueba, llegó al destin sin cruzarse con ningún vehículo de la Policía ni de la Guardia Civil. Encontr varios sitios libres frente al Auditorio y estacionó en uno de ellos. Paró e motor y, con las manos todavía pegadas al volante y la mirada al frente respiró profundamente. Bajó con cautela y miró con cierto disimulo en toda direcciones. No parecía haber nadie. Cerró y escondió las llaves en la rued trasera derecha tal y como le habían ordenado. Comprobó por última vez qu la puerta estaba cerrada y comenzó a caminar hasta alejarse de allí. Miró u par de veces antes de perder de vista su vehículo. Todo estaba tranquilo demasiado tranquilo. Podía ver su vieja furgoneta bajo aquella farola que l bañaba con una luz cálida amarillenta. Quizás ya no volvería a verla. No l importaba ni lo más mínimo. Se la podían quedar, junto con los dos millone que escondía bajo la puerta de su maletero. Echó un último vistazo par después desaparecer entre las calles de Ferreries en su camino de vuelta a casa. El trabajo estaba hecho. Solo quedaba esperar a mañana. Solo unas hora más. El Domingo de Pascua estaba a punto de comenzar.

Capítulo 50

Capítulo final

20 de abril de 202.
Domingo de Pascua

Amanece en Ciutadella. Las calles permanecen vacías y en silencio. Todo duermen. Todos menos él. Ulises sigue sentado en el borde de su cama tratando de recuperar algo de energía que le permita afrontar lo que está por venir. Está exhausto, ha perdido la cuenta de los días que lleva sin dormir. Son varias semanas las que lleva sumido en el tremendo caos en las que su vida ha ido desmoronándose como un castillo de naipes azotado por el viento. Otra vez. Cierra los ojos y sobrevuela por su mente buscando algún pequeño detalle que se le pueda haber escapado y le permita detener esta macabra pesadilla. Ve a Eva, vuelve a hacerlo. Ella le sonríe como siempre. Ulises le devuelve una sonrisa y le pide que se quede a su lado, que no lo vuelva a abandonar. Sigue sentado en la cama y estira los brazos con los ojos cerrados para lograr tocarla. La siente allí, tan real como cada vez que disfruta de estar con ella en sueños. Hace casi un año que se marchó, pero no ha dejado de pensar en ella ni un solo día. Sigue tan enamorado o más que nunca. Abre los ojos de nuevo y mira hacia la mesita de madera que acompaña a su cama. Estira suavemente desde un pequeño tirador en forma de círculo y deja al descubierto el interior del primer cajón. Enciende una lámpara negra brillante que descansa sobre la mesilla y rápidamente una luz cálida ilumina ese lado de la habitación. Sus pupilas se contraen bruscamente hasta que consigue enfocar con nitidez. Saca un papel que hace unas horas guardó allí. Lo despliega con cuidado y vuelve a leer el mensaje:

«Hoy es el gran día, disfruta del espectáculo».

—Valeria, mi vida... si esos desgraciados te hacen algo te juro que me muero —pronuncia en voz alta llorando sin dejar de mirar el mensaje—. ¡¿Pero cómo es posible que no te hayamos encontrado?! —protesta mientras busca en la últimas llamadas el nombre del subinspector.

—Ulises... —responde con un tono que pretende esconder su agotamiento sin demasiado éxito.
—¿Vais a dejar que maten a mi niña? —llora desconsoladamente.
—No vamos a dejarles. Tenemos todos los agentes patrullando sin descanso por todas partes.
—Sabes perfectamente que eso no ha servido de nada. Anoche mismo alguien fue capaz de dejarme una carta sin que ninguno vierais nada. ¡Se burlan de todos nosotros! —protesta.
—Ulises tengo que dejarte, me reclaman desde uno de los operativos. Luego te llamo —informa antes de colgar.
Llora de nuevo con más fuerza. Es tal la impotencia que siente que comienza a golpear con fuerza sus puños contra la puerta de su habitación hasta dejar la madera agujereada y sus manos ensangrentadas. De repente suena de nuevo su móvil. Lo busca con urgencia entre las sábanas con la esperanza de recibir por fin alguna alentadora noticia por parte del subinspector. No aparece su nombre en la pantalla. Número oculto.
—¿Quién es? —pregunta con voz todavía agitada después del enésimo ataque de ansiedad.
—Buenos días, Ulises. ¿Estás preparado para el gran día? —pregunta la voz distorsionada.
—¡Te juro que como le hagáis daño no pararé hasta encontraros y mataros a todos! —amenaza repleto de ira.
—Será mejor que te tranquilices. No estás precisamente en situación de amenazarnos, ¿verdad?
—Por favor, dejad a la niña en paz... Es solo una niña... —se derrumba de nuevo.
—¿Te gustaría salvar a la niña, Ulises?
—Sí, os lo suplico, haré lo que me digáis.
—¿Estarías dispuesto a sacrificarte por ella? ¿Quieres purificar tu alma en «El juego del fuego»? —pregunta enfatizando el tono místico.
—¡Sí! ¡Por favor, os lo ruego! ¡Cogedme a mí! —grita desesperado.
—Está bien, Ulises. Te damos la oportunidad de salvar a la niña a cambio de que tú seas nuestro *bujot*.
—¡Acepto! Decidme qué tengo que hacer —responde al instante totalmente decidido.

—Entenderás que desde este momento no puedes hablar con nadie. Tampoc
con tu querido subinspector —cita con un palpable desprecio—. ¿Estamos d
acuerdo?
—Sí, entendido.
—Sabes que llevamos meses vigilándote. Nos resultaría tremendament
sencillo descubrir cualquier absurdo intento de engañarnos. Al menor error s
acabó. La niña muere hoy —cambia el tono de voz por uno mucho má
despiadado.
—Podéis confiar en mí. Solo quiero salvar a mi niña.
—Está bien. Coge tu coche y dirígete hasta el Auditorio de Ferreries. All
encontrarás aparcada una furgoneta negra. Las llaves están en la rueda traser
derecha. Tienes exactamente veinte minutos para llegar y cambiar de vehículo
Volveré a llamarte. Si no estás dentro, fin del juego.
—¡Espera! Es muy poco tiempo, está todo lleno de controles.
—Sabrás cómo superarlos. Ulises, el tiempo ha comenzado. Buena suerte.
Casi en el mismo momento en el que suenan los primeros tonos que confirma
que su interlocutor ha finalizado la llamada, Ulises sale corriendo de su casa
Todavía lleva puesto el mismo chándal con el que ayer pasó largas horas d
búsqueda y que después cayó rendido sobre su cama. Se sube a su coche y sal
disparado por la carretera que une Cala Morell con Ciutadella. Siente una
extraña sensación de miedo y angustia que se mezcla con otra contradictori
de alivio y esperanza. Lleva más de tres semanas buscando sin descanso
Valeria, sin saber si está viva o muerta. Ahora por fin tiene la oportunidad d
salvarla y no le importa ni lo más mínimo si es a cambio de su vida. N
siquiera se ha parado a pensar en ello.
Sortea sin reducir la marcha a cualquier vehículo con el que se cruza e
cualquiera de los dos sentidos utilizando indiscriminadamente todo el ancho
de la vía. No tarda en llegar a la primera rotonda. Aminora levemente y l
toma con agresividad hasta que la abandona por la segunda salida en direcció
a Mahón. Acelera con fuerza por la Ronda Nord hasta toparse de nuevo co
otra rotonda, esta vez la que sirve de nexo entre todas las principales vías qu
rodean Ciutadella. Su rostro concentrado cambia al instante por uno d
enorme preocupación al ver las primeras sirenas que escoltan cada uno de lo
carriles. Mira el reloj en su salpicadero. Apenas doce minutos para llegar
tiempo a su destino. Quedarse esperando tras la fila de vehículos por la qu
deben pasar sorteando unos conos no es una opción. Decide entonces bajar s

ventanilla y comienza a hacer sonar el claxon al mismo tiempo que asoma su cabeza por completo gritando su nombre y lo urgente de su trayecto. Resulta imposible dar toda la vuelta a la rotonda para tomar la última salida hacia Mahón por lo que opta por girar directamente en contra dirección a la izquierda invadiendo todo el arcén y desoyendo cualquier intento de conversación propuesto por los agentes. Mira por su retrovisor. Un par de agentes se quedan plantados observándolo. Ulises vuelve a mirar al frente y retoma su gesto de concentración, sujeta con fuerza el volante y acelera de nuevo. Diez minutos. Apenas hay tráfico en esta temprana mañana de domingo doblemente festivo. Deja rápidamente a su derecha la Naveta de Tudons y en poco más de cinco minutos inicia a gran velocidad la subida que culmina directamente en la gran rotonda de entrada a Ferreries. Otra vez esa sirenas. Menos mal que esta vez únicamente se centran en el carril con sentido a Ciutadella y puede cruzar disimulando su urgencia hasta tomar el desvío de entrada a la población. De repente aminora la velocidad y mira a su izquierda.

—Te prometo que la salvaré, cariño —no puede contener una densa lágrima que al instante resbala por su mejilla.

Muy cerca de allí descansan los restos de Eva. Es un lugar que ha visitado tan asiduamente con Valeria que prácticamente lo siente como propio. Allí han compartido llantos, confesiones hasta incluso risas. Quizás jamás puedan volverlo a repetir. Seca sus lágrimas con sus frías manos y vuelve a acelerar. Tres minutos. Toma el desvío a la izquierda bordeando Ferreries por el norte y poco después divisa ya el edificio del Auditorio por la ventanilla del copiloto. Gira con violencia incumpliendo varias señales de tráfico y por fin accede al aparcamiento exterior. Un minuto. Ve varios vehículos allí estacionados, pero solo una furgoneta de color negro. Deja el coche a su lado y baja corriendo en busca de la llave que debe estar en la rueda trasera derecha. Al mismo tiempo que la encuentra suena de nuevo su teléfono.

—¡La tengo! ¡Estoy en la furgoneta! —exclama nada más descolgar.

—Excelente, Ulises. Sabía que lo conseguirías —suena de nuevo esa voz distorsionada ligeramente susurrada.

—¿Dónde voy? ¿Qué hago ahora? —pregunta deseando terminar el trabajo para encontrarse con la niña y con sus secuestradores.

—Tranquilo, Ulises. Ahora es importante que conduzcas con cuidado. No queremos llamar la atención, ¿verdad?

—De acuerdo... ¿Cómo está Valeria? —tapa su boca para evitar que escuche un llanto nervioso imposible de controlar.
—No te preocupes ahora por ella. Si haces tu trabajo ella estará bien.
—Quiero hablar con ella.
—Ahora no es el momento. Podrás hacerlo en cuanto vengas aquí. ¿Te parece bien, Ulises? —pregunta de manera sarcástica.
—¿Dónde voy?
—Haremos lo siguiente —deja una ligera pausa—. Vas a recibir una videollamada. Simplemente debes descolgar y colocar la cámara de tal forma que podamos ver la carretera. El resto será muy fácil, únicamente deberá seguir mis indicaciones. ¿Está claro?
—Joder, ¿dónde pongo el móvil? —pregunta nervioso al no encontrar ningún soporte sobre el salpicadero.
—Sujétalo directamente con una mano y en el caso de que te cruces con algún policía lo escondes. Sencillo, ¿verdad? —comenta para después colgar sin mediar más palabras.
Ulises mira su móvil y ve que ha finalizado la llamada. Inmediatamente después recibe una videollamada desde un número que no registra su agenda seguramente desde un terminal de prepago. Descuelga y al instante aparece en la pantalla su angustiado rostro que incluso a él mismo le impacta. Esquiva el foco de la cámara hasta lograr desactivarla intercambiándola por la trasera. La de su interlocutor está apagada.
—Muy bien, Ulises. Nos vamos —indica la voz distorsionada que ya comienza a resultarle familiar.
—¿Dónde? ¿Pero por qué en esta furgoneta? —pregunta nervioso sin reconocer un vehículo bastante común en cualquier flota de empresa.
—Quiero que abandones Ferreries y tomes la carretera principal en dirección a Ciutadella.
—¿A Ciutadella? ¡Hay un control nada más salir!
—No te preocupes —pronuncia con voz calmada—. En cuanto vean que eres tú te dejarán pasar. Conduce despacio y respira hondo.
Ulises obedece y toma el mismo camino de vuelta para atravesar Ferreries y volver de nuevo a la rotonda. Allí continuan las sirenas inspeccionando uno a uno cada vehículo con dirección a Ciutadella. Se incorpora a la rotonda engrosando una fila que comienza ya a dificultar una fluida circulación a través de esta.

—Tengo que esconder el móvil.
—Déjalo en el asiento del copiloto con la cámara hacia arriba. No intente ninguna tontería o se acabó.
—Voy —obedece mientras se aproxima a unos agentes de la Nacional que no cree conocer, lo que todavía le pone más nervioso—. Hola, buenos días... Soy Ulises, el padre de Valeria —se identifica nada más bajar su ventanilla.
—Sí, sabemos quién es. Debería irse a casa para tenerlo localizado —comenta el agente al mismo tiempo que echa un vistazo hacia el resto de asientos vacíos.
—Lo sé, voy ya para allí... —miente sin dejar de pensar si debía pedir ayuda de alguna forma, aunque lo descarta al instante ya que podría condenarla a muerte si lo descubren— Ya está.
—¡Genial, Ulises! —exclama al recuperar imágenes en movimiento por la carretera— Asegúrate de ser igual de convincente si te vuelven a parar y llegarás sin problemas a tu destino.
—¿Por dónde voy?
—Continúa recto, ya falta menos.
—¿A Ciutadella? Está lleno de controles... ¡No me dejarán pasar!
—Si hay alguien que hoy pueda ir donde quiera ese eres tú. ¿Qué clase de desalmado podría proceder a registrar a la víctima de toda esta historia? —pregunta con perverso tono irónico.
—Sois unos hijos de... —se contiene.
—Ulises... no digas palabrotas que hay niños delante.
—¡Valeria! ¡Valeria! —comienza a gritar.
—¡Ulises! Centrémonos en nuestro viaje —ordena tajante—. No es momento de perder la concentración.
—Está bien, ¡está bien!
—Cuando llegues a la rotonda quiero que tomes la salida hacia la izquierda por la Ronda. No te preocupes por ese control, lo harás muy bien.
—Dejo el móvil otra vez —anuncia.
—Buenos días, Ulises —le saluda el agente que lo reconoce nada más aproximarse a su vehículo. ¿Podemos ayudarte en algo?
—No, no... gracias. Voy a casa de mis padres —comenta visiblemente nervioso.
—¿Estás bien? —pregunta extrañado por su agitada actitud.

—Pues lo mejor que puedo dadas las circunstancias —clava su mirada en lo ojos del agente con el rostro mucho más serio que el apacible tono de su voz mira entonces su móvil sobre el asiento del copiloto para después retornar d nuevo hasta los ojos del agente—. Ojalá la encontréis pronto. ¿Te importa s continúo?

—Eh, sí, sí. Por supuesto —pronuncia sin dejar de mirar con preocupación Ulises y a ese teléfono que reposa a su lado.

—Ya he podido pasar —anuncia colocando el móvil de nuevo en posición tra superar la congestionada rotonda con ayuda de los agentes.

—Excelente. Ya casi estamos. Continúa todo recto. Sigue un poco más... Vale ahora en esta rotonda gira a la derecha —continúa esa voz distorsionad haciendo las veces de navegador—. Ahora todo recto y... ¡para!

—¿Aquí? ¿En mitad de la calle? ¿Aparco? —comienza a mirar por toda partes tratando de verlos en aquella calle de Ciutadella por la que ha pasado e muchas ocasiones.

—Entra a tu derecha —ordena en el mismo instante que la puerta de entrada un aparcamiento comienza a deslizarse hacia dentro— Debes aparcar en l plaza número once. Cierras, dejas la llave en la rueda trasera derecha y sales esta misma calle.

Ulises obedece y gira a la derecha para bajar por la rampa de lo que parece se un aparcamiento comunitario. Ve coches aparcados a ambos lados hasta qu finalmente ve una plaza vacía con el número once pintado sobre uno de lo pilares grisáceos justo encima de una franja de color rojo. Estaciona en e lugar indicado, baja de la furgoneta con el móvil en la mano y deja las llave escondidas después de cerrar el vehículo.

—Ya está, ¿quieres que salga ahora a la calle? —pregunta descolocado.

—Eso es. Antes de iniciar la rampa tienes un botón con el que volverás a abri la puerta.

—Vale, ya estoy subiendo.

—No dejes de enfocar hacia delante, Ulises. Quiero ser tus ojos.

—Perdón, no es tan sencillo —protesta.

—Gira a la derecha y cruza la avenida hasta llegar a la plaza —continúa dand indicaciones, ahora a pie—. ¿Ves ese portal que tienes de frente? Acércate, po favor.

—¿Ese? Voy... —empieza a notar que su corazón se acelera por la posibilida real de estar muy cerca de los secuestradores y de Valeria.

—Entra —ordena al mismo tiempo que la puerta emite un ruido que anuncia que se abrirá con solo empujar—. Ulises, puedes subir.

Apoya la mano en la puerta y esta se mueve al instante. Da un vistazo hacia detrás y ve en la plaza la habitual actividad sosegada cuando todavía es temprano en esta mañana de domingo. Es un edificio estrecho con una entrada en la que prácticamente la escalera ocupa la mayor parte del terreno en la planta baja. A un lado una puerta de madera que probablemente conduce a algún trastero o cuarto de suministros. Se cierra la puerta tras de sí y sube pausadamente los primeros escalones. La videollamada sigue activa e incluso ahora en silencio puede apreciar la respiración quizás también algo alterada del misterioso secuestrador. Está cerca, puede sentirlo. Llega hasta la primera planta en la que solo hay una puerta equipada con una mirilla electrónica. Está cerrada. Ya no hay más escaleras.

—Tienes una llave debajo del felpudo. Puedes pasar —tras varios torpes intentos de abrirla con sus temblorosas manos por fin consigue liberar el último pestillo y la puerta comienza a moverse emitiendo un agudo crujido— Cierra, por favor.

Todo esta oscuro, únicamente una suave luz se desliza desde el fondo del pasillo probablemente a través de alguna ventana ligeramente abierta. Hay un silencio sepulcral. No parece haber nadie más en aquella extraña vivienda.

—Hay una habitación a tu izquierda. La primera recompensa la tienes encima del escritorio —anuncia con una continuo ritmo pausado—. Desde allí hay un teléfono desde el que podrás hablar con Valeria.

—¿De verdad? —pregunta sin evitar llorar de nuevo.

—Pero antes debes meter tu teléfono en ese vaso de agua que tienes sobre el mueble del recibidor. Hazlo y te llamaré al que encontrarás dentro. Valeria está deseando hablar contigo.

Obedece y entra con cautela con la ayuda de la luz residual del ambiente. Está prácticamente vacía, salvo un par de cajas amontonadas junto a un armario empotrado y lo que parece ser un escritorio con una silla de despacho encajada debajo. Está a punto de volver a escuchar a Valeria. Veintiún días después. Tres semanas sin hablar con ella, sin saber cómo está. Si tiene hambre, frío o miedo. Si de verdad sigue viva. Se acerca hasta la mesa que casi no puede ni ver, solo siente la madera fría y suave de la superficie. Se enciende entonces la pantalla de un teléfono que allí le espera iluminando parcialmente la estancia. Es otra videollamada. Lo levanta y descuelga. De repente, alguien tras él. En

cuestión de segundos el ruido de unos pasos que se acercan a gran velocidad y que culminan con un fuerte portazo seguido del sonido metálico de una cerradura. Ulises responde con un grito de pánico y automáticamente sale corriendo hasta la puerta. Está cerrada, pero puede sentir perfectamente a otra persona justo del otro lado.

—¿Dónde está Valeria? ¡¿Quién eres?! ¿Font? ¿Eres tú? —combina gritos con golpes contra la puerta— Te juro que te mataré como le hagáis algo, ¡o mataré a todos!

—Ulises... deberías tranquilizarte —suena la voz distorsionada todavía a través de la videollamada del teléfono, pero que ahora se mezcla con una voz femenina que puede escuchar directamente desde el otro lado de la puerta y que lo descoloca totalmente.

—¿Quién eres? —pregunta ahora con un tono más intrigado que agresivo al percibir la voz de una mujer joven que no parece la de la ex agente Font.

—Hola, Ulises —activa su cámara dejando que pueda ver al fin su rostro desde la pantalla del móvil.

—¡¿Qué?! ¿Pero cómo es posible? —pregunta totalmente desencajado.

—Cualquiera diría que has visto a un fantasma —pronuncia con una ligera sonrisa y sin ya el modulador bajo el que ha estado escondiendo su verdadera voz.

—Gemma... ¿qué estás haciendo? ¿Por qué? Me dijeron que estabas...

—¿Muerta? —interrumpe sonriendo de nuevo— Y así es como seguiré para el resto del mundo. Por fin podré tener la vida que me merezco y que tú me robaste.

—¿Y Valeria? ¿Qué has hecho con ella?

—Deja de preocuparte por ella, hablas como si acaso fuera tu hija. Yo la conozco desde mucho antes que tú, incluso desde que estaba dentro de Eva... —muestra en la pantalla un rostro triste al acordarse de ella.

—¿Y eres capaz de secuestrarla y hacerle daño? —rebate sumamente enfadado.

—¿Secuestrarla? Está con quien siempre debió estar... ¡Conmigo! Las tres formábamos una familia perfecta —mira hacia el techo recordando aquellos maravillosos años—. Que no le hagamos daño solo depende de ti. Hoy debe colgar nuestro *bujot* en la Plaça d'Artrutx. Tú eliges quién quieres que sea.

—¡Estás enferma! —golpea de nuevo la puerta— Sabía que tú tenías algo que ver desde el día que te subiste en aquel maldito coche negro en la puerta de

Colegio. ¿Dónde está Valeria? ¡Valeria, Valeria! —comienza a gritar.
—¡Ulises! ¡Basta! O haces lo que te decimos o ejecutaremos a la niña ya.
—¿Quién más está metido en esto? —susurra con el rostro lleno de ira y una vena en mitad de su frente que parece estar a punto de estallar—. ¿Los padres de Rodes?
—¡Bingo!
—Prométeme que si yo me sacrifico a ella la dejaréis volver a casa ¡Prométemelo!
—Así será, Ulises. Te doy mi palabra. Ahora descansa un rato, vendremos a buscarte en una hora para iniciar los preparativos. Ya falta poco para las doce del mediodía.
Se apaga de repente el móvil cortando la comunicación. No tiene batería Escucha entonces como aquellos pasos se alejan poco a poco hasta perderse por completo seguramente por el final del pasillo. Se deja caer al suelo y comienza a analizar todo lo que acaba de suceder. Niega una y otra vez que detrás de todo esto pueda estar Gemma. De los padres de Rodes todavía podría comprender una sed de venganza que los haya podido arrastrar hasta la completa locura, pero... ¿de ella? No hay tiempo para pensar ahora en ello Tampoco hay mucho más en lo que pensar si uno de los dos debe morir. La decisión está tomada.
Pasan los minutos en los que decide abandonar cualquier tipo de pelea y su mente comienza a bucear en sus recuerdos más felices. Viaja a esos instantes en los que organizaba cualquier plan junto a Eva y Valeria. Recuerda anécdotas y toda clase de momentos entrañables que parecen proyectarse a toda velocidad en su cabeza como si no quisiera perderse ni uno de ellos antes de apagarse para siempre. Continúa sentado en el suelo, con los ojos cerrados y una sonrisa que le provoca cada caricia que su propia memoria le regala Alguien llama entonces a la puerta.
—Ulises, ha llegado la hora —anuncia Gemma desde el otro lado abriendo una pequeña trampilla casera en la puerta por el que se cuela la luz de su linterna—. ¿Ya has decidido quién quieres que sea hoy nuestro *bujot*?
—Lo haré yo. Dejadla marchar ya, por favor —suplica casi susurrando.
—Está bien, así será. Necesito entonces que te acerques a la puerta y saques tus brazos para ponerte unas esposas. Solo por seguridad...
Ulises obedece, se levanta resignado y camina lentamente hasta la puerta Saca ambos brazos y al momento siente con desprecio unas frías manos que

ajustan unos grilletes que comprimen sus muñecas. Casi de manera sincronizada percibe un pinchazo en su brazo izquierdo e incluso cierto dolor que provoca la sustancia inyectada.

—¿Qué haces? ¿Qué es eso?

—Confía en mí. Te vendrá bien. Así todo será mucho más sencillo —asegura con un tono alentador bastante forzado—. Apenas sentirás dolor.

Ulises retira sus brazos, ya con las muñecas permanentemente unidas y las palmas apuntando al techo, y vuelve a sentarse contra aquellas amontonadas cajas. No tarda en sentir un ligero aturdimiento que va creciendo a medida que van descontándose minutos hasta convertirse en un potente zumbido que incluso le obliga a dejar caer todo su cuerpo sin equilibrio contra el suelo. Son las doce menos cuarto.

—Llegó el momento —anuncia Gemma al regresar de nuevo a la planta alta donde el matrimonio ya ha comenzado a preparar sus armas—. Ya está drogado y esposado, no os resultará difícil.

—Gracias por todo, Gemma —le da Juanito un abrazo cómplice—. Tu trabajo ya ha terminado, márchate con la niña y con el dinero antes de que comience el espectáculo. Nosotros por fin podremos irnos en paz —mira a su mujer para después mirar hacia el cielo.

—Disfrutad de este momento. Os lo merecéis —les da a ambos una palmada en el hombro para después dar media vuelta y abrir con llave la puerta de la insonorizada habitación contigua—. Valeria, ¿nos vamos a casa?

—Vale... —contesta con un agotamiento y tristeza que ha ido acumulando a lo largo de estas tres semanas.

La coge de la mano y bajan juntas por las escaleras hasta el inicio del largo y lóbrego pasillo. Lo recorren con la ayuda de una linterna hasta llegar justo a la puerta donde se encuentra Ulises encerrado. Valeria la mira y frunce ligeramente el ceño. No sabe absolutamente nada del maquiavélico plan ni que allí dentro acaban de capturar a la persona que más desearía ver en este momento. Desde dentro de la habitación, Ulises despega con suma pesadez la cabeza del suelo y hace un esfuerzo casi titánico para abrir los ojos. Aprecia un ligero destello de luz proveniente de aquella linterna. Cierra los ojos e inspira profundamente.

—Valeria... —susurra muy suavemente al sentirla casi de manera mística tan cerca.

Gemma abre la puerta principal y bajan las escaleras para abandonar la vivienda. Recoloca su gorra y la de la niña y salen directamente bordeando la plaza sin titubear. Comprueba con disimulo que no hay ningún policía alrededor y cruzan con agilidad la avenida hasta colarse en el garaje.
Siete minutos para las doce. El matrimonio ya tiene todo preparado en el enorme salón con visión directa a la Plaça d'Artrutx desde unos grandes ventanales. Es el momento de preparar a la víctima de la misma forma que en las tres anteriores. Pero hoy no es un ensayo y ambos sienten esa adrenalina de las grandes citas. Acuden hasta la puerta de la habitación, que se sitúa en la misma primera planta que el salón, y Juanito abre la trampilla. Acerca su linterna y ve a Ulises tirado en el suelo que no parece reaccionar ni al haz de luz que incide directamente sobre su cara. Abre entonces la puerta y ambos lo sacan tirando desde los brazos con las piernas arrastrando por todo el suelo de madera. Regresan entonces de nuevo al salón y comienzan a rociarlo con varias botellas de gasolina. Él apenas consigue esquivar el combustible que siente directamente sobre la cara, limitándose a mover de lado a lado su cabeza emitiendo aleatorios sonidos inarticulados. Le colocan un arnés que atan a varias cuerdas previamente ancladas en diferentes puntos estructurales del salón. Lo aproximan con cuidado hasta el hueco de la ventana y lo empujan hasta quedar totalmente suspendido pegado a la fachada. Casi al instante se escucha un grito desgarrador de la primera persona que ve desde la terraza de un bar a aquel joven colgando inconsciente. Los allí presentes se unen a los gritos y corren hacia él sin saber muy bien cómo socorrerlo. Es entonces cuando dos imponentes escopetas de caza emergen desde ambos lados del ventanal y, tras ellas, un hombre y una mujer de avanzada edad empuñándolas. La gente huye despavorida. Él mira su reloj e inmediatamente después a su mujer para asentir con su cabeza. Son las doce en punto. Apuntan hacia el cuerpo de Ulises y se escuchan dos disparos que retumban por toda la plaza. Se hace el silencio.

Ulises abre los ojos. Le molesta terriblemente la luz y por su cabeza continúa ese zumbido que rebota por todas partes clavándose allá por donde golpea.

—Papá, quiero irme a casa —percibe de una voz tan dulce que conoce tan bien.
—¿Valeria? ¿Valeria? —pregunta aturdido.
—Sí, papá. Estoy aquí —le da un abrazo.
—Ulises, estás a salvo. ¿Me escuchas? —insiste el subinspector— Estáis los dos a salvo. Se acabó.

20 de abril de 202
12:30
Prisión de Palm

Acaba de terminar un improvisado partido de baloncesto en el patio común d los módulos tres y cuatro. Algo así como un derbi entre los reclusos vecino en el que los del tres se han llevado la victoria, a pesar de contar en est ocasión con un jugador tan voluminoso en la pintura como Vedella.

—Vamos, compañero, levanta ese ánimo que hoy has estado muy bien —l comenta Rodes tras ofrecerle una botella de agua y sentarse a su lado.

—Gracias, Nicolás. Por esto no me gusta hacer deporte —protesta—. Odi perder.

—Bueno... por eso y porque es más cómodo pasarte todo el día sentado en l biblioteca, ¿no? Allí seguro que sudas menos —bromea tapándose la nariz y simulando que cae al suelo abatido por su hedor.

—Déjame en paz.

—¡Es broma! Solo quiero levantarte el ánimo, tío —apoya el brazo sobre s empapado hombro— Venga, ¿te parece si nos pegamos una ducha antes de ir a comer?

Vedella asiente y ambos se levantan para regresar a su celda. Recorren el pati desde la cancha de baloncesto hasta el otro lado donde se encuentra la puert de acceso que conduce a las celdas de su módulo. Bajan por las escalera metálicas y Vedella entra directamente en la 511. Nicolás Rodes va detrás y justo antes se detiene y mira el reloj que cuelga en lo alto, justo en mitad de l puerta de seguridad que da acceso a la galería. La una menos cuarto de mediodía. Sonríe. Sabe de sobra lo que eso significa.

—Hoy es uno de los mejores días de mi vida —asegura al entrar a la celda y cruzarse con Vedella que parece estar recuperando el aliento sentado en s cama antes del esfuerzo que pueda suponerle la ducha.

—¿Hoy? ¿Por qué hoy? De momento solo hemos perdido contra nuestro vecinos.

—Olvídate ya del partido. ¿No sabes qué día es hoy? ¡Es el Domingo d Pascua! —responde antes de que él pueda hacerlo.

—¿Entonces cada Domingo de Pascua ha sido el mejor día de tu vida?

—No, amigo. Solo este. ¿Te cuento un secreto?

Nicolás se sienta entonces junto a él, sobre el mismo camastro ya visiblemente hundido incapaz de soportar su imponente peso noche tras noche. Empieza por contarle en qué consiste la antigua y exclusiva tradición de la matanza de *bujots* en Ciutadella de Menorca. Luego continúa por el minucioso plan que él mismo elaboró con los sucesivos asesinatos en cada día veinte desde que comenzó el año. Se recrea en lo inteligente y audaz de su diseño sin escatimar en detalles que ensalcen su figura. Vedella lo escucha perplejo y ciertamente ausente, como si su mente dibujara cada una de las escenas relatadas y la convirtiera en una película a la que asiste como un mero espectador. Tras los dos asesinatos surgió el imprevisto de una novia a la que de repente afloró la policía vocacional de su niñez al descubrir quién estaba detrás de ellos. Tocaba deshacerse de ella simulando la muerte de su fichaje estrella. Eso sí, a cambio de dos millones de euros para iniciar una vida con esa niña que siempre soñó tener. Le habla entonces de ese ser miserable llamado Ulises. De Ulises, de Valeria y de la venganza que a su juicio merecían.

—La mejor forma de hacerle daño a alguien es darle donde más le duele —le aconseja—. Ves a por la persona que más le importa y entonces lo tendrás a tus pies.

—¿Le habéis hecho daño a esa pobre niña de ocho años? —interrumpe por primera vez.

—Esa niña nunca debió existir —responde con contundencia.

Vedella, que ha permanecido toda la historia impasible mirando al frente, se gira y lo mira a los ojos con rabia. Ve entonces reflejado en sus pupilas a aquel desalmado que agredió a esa pobre niña en la feria. Vuela de nuevo por ese recuerdo, ahora todavía con más intensidad que en cualquiera de esas pesadillas en las que regresaba a ese terrible escenario. Vuelve a entrar en la caravana. La niña está al fondo aterrorizada mientras un hombre semidesnudo la golpea y sujeta por el cuello. Él le grita y este se gira sorprendido, pero mucho más se sorprende él mismo al descubrir quién es el agresor. Nicolás Rodes le mira desafiante desde el otro lado de la caravana. Se abalanza sobre él, lo sujeta con contundencia por la cabeza y comienza a golpearlo sin descanso hasta que deja de respirar. El suelo está lleno de sangre. También su manos y cuerpo. Regresa entonces desde ese recuerdo de vuelta a la celda. Nicolás yace sin vida sobre sus piernas con la cara totalmente desfigurada y todo a su alrededor salpicado de sangre. Al instante la diminuta celda se llena

de guardias. Todos caben allí dentro. Los funcionarios. Nicolás Rodes. Y Johı Coffey.

¡Gracias por formar parte de esta historia!

Alberto Estellés

@a_estelles

